



**Universidad del  
Rosario**

**Representaciones sociales de género en mujeres comercializadoras de mercados  
agroecológicos.**

**Estudio de caso Mercado Agroecológico Universidad del Rosario**

**Autor**

**Laura Garzón Santafé**

**Trabajo presentado como requisito para optar por el  
título de Magister en Estudios Sociales**

**Director, Tutor**

**Laura María Gutiérrez Escobar**

**Codirector, Cotutor**

**Natalia Robledo Escobar**

**Escuela de Ciencias Humanas**

**Maestría en Estudios Sociales  
Universidad del Rosario**

**Bogotá – Colombia**

**Año 2021**

## **Agradecimientos**

Agradezco a todas las mujeres que hicieron posible esta investigación mediante el compartir amoroso de sus historias y su firme defensa por la tierra y el alimento sano, pues se convirtieron en la fuente principal de aprendizaje y reflexión. Gracias a todas las personas que luchan por la defensa de los derechos de las mujeres o que en su cotidianidad llevan cambios llenos de significado y resistencia, gracias a quienes protegen la tierra, los ecosistemas, la biodiversidad, las especies y en general a quienes abogan por la preservación de la vida en todas sus formas. Gracias por la lucha digna, constante y resistente.

Gracias a mis directoras Laura Restrepo y Natalia Robledo por ser guías y apoyo en estos dos años de construcción, diálogo, ejecución y escritura del documento. Gracias a todas las profesoras que dialogaron conmigo y me permitieron cuestionarme e indagar más profundo. Gracias por acompañarme en este camino de exploración y descubrimiento, por hacerme preguntas y cuestionarme siempre, por sus aportes bibliográficos y análisis antropológicos invaluable para enriquecer el contenido de esta tesis. Por enseñarme que ninguna verdad es absoluta y que cada obstáculo puede convertirse en oportunidades para investigar, por apoyarme e impulsarme a indagar en la posibilidad de mundos y relaciones más justas, responsables y amorosas con el territorio. Gracias por ayudarme a entender que para cambiar debo empezar por mis propios hábitos y que la mejor escuela es salir a la calle, ir a la tierra, sembrar, cosechar y recoger mis propios frutos. Gracias por el ejemplo que me impulsa a replicar y me motiva a seguir sembrando cambio, mi más profunda admiración para ustedes.

Agradezco a mis amigas que me sostuvieron y me apoyaron, que me miraron con amor cuando solo hablaba de la tesis y estuvieron dispuestas a leerme y a criticarme para mejorar, gracias por preguntarme miles de veces si ya había acabado y por responder con el mismo entusiasmo al saber que aún no. Gracias por mantenerme animada incluso cuando parecía difícil continuar.

Por último, quiero agradecer a mi familia por alentarme, escucharme y animarme, por cuidarme en las jornadas de escritura y en los momentos de angustia. Gracias por siempre ser apoyo, por debatirme

y cuestionarme siempre, por construir sueños posibles juntos y sobre todo por creer en mí. Agradezco a todos y todas quienes pasaron en algún momento por la conversación que me permitió construir, indagar y proponer en este trabajo.

## Tabla de contenido

Agradecimientos .....	2
Resumen .....	6
Introducción .....	7
Metodología .....	26
Capítulo I. Las representaciones sociales, el género y la agroecología.....	37
Representaciones sociales. De la sociología a los estudios culturales. ....	37
Representaciones sociales de género. Definiendo el género. ....	42
Las construcciones sociales históricas de lo masculino y lo femenino .....	45
Interseccionalidad y mujeres rurales .....	48
Representaciones sociales de género en la agroecología .....	50
El sistema agroalimentario actual y las lógicas occidentales .....	52
La agroecología y la soberanía alimentaria.....	57
Diferencias entre agroecología urbana y agricultura urbana y periurbana.....	63
Ecofeminismos. La naturaleza y el género.....	67
Capítulo II. Redes y mercados en la agroecología urbana. La resignificación del campesinado en las prácticas agroecológicas urbanas. ....	74
Los Mercados Agroecológicos como espacios de pedagogía y construcción de redes.....	74
Caracterización de las mujeres entrevistadas. La reivindicación de la descendencia campesina en la apropiación del territorio urbano. ....	89
Contexto socioeconómico .....	93
Reconocimiento, motivaciones y obstáculos.....	95
Historia familiar .....	99
De la conservación de la semilla a la producción del alimento. Las mujeres urbanas en la agroecología y la soberanía alimentaria. ....	105
Capítulo III. El cuidado en lo público, mujeres urbanas construyendo agroecología. ....	114
Prácticas y discursos de género.....	114
Prácticas cotidianas en los espacios domésticos .....	116
Percepción de igualdad de género en el espacio público. ....	138
Estereotipos de género. ....	146
La mujer cuidadora y garante de la soberanía alimentaria en el espacio de comercialización. ..	149
La mujer cuidadora del alimento.....	151
La soberanía alimentaria en manos de mujeres.....	154
Relación esencialista mujer/naturaleza .....	156
Entre el empoderamiento, la independencia económica y la economía del cuidado .....	159

Análisis del espacio del mercado y de las diferencias con las políticas institucionales como mercados campesinos.....	167
Conclusiones .....	172
Referencias bibliográficas .....	186

## Resumen

La presente investigación busca analizar cómo se configuran las representaciones sociales de género de mujeres que comercializan en mercados agroecológicos en Bogotá y que se encuentran vinculadas a proyectos comunitarios desde la agroecología con una continuidad mínima de dos años. Para reunir a mujeres que hacen parte de varios mercados, la investigación se realizó en el Mercado Agroecológico de la Universidad del Rosario pues allí participan productores y comercializadores de diversos mercados de la región. Para su desarrollo se trabajó con una metodología cualitativa y un componente cuantitativo a 5 mujeres y 20 productores que participaron en el mercado entre febrero de 2019 y marzo de 2020. Planteo que el contexto y las bases sobre las cuales se promueve la agroecología conllevan a que las representaciones sociales de género relacionadas con los roles de cuidado desde el alimento y la soberanía alimentaria, y las labores domésticas relacionadas con las huertas familiares o la transformación de los productos se llevan al espacio público de comercialización resultando en mayor empoderamiento femenino, autonomía e independencia económica. En este sentido, no cambian completamente pero se valorizan tanto económica como social y políticamente. Discursivamente las mujeres comprenden y se identifican con la importancia de la igualdad de género, sin embargo, en las prácticas cotidianas no hay claridad sobre cuándo se promueve y cuando no debido a los significados y valores que destinan a la mujer en relación con el cuidado y el alimento, y que se tornan esencialistas en algunos casos. Por otro lado, concluyo que los mercados agroecológicos son espacios de construcción de redes de apoyo que valorizan ciertas prácticas y quehaceres agrícolas y de cuidado que realizan las mujeres que vienen de contextos rurales y realizan labores agrícolas en contexto urbano.

## Introducción

Agricultura, agroecología, alimentación y género son temas bastante relacionados entre sí ya que la disponibilidad de alimentos para la subsistencia y la nutrición de las comunidades depende, en gran medida, de que se mantenga la base de recursos naturales así como del acceso y control equitativo que tienen las comunidades sobre estos. Las mujeres, al destinar la mayor parte del tiempo a los trabajos reproductivos y productivos son quienes en su mayoría administran estos recursos, sin embargo son las que menos valor obtienen por su trabajo. La agroecología al ser un modelo de transformación agroalimentaria basado en principios sustentables y sociales debería cuestionarse las relaciones de poder y de género inmersas en el sistema agroalimentario actual y que perpetúan desigualdades y obstáculos para la soberanía alimentaria de las comunidades y para la igualdad de oportunidades y derechos para las mujeres.

El antropocentrismo y el etnocentrismo son dos de las principales críticas de la agroecología hacia el sistema agroalimentario actual. La mirada occidental de este modelo de producción alimentaria desconoce el valor de lo no humano y lo considera como un instrumento para fines humanos (Siliprandi & Zuluaga, 2014) -como con la dominación de la naturaleza- donde el hombre ejerce una relación de poder. Frente a este primer sesgo, la mirada antropocéntrica desconoce el cuidado y la posibilidad de una relación de reciprocidad hacia la naturaleza despreciando cualquier otra alternativa -como la agroecología y el conocimiento empírico del campesinado- donde el alimento no sea una mercancía meramente.

El desprecio por el conocimiento del *otro* se relaciona con el segundo sesgo del sistema agroalimentario occidental: el etnocentrismo. Así pues, cualquier cultura que quede por fuera

de lo occidental<sup>1</sup> es considerada como inferior, no civilizada o salvaje, en un nivel jerárquico (Santos de Sousa, 2005) que impone unas cosmovisiones y anula *otras*. El colonialismo y el imperialismo occidental se han legitimado desde esta mirada e incluso dentro de las clases hegemónicas las desigualdades sociales se expresan en diferencias socioculturales que legitiman un estatus, como es el caso de quienes habitan las ciudades frente a quienes habitan el campo (Santos de Sousa, 2005). En este sentido, cultivar y elaborar los propios alimentos, suelen ser concebidas en el mundo occidental actual como actividades inferiores -a menos que estén capitalizadas- cuyo responsable principal es el campesinado, quien reproduce estas lógicas siguiendo paquetes y técnicas instauradas desde la revolución verde. Una pequeña parte, sin embargo, tiene una racionalidad ecológica y comunitaria ligada al mantenimiento de la reproducción y producción agrícola.

La agroecología recoge elementos de la racionalidad campesina como su dimensión comunitaria de solidaridad, la ayuda mutua, el manejo de la biodiversidad para el mantenimiento de su trabajo (Toledo, 1993) y la búsqueda de autonomía del mercado como estrategia de supervivencia en un contexto de exclusión o subordinación. Esto último, que resulta como consecuencia del etnocentrismo, bloquea o evita la construcción de alternativas mediante el rechazo a la diferencia. Como menciona Shiva (1995),

Endeudadas, en agroecosistemas erosionados, sin acceso a los recursos básicos como tierra, agua o semillas, habiendo perdido sus conocimientos tradicionales y a menudo emigradas a las periferias de las ciudades, las comunidades campesinas pasan de una situación de pobreza culturalmente percibida de las economías de subsistencia a

---

<sup>1</sup> Se utiliza el término occidental para referirse a la tradición cultural, que influida por las civilizaciones grecorromanas, el cristianismo, el renacimiento y la ilustración, subyace a las economías capitalistas en la actualidad donde domina lo mercantil, lo público y lo masculino.

situaciones de privación material y hambre, la auténtica pobreza que genera el desarrollo (p. 128).

La crisis alimentaria y el establecimiento de la revolución verde; un modelo de desarrollo agrícola industrializado<sup>2</sup> instaurado desde mediados del siglo XX que buscaba atender el crecimiento exponencial de la población y acabar con el hambre, ha llevado a un fracaso en la reducción del hambre, un aumento en las brechas sociales en el campo, empobrecimiento en la base de recursos naturales, pérdidas de economías campesinas y necesidad de semillas tratadas y de fertilizantes en los pequeños agricultores y campesinos (Patel, 2012). La agroecología surge como una alternativa al servicio de las comunidades, de los ecosistemas y del alimento enfatizando su crítica en los dos sesgos mencionado anteriormente. Incluso, antes de encontrar una teoría que pudiera englobar estos elementos, las comunidades campesinas e indígenas que no lograron adscribirse al modelo de revolución verde se consideran las primeras experiencias agroecológicas.

A pesar de las afectaciones que lleva consigo el modelo agroalimentario actual para las mujeres como el menor acceso y control de la tierra, menor acceso a semillas y suplementos agrícolas y mayor sobrecarga de labores domésticas y dificultades en el acceso a los recursos naturales, la agroecología no ha tenido en cuenta el sesgo androcéntrico que perpetúa estas condiciones y según el cual lo socialmente construido como masculino es central y desprecia y subordina lo femenino. Del mismo modo, la concepción dual jerárquica que divide cultura-naturaleza, privado-público, razón-emoción, civilizado-primitivo es opresiva y es utilizada

---

<sup>2</sup> La agricultura industrializada según Chambers et al. (1985), es una de las formas de artificialización de la naturaleza, propia de los países desarrollados, con algunas replicas en países del tercer mundo, sobre todo en aquellos de clima templado en donde la producción agraria que predomina es básicamente capitalista. Se caracteriza por utilizar insumos externos, ajenos a los procesos biológicos y por uniformar el ambiente local en busca de producción estable y con el mínimo riesgo, en detrimento de la biodiversidad de la tierra (Riviera & León, 2013).

para establecer representaciones sociales del género que mantienen el *estatus quo*. De allí que lo femenino se relacione con el mundo doméstico desvalorizado frente a lo público pese a su esencialidad para el mantenimiento de la reproducción, el afecto y el cuidado de la vida (Puleo, 2011).

De esta manera, el trabajo que realizan las mujeres para garantizar el alimento como subsistencia y el papel más activo que tienen en organizaciones agroecológicas campesinas orientadas a atender las necesidades básicas de la población quedan disminuidos por el sesgo androcéntrico que se reproduce en la vida cotidiana y pasa desapercibido o apropiado como lo natural (Siliprandi & Zuluaga, 2014). La agroecología como propuesta de transformación social debe ir más allá del sujeto agrícola como el campesinado, la familia o el agroecosistema para, de esta manera, analizar las relaciones de poder y dominación que están intrínsecas en el género y que, así como el modelo mercantilista y etnocéntrico, también ejercen opresión.

Ahora bien, comprender y lograr cambios en la práctica hace necesario, en primer lugar, estudiar cómo se ha conformado la agroecología, en este caso en Colombia, y de qué forma las representaciones sociales de género entendidas como los símbolos, significados, discursos y prácticas que nos permiten darle sentido al mundo a través de categorías e identidades, se configuran en las mujeres y hombres que practican la agroecología en su cotidianidad. Se parte de las representaciones sociales de género pues es mediante estas que se construyen los roles, estereotipos, sistemas de referencias y percepciones que forman y refuerzan creencias y discursos (Hall, 1997). Al estudiar la teoría de las representaciones sociales desde una perspectiva de género en un campo como los estudios rurales y la ecología, se pueden identificar discursos y prácticas que han perpetuado el establecimiento del sistema patriarcal,

así como fenómenos que nacen para contraponerse a unos modelos hegemónicos de producción, comercialización y consumo de los alimentos.

En principio, vale la pena resaltar que en la actualidad, hay campesinos/as y agricultores/as familiares que hacen producción agroecológica u orgánica pero que representan una minoría y la información disponible sobre sus labores es poca. Además, en cuanto a los usos de la tierra, en el país solo se registran 50.000 hectáreas en agricultura ecológica certificada (el 1% de la agricultura nacional) que en su mayoría se exportan y cerca de 40.000 hectáreas certificadas por mecanismos participativos que se destinan al mercado local (Betancur, 2015). Estas cifras no están discriminadas por género, por lo que no hay datos sobre quién trabaja en este tipo de agricultura.

Desde una perspectiva ecológica, el 15.2% de las unidades productivas agropecuarias (UPA) del área rural dispersa censada tienen en sus terrenos bosques naturales o vegetación de páramos. Respecto al uso de biocidas, el 37.8% de las UPA manifestaron no utilizar ningún tipo de control, el 26.9% utilizó productos químicos contra plagas, malezas y enfermedades, mientras que solo el 26.3% hizo control no químico (DANE, 2016). En Colombia el 43% de las emisiones de gases de efecto invernadero (GEI) son generadas en el sector agropecuario, cuya principal causa es el uso de tierras forestales como pastizales y el uso de fertilizantes (Ideam, PNUD, Ministerio de Medio Ambiente y Desarrollo Sostenible-MADS, DNP, Cancillería, 2015), lo cual demuestra que seguimos frente al mismo modelo agroalimentario enfocado en la ganadería extensiva y en la dependencia de insumos químicos.

Frente a este escenario, vale la pena resaltar que hacen falta datos sobre la caracterización de la población que maneja agriculturas más limpias.

A pesar de este panorama, se pueden observar datos en la demanda de alimentos orgánicos y ecológicos cuya producción ha incrementado, mostrando que las ventas de bebidas y alimentos orgánicos en el mundo crecieron de 0 a más de 60 billones de dólares en poco más de 30 años (FIBL, IFOAM, 2014). Lo anterior se debe, en parte, al descubrimiento de los impactos negativos en la producción convencional de alimentos sobre la salud y el ambiente, y a la propuesta agroecológica que no le apunta solo al sistema agrícola concentrado en la producción, sino a las garantías de sustentabilidad en la relación con los/as consumidores/as, lo que fortalece procesos de comercialización que se enmarcan en el comercio justo, la promoción del consumo responsable y la creación de redes.

Si bien estos datos muestran un acercamiento a las diferencias que hay desde el modelo de revolución verde y el agroecológico en el trabajo productivo, no muestran un panorama claro donde se contrasten las representaciones sociales de género de quienes están acogidas/os a cada modelo. Dentro de las personas que practican agroecología, algunas de ellas asumen una posición política anticapitalista que se contrapone a la producción y comercialización a gran escala para consumo masivo, de allí la relación entre economía solidaria, circuitos cortos de comercialización y economía circular. Esta posición pretende encontrar coherencia entre las bases teóricas agroecológicas y la práctica. Sin embargo, aunque esta postura conlleva a replantearse ciertas lógicas económicas y políticas, hasta hace poco no se había hecho mayor mención de otros sistemas opresores como el patriarcado, el racismo y el colonialismo y la relación que estos tienen con las prácticas de producción rurales.

Desde el contexto urbano, una gran parte de las investigaciones relacionadas con el sistema agroalimentario se han centrado en la comercialización y en la agricultura urbana principalmente (González et al., 2018; León, 2018; ILSA, 2011; Pinilla et al., 2018). Sobre el primer punto los mercados orgánicos y agroecológicos constituyen el objeto de estudio,

pues los/as productores/as y comercializadores/as que practican la agroecología en un contexto urbano están reivindicando el lugar del alimento y de lo agrícola en donde se creía que esto no era posible; la relación productor/a consumidor/a que se da al interior de cada jornada acerca a los pobladores urbanos al producto, al lugar de donde proviene y a la persona que lo comercializa, lo cual disminuye los estereotipos y prejuicios hacia el campesinado así como la falta de conocimiento y entendimiento de los ciclos finitos alimentarios.

Ahora bien, dentro de las pocas personas que realizan agroecología urbana, las mujeres han llevado el liderazgo en los escenarios de comercialización y de huertas comunitarias. En Bogotá el 81% de la agricultura urbana es realizada por mujeres (Rodríguez & León, 2018). Dentro de este grupo, las mujeres campesinas que ingresaron a Bogotá de forma voluntaria o forzada, en su mayoría madres (41%) o abuelas (42%), son quienes llevan el mayor liderazgo de los procesos. En este sentido, estudiar las representaciones sociales de género en mujeres que trabajan en procesos agroecológicos desde un análisis interseccional – que examine las categorías de género, raza, clase, origen y demás, a varios niveles y teniendo en cuenta sus relaciones (Viveros, 1996)- es supremamente necesario para comprender las dinámicas urbanas de la agroecología y para analizar las representaciones sociales de género al interior de las familias, la comunidad y los mercados.

Una perspectiva interseccional permite reconocer no solo las condiciones y experiencias de género y clase, sino la desigualdad y exclusión que han marcado los territorios rurales y las labores de reproducción, producción agrícola y soberanía alimentaria. Un análisis de este tipo en la agroecología, y específicamente en las representaciones sociales de género en un contexto urbano, da cuenta de las relaciones entre las prácticas y discursos agroecológicos y la configuración de los roles y percepciones de género, permitiendo indagar en las

desigualdades y oportunidades económicas, sociales y culturales que han vivido las mujeres que participan de experiencias agroecológicas en un territorio urbano como Bogotá.

Debido a mi acercamiento a los mercados agroecológicos urbanos, especialmente al Mercado Agroecológico de la Universidad del Rosario y teniendo en cuenta que el género en la agroecología es un tema reciente de estudio, me surge un interés por indagar al interior de las representaciones sociales de género de las mujeres que participan en este tipo de mercados y que además llevan a cabo procesos comunitarios relacionados con la soberanía alimentaria. En este sentido, busco analizar y cuestionar si los roles, estereotipos e incluso percepciones de género de quienes se identifican con este modelo alternativo agroalimentario se han reconfigurado y transformado o por el contrario se mantienen. Para esto, planteo la pregunta:

**¿De qué manera se configuran las representaciones sociales de género de las mujeres comercializadoras urbanas y periurbanas que han participado del Mercado Agroecológico de la Universidad del Rosario en Bogotá?**

Puesto que la agroecología tiene sus bases en la sustentabilidad de los ecosistemas, la justicia social y la viabilidad económica de los productores, entre otras, es posible que las mujeres que producen agroecológicamente y comercializan en mercados agroecológicos tengan mayor independencia económica, empoderamiento femenino y se encuentren en espacios públicos con mayor igualdad de género. Sin embargo, es más complejo que las percepciones de género y los roles al interior de las hogares hayan cambiado pues estos corresponden a representaciones culturalmente más arraigadas, como las tareas de cuidado y labores domésticas, de allí que muchos programas de soberanía alimentaria perpetúen y sobrecarguen los roles de cuidado de las mujeres así promuevan la independencia económica.

Mi hipótesis de inicio, basada en observación de campo previa, conversaciones informales y planteamientos de autoras agroecólogas o que estudian la agroecología (Zuluaga, 2011; Siliprandi, 2010; Lopes, 2015), es que las mujeres con un acercamiento a la ruralidad (por historia familiar o por decisión propia) que encabezan proyectos agroecológicos reconfiguran sus propias representaciones sociales de género hacia escenarios de mayor equidad e igualdad, especialmente en el ámbito público. Desde lo privado, entendiendo esto como las labores domésticas y de cuidado, se continúan reproduciendo estereotipos de género que obstaculizan la igualdad. Estos cambios y permanencias son explicados desde la relación que hay entre la agroecología y el ecofeminismo donde las mujeres al igual que la naturaleza son objeto de relaciones de poder y dominación y donde su trabajo con la tierra, así como sus roles en la producción y reproducción de la vida, el alimento y la administración de bienes ecosistémicos son poco valorados.

El objetivo general que me planteé fue analizar las relaciones que perpetúan o subvierten las representaciones sociales de género de las mujeres comercializadoras que participan en el Mercado Agroecológico de la Universidad del Rosario. Para su alcance, tuve como objetivos específicos los siguientes:

- Identificar las relaciones teóricas entre agroecología y ecofeminismo como teorías críticas para el análisis interseccional de las representaciones sociales de género.
- Examinar las configuraciones de los mercados agroecológicos en Bogotá y las características que constituyen a las mujeres que asisten al Mercado Agroecológico de la Universidad del Rosario.

- Analizar las prácticas y discursos que se construyen sobre el género y la agroecología en el espacio público y privado de las mujeres que asisten al Mercado Agroecológico de la Universidad del Rosario.

Dentro del grupo de mujeres comercializadoras identifiqué algunas de ellas que llevan a cabo proyectos comunitarios o iniciativas desde la agroecología para realizarles entrevistas a profundidad. Adicionalmente las mujeres que elegí participaron del mercado entre junio de 2019 y marzo de 2020 específicamente, pues las/os productoras/es invitados/as suelen cambiar cada mes pero ellas han asistido con mayor regularidad desde que se inició el mercado en 2017, al menos dos veces al semestre. El tiempo de recolección de datos estaba programado hasta mayo de 2020, pero debido a la situación de salud mundial, el último mercado realizado fue en marzo de 2020.

En este orden de ideas, la razón para llevar a cabo la investigación en la ciudad de Bogotá, además de mi cercanía con el contexto y las mujeres pertenecientes a los mercados, corresponde al crecimiento en las huertas y mercados orgánicos y agroecológicos que surgen en las zonas periurbanas de la ciudad como Usme y Bosa donde tienen mayor acogida las redes de mujeres que hacen parte de la agroecología desde la práctica y desde un accionar político. Por otro lado, es importante resaltar que los espacios de agroecología que se han ido multiplicado en Bogotá corresponden, en parte, a un interés por replicar los elementos de la agricultura urbana para garantizar el abastecimiento alimentario desde lo local y comunitario. En este sentido, desde el Jardín Botánico, junto con la política pública del *Plan de Abastecimiento Alimentario* pusieron en marcha proyectos productivos con enfoque agroecológico, lo que ha incluido a comunidades con conocimientos sobre agricultura y

agroecología en zonas periféricas de la ciudad cuya densidad poblacional es alta y donde las zonas verdes para producir o construir huertas son reducidas.

Los Mercados Campesinos son uno de los proyectos principales de esta política pública enfocados en la comercialización de productos orgánicos<sup>3</sup> sin intermediarios. Esta política surge desde el año 2004, con el programa *Bogotá sin Hambre*. Actualmente los Mercados Campesinos son dirigidos por la Secretaría Distrital de Desarrollo Económico. Por otro lado, los mercados agroecológicos surgen algunos años después, a partir de diferentes iniciativas privadas y comunitarias que no solo se centran en la comercialización sino que además tienen un interés en cambiar el modelo de producción y la afectación a nuestro entorno. En estos mercados se encuentran experiencias tanto de población urbana que migra al campo, como de población rural que migra a la ciudad y se ha encontrado con proyectos comunitarios de soberanía alimentaria.

Estos fenómenos dan cuenta del cambio en las representaciones sociales sobre el campo, donde profesionales y jóvenes de las ciudades están dejando las zonas urbanas para irse al campo y trabajar la tierra, no solo para producirla sino como postura política de relacionamiento con el alimento y el territorio. Este hecho es problemático, pues si bien las desigualdades continúan en muchas medidas para el campesinado, las personas que han retornado al campo con un discurso agroecológico ya apropiado suelen tener un nivel de vida económico que se los permite y un acercamiento previo a experiencias y conocimientos

---

<sup>3</sup> Las diferencias entre los productos orgánicos y agroecológicos se pueden dividir en tres categorías; la producción, el ecosistema y la comercialización. En principio la producción orgánica se caracteriza porque en el proceso de producción no se utilizan agrotóxicos, pero pueden ser producidos en latifundios mercantilizados, en forma de monocultivo y en centros de procesamiento de productos, además, los precios son más costosos. Por el otro lado, en la agroecología no se utilizan contaminantes intencionales (agrotóxicos) en el proceso de producción; se realiza la conservación de la diversidad biológica de los ecosistemas incluso el sistema de producción; el reciclaje de los residuos orgánicos, reduciendo al mínimo el empleo de recursos no renovables, el rescate de técnicas preindustriales por medio de agricultura familiar que son menos agresivas con los ecosistemas, aliadas al conocimiento científico moderno sobre fauna local y uso de aguas y suelo. En general, los alimentos orgánicos no implican el mismo grado de responsabilidad social y ambiental que el movimiento agroecológico (Vía Campesina, 2018).

alrededor de la agroecología, que podrían opacar las luchas y opresiones rurales. Por esta razón, es importante distinguir entre campesinos que adoptan la agroecología por diversos procesos y quienes con una trayectoria de vida académica y profesional vuelven al campo para ejercerla. Este fenómeno, cuyos ejemplos pueden evidenciarse en las experiencias mencionadas anteriormente, caracterizan a una parte de las mujeres que se encuentran en proyectos agroecológicos en la ciudad de Bogotá.

Por otro lado, teniendo en cuenta que la comercialización es uno de los espacios de la agroecología que busca romper con el sistema agroindustrial a partir de la relación entre consumidor y productor evidenciada en las economías solidarias y el consumo responsable, me centro en las dinámicas que se dan al interior de las jornadas de mercados. Las mujeres que participan de estos espacios y con quienes desarrollo la investigación, además de sus diversos orígenes ya mencionados, se caracterizan porque hacen producción agroecológica u orgánica con redes de consumidores, organizaciones no formales y organizaciones de economía solidaria que conforman canastas solidarias, mercados por pedidos, ferias y tiendas especializadas entre otras experiencias<sup>4</sup>.

El hecho de que la población sea solo mujeres corresponde a varias razones. En el trabajo de campo realizado desde febrero de 2019, es evidente que son ellas quienes tienen mayor representación en el espacio de comercialización de los mercados con un 70% de mujeres comercializadoras (Parado, 2014), razón por la cual se pretende indagar si las representaciones sociales de género y los roles que allí se determinan corresponden a estas dinámicas y de qué manera. En segundo lugar, hay un vacío teórico sobre datos cualitativos

---

<sup>4</sup> Tal es el caso de experiencias como los Mercados Campesinos, Feria Agroecológica y Trueque Uniminuto, ALaCena, La Canasta, Gabeno, Mercado orgánico, Mercado de los Pueblos, Agrosolidaria, Agrópolis, Pancoger buen comer, Ecoyoga, Mercado de la UTP, Mercado Agroecológico Tierra Viva, Mercado Sembrado confianza, entre otras.

y cuantitativos de la relación entre la agroecología, el género y la ciudad. Un entendimiento de la intersección de estas categorías y su mediación en la propuesta de un modelo de producción alternativo amerita que se tengan en cuenta las posiciones, discursos e imaginarios de las mujeres. Además, permiten identificar patrones patriarcales y desiguales que se mantienen a pesar de modelos de relación con la tierra y la naturaleza que parten del entendimiento ecosistémico.

Para el desarrollo de la investigación, tomé en cuenta diversos enfoques teóricos y recursos metodológicos. Dentro de estos, es importante resaltar que el ecofeminismo es uno de los referentes teóricos principales, pues es la primera propuesta ecológica con una visión de género que evidencia la relación entre patriarcado, naturaleza y mujer. Si bien los trabajos de género y agroecología han sido escasos, se han venido problematizando desde hace 10 años con las construcciones teóricas de Alicia Puleo, quien ha mostrado la importancia de las aportaciones de las mujeres para la construcción de la igualdad y la sostenibilidad. Para Puleo, la noción de género designa los aspectos sociales y culturales de la división sexuada; roles, estatus, comportamientos, actitudes, aptitudes y la división sexual del trabajo, evidenciando una clara relación entre la dominación patriarcal sobre los territorios, la naturaleza y el cuerpo de las mujeres (Puleo, 2007; 2008).

En el escenario latinoamericano académicas como Gloria Patricia Zuluaga (2011, 2014), Emma Siliprandi (2010, 2014), Clara Inés Mazo López (2018), Liliam Eugenia Gómez Álvarez (2012), Magdalena León Gómez (1980, 2000), Clara Nicholls (2000) y Georgina Catacora-Vargas (2018) han problematizado la necesidad de pensar la agroecología con enfoque de género. También, colectivos como la *Alianza de Mujeres en Agroecología* (AMA-AWA) y el grupo de trabajo *Mujeres, Agroecología y Economía Solidaria* del Consejo Latinoamericano en Ciencias Sociales (CLACSO), así como organizaciones de

mujeres en países como Brasil, Colombia, México, Uruguay, Nicaragua y Bolivia han sido parte de estas construcciones teóricas y prácticas.

Uno de los principales hallazgos corresponde al rol esencial que tienen las mujeres en el conocimiento local sobre biodiversidad y en la producción ecológica, las mujeres rurales o con descendencia rural mantienen una relación estrecha con la naturaleza desde el uso de los recursos, pasando por la producción y la comercialización. Sin embargo, estos saberes y experiencias no son reconocidos por lo que sus demandas y reivindicaciones se consideran secundarias (Zuluaga, 2011).

La presente investigación se ubica dentro de los estudios de género y de agroecología, los cuales, si bien han venido ocupando espacios académicos y políticos, tiene una integración compleja y lenta, demostrando que los marcos teóricos son limitados y la visibilización de iniciativas y movimientos de mujeres en escenarios locales constituyen una resistencia tanto a los modelos imperantes de desarrollo como dentro de las investigaciones en la academia, razón por la cual es necesario problematizarlo.

Conceptualmente, me centro en tres categorías principales que constituyen la pregunta de investigación: representaciones sociales, género y agroecología, las cuales serán desarrolladas en el primer capítulo. Como enfoques de análisis, parto de una mirada feminista interseccional y ecofeminista, a través de la cual se hilan relaciones entre lo ecológico y el género por un lado; y la ruralidad, la clase y la raza por el otro.

En lo que respecta a representaciones sociales, retomo algunos elementos de la psicología social de Durkheim (1895) y Moscovici (1965), con aportes desde elementos simbólicos y culturales más ligados a las ciencias sociales. En segundo lugar, me centro en los estudios culturales y poscoloniales de las representaciones sociales desarrollados por Stuart Hall (1997) y Eduard Said (1989), donde aparecen las relaciones de opresión, poder y otredad.

Las representaciones sociales pueden ser analizadas a partir del género pues los procesos de construcción de sentido a través de la comprensión de la realidad mediante elementos como símbolos, significados, valores y prácticas están interpelados constantemente por la experiencia de género que se establece con base en las diferencias biológicas, roles y características sociales en un sistema binario desigual entre hombres y mujeres.

Ahora bien, sobre el concepto de género parto de la problematización de este como categoría analítica por Joan Scott (1996), quien señala que el género es un “elemento constitutivo de las relaciones sociales basadas en las diferencias que distinguen los sexos y una forma primaria de relaciones significantes de poder” (p. 23).

Siguiendo esta definición, retomo a Marta Lamas (2007) quien plantea una cuestión importante para el análisis de las representaciones de género al considerar que “hay una concepción binaria conformada por un conjunto de prácticas, ideas, discursos y representaciones sociales que influyen y condicionan la conducta objetiva y subjetiva de las personas en función de su sexo” (p. 2). En ese condicionamiento el lenguaje juega un papel fundamental, tanto para Lamas como para Scott, pues configura la simbolización de la diferencia sexual donde uno de los elementos claves es la representación.

Dos cosas son fundamentales para la problematización de este concepto: “la reunión en un solo concepto de las diferencias entre los sexos que se pueden atribuir a la sociedad y a la cultura, y la demostración de la existencia de un principio singular de ordenamiento jerárquico de la práctica social” (Viveros, 1996, p. 2). Puesto que este análisis resulta tan amplio, ubicarlo desde el feminismo interseccional y el ecofeminismo permite delimitar en primer lugar las diferencias existentes en la vida social humana, que no son solo permeadas por el género sino también por la clase, la raza, la orientación sexual, etc., y en segundo lugar identificar la relación entre género, naturaleza y territorio.

Sobre la tercera variable, la agroecología, tomo la definición planteada por Altieri (2002) quien dice que la agroecología es:

La ciencia que se basa en la aplicación de la ciencia ecológica al estudio, diseño y manejo de agroecosistemas sustentables y un movimiento multidisciplinar que conecta la práctica con la teoría, utilizando contenidos éticos del movimiento ecologista con la teoría social agraria donde se pueden encontrar hallazgos que permitan hilar los tres conceptos ( p. 5).

Hace poco Lopes (2015) amplió la definición para entender a la agroecología como una propuesta para romper con el modelo hegemónico de desenvolvimiento rural basado en el monocultivo, el latifundio, el agronegocio y la exclusión social, contraponiéndose al modelo capitalista de desarrollo rural al tiempo que pretende entender la dimensión cultural de la agricultura, para implementar prácticas acordes con estas dimensiones. Además, reconoce que los sistemas agrícolas no pueden concentrarse únicamente en la producción, porque se deben mantener unos atributos naturales para garantizar la sustentabilidad los cuales son la resiliencia, la equidad, la adaptabilidad y la autogestión. Incluso, agrega que la agroecología es una práctica que responde a muchos de los ejercicios ancestrales y tradicionales de las poblaciones campesinas, indígenas y afrodescendientes en América Latina.

El desarrollo teórico de la agroecología ha sido una construcción de debates sobre sus alcances y definiciones puesto que en un principio era comprendido solo como “prácticas de las agriculturas alternativas a la revolución verde y en algunos países como Cuba o Brasil era un movimiento social con múltiples reivindicaciones desde lo social, lo político, económico y ecosistémico” (Rivera & León, 2013). Actualmente los debates continúan, sin embargo, el desarrollo teórico y práctico que ha tenido permite que pueda analizarse desde diferentes perspectivas.

Al tiempo que se escribía sobre los debates teóricos y discursivos, se escribían experiencias de comunidades y grupos de personas cuya práctica de vida era la agroecología. La academia entonces se consolidó como emisora del discurso pero también como mediadora de este con el campesinado, que sin nombrarlo, estaba haciendo agroecología. Es por esto, que esta investigación pretende seguir ampliando el conocimiento desde el estudio de las representaciones sociales de género y de la agroecología; de mujeres que a través de sus experiencias y representaciones de género reivindican los oficios del campo con posibilidades alternativas al desarrollo y a la relación con el alimento.

Según Zuluaga (2011), “los proyectos agroecológicos puestos en marcha por organizaciones de mujeres campesinas generan impactos multidimensionales que permiten dinamizar y diversificar las economías comunitarias así como potencializar nuevas formas de participación política” (p. 4). Observar los procesos agroecológicos que gestan las mujeres que pertenecen a diferentes redes y mercados mediante el espacio del Mercado Agroecológico de la Universidad del Rosario da un panorama sobre las prácticas y discursos que van desde lo reproductivo hasta la comercialización y el consumo, que atraviesan los ámbitos públicos y privados, y que varían de una mujer a otra según su clase social, raza, religión y etnia a la que pertenecen. Adicionalmente, visibiliza las posibilidades de acción de la agroecología en un modelo de desarrollo agrícola con enfoque de género tan necesario para contrarrestar la feminización de la economía campesina y la división sexual del trabajo en el sistema agroindustrial de producción.

Las mujeres de la presente investigación realizan prácticas y saberes ecológicos, económicos y políticos donde utilizan espacios y recursos para movilizarse. Uno de los principales proyectos es el de los procesos comunitarios en sus barrios y veredas relacionados con las

huertas y el trabajo con juventud y niñez. Resulta esencial comparar las experiencias de estas mujeres que producen y comercializan en los mercados campesinos y agroecológicos. Lo anterior, debido a que la construcción del género en los espacios y procesos comunitarios generan cambios en las formas de sentido y sistemas de valores que se aprehenden cuando no se hace parte de estos. Adicionalmente, se busca analizar las demás labores que desempeñan las mujeres fuera del ámbito de la producción ya que es allí donde se demuestran desigualdades relacionadas con el cuidado de los hijos, el trabajo doméstico y la producción de los cultivos. Lo anterior, hace parte de las condiciones estructurales bajo las cuales las mujeres se ven obligadas a asumir nuevos posicionamientos y responsabilidades económicas y políticas, pero también permite observar los procesos históricos que han permitido la participación y representación de la mujer en espacios públicos y de toma de decisiones.

Un porcentaje de las mujeres que participan en los mercados son madres cabeza de hogar, por lo cual las representaciones sociales de género evidenciadas en las prácticas que desarrollan en el trabajo reproductivo se hacen más visibles, pues deben garantizar un sustento familiar e individual que parte de la economía solidaria. Así pues, si bien es evidente que hay unos roles sobre los trabajos que deben desarrollar las mujeres en los mercados y huertas, también hay una contraposición a los mismos que deriva de los liderazgos asumidos por ellas en los espacios de redes de prácticas agroecológicas en la ciudad.

Por otro lado, la investigación resulta pertinente ya que, a pesar de los avances en los asuntos relativos al género, hay una falta de comprensión conceptual por parte de la academia y los profesionales de las ciencias agrarias, además de las resistencias y prejuicios culturales y estructurales del campesinado, que reproducen estructuras patriarcales poco dispuestas al cambio. La perspectiva de género no es solo incluir a las mujeres en los proyectos, sino que debería comprometer un cambio político y cultural.

Por último, un análisis del discurso agroecológico donde la academia ha jugado un rol fundamental en la traducción de las representaciones sociales a través de los significados y prácticas campesinas, convirtiéndolas en un objeto de importancia global y cambiando las representaciones.

Sumado a lo anterior, la situación de crisis actual causada por el Covid-19 ha llevado a algunas personas a cuestionarse sobre la importancia de la garantía de la soberanía alimentaria desde un vínculo más cercano entre la salud y la agricultura en las ciudades. Datos del comunicado de prensa del DANE sobre inseguridad alimentaria para enero de 2021 señalaban que el 69,7% de las personas que conformaban el hogar en las 23 ciudades y áreas metropolitanas manifestaron que, frente a la situación económica de hace un año, en enero de 2021 no tenía mayores posibilidades de comprar ropa, zapatos, alimentos, etc. (DANE, 2021). En este sentido, la pandemia ha llevado a un deterioro en la seguridad alimentaria de las poblaciones frente a lo cual la agroecología toma fuerza al instaurarse como un modelo que funciona mediante lógicas más locales y garantes de la soberanía alimentaria;

La pandemia ocasionada por el coronavirus nos revela la esencia sistémica de nuestro mundo:

la salud humana, animal, de las plantas y la ecológica, que están estrechamente vinculadas. Sin duda, el COVID-19 es un llamado de atención para la humanidad a repensar nuestro modo de desarrollo capitalista y altamente consumista, y las formas en que nos relacionamos con la naturaleza (Nicholls & Altieri, 2020).

Si bien estos cambios se dan paulatinamente en el tiempo, cada vez hay más personas que se cuestionan sobre su relación con el alimento, desde la producción hasta el acceso que se tiene a este. Así como la pandemia generó debates sobre la soberanía y seguridad alimentaria, también lo hizo sobre la situación de las mujeres rurales productoras y comercializadoras, quienes en los meses de abril a diciembre de 2020 sufrieron un incremento de la brecha

desigual de género en ámbitos como el trabajo de cuidado y el desempleo. Sobre el cuidado, este ha recaído en mayor medida sobre las mujeres, por lo que sus tiempos de producción y trabajo en las huertas se puede haber reducido, debido en parte al cuidado de los hijos que no pueden asistir a las escuelas, sin sumar otras afectaciones como el aumento en la violencia de género en zonas rurales, donde los datos no son exactos. Es por esto, que si bien dentro de la investigación no tengo en cuenta las afectaciones socioeconómicas a las mujeres entrevistadas, un análisis de estas sería un aporte significativo en las investigaciones próximas sobre agroecología, soberanía alimentaria y género.

### **Metodología**

En relación con la metodología utilizada en la investigación, adopté una perspectiva cualitativa mediante entrevistas semiestructuradas y observación participante que tuvieron lugar entre marzo de 2019 y junio de 2020. Desarrollé esta perspectiva con el objetivo de analizar e identificar las representaciones sociales de género de las mujeres en el escenario de la agroecología tanto en el ámbito público como en el privado, lo que permite identificar sus prácticas, creencias y discursos. Las sujetas de la investigación fueron principalmente 5 mujeres que hacen parte de procesos agroecológicos<sup>5</sup> en Bogotá y municipios cercanos y que han asistido al Mercado Agroecológico de la Universidad del Rosario desde el 2015, con una frecuencia de 2 a 3 veces al año; ellas son Lucía, Carmen, Teresa, Erica y Ana. Sin embargo, tuve conversaciones informales con otras mujeres que pertenecen a otros mercados y que están vinculadas a algún tipo de proceso.

Puesto que el estudio sobre las representaciones de género se enmarca en el escenario agroecológico, el reconocimiento de este como un nuevo paradigma de desarrollo rural

---

<sup>5</sup> Comercialización en mercados agroecológicos o/y orgánicos en Bogotá, trabajo de producción en huertas agroecológicas y orgánicas en municipios de Cundinamarca y Boyacá, participación en redes e iniciativas comunitarias con enfoque agroecológico.

alternativo al hegemónico es clave para comprender la mirada de los sujetos de investigación y su posición en el territorio como subalternas (Guha y Chakravorty, 1988). Lo anterior debido a que las sujetas son mujeres, su trabajo está relacionado con prácticas de agricultura urbana familiar y llevan a cabo prácticas anticapitalistas retomando ciertos saberes y prácticas ancestrales y nuevos conocimientos agroecológicos sobre el uso de la tierra y la relación con los ecosistemas.

Por otro lado, desde la metodología fue esencial analizar con sumo cuidado la mirada agroecológica teniendo en cuenta que desde esta perspectiva la realidad se considera como un todo indisoluble que hay que abordar desde diversos puntos de vista para comprenderla y transformarla (López, 2014: 8), lo cual puede distar de las opiniones y percepciones que tienen las sujetas. Por esta razón, fue importante observar y escuchar las miradas de las mujeres entrevistadas y contrastarlas, por ejemplo, con la mirada institucional, ya que las posturas de los sujetos son diversas, pueden estar en conflicto entre ellas y no son más o menos válidas que otras.

De igual forma, debido a la dimensión sociopolítica de los procesos urbanos en huertas agroecológicas y orgánicas que buscan incidir en la soberanía y autonomía alimentaria, la investigación parte del paradigma constructivista al reconocer que como investigadora hay una realidad social que influye en el análisis, donde la reflexividad es punto guía para el trabajo de escritura y de campo. Adicional, el foco metodológico es feminista ya que las teorías tradicionales han sido aplicadas de manera tal que hacen difícil comprender la participación de las mujeres en la vida social (Harding, 1998) y puesto que una categoría son las representaciones de género, esta debe ser un filtro para observar la realidad que enmarca las experiencias de vida desde una mirada interseccional que, además del género, tenga en cuenta la raza y la clase como determinantes de los sistemas de representación y parta desde

la comprensión de las lógicas dicotómicas de oposición y exclusión que han marcado los sistemas de dominación.

Partiendo de los anteriores enfoques, se utilizaron diversas herramientas para la recolección de datos. Se tuvo un componente cuantitativo configurado por encuestas estructuradas con preguntas cerradas para identificar sistemas de referencias y significados, las cuales se realizaron a 12 mujeres y 8 hombres que participaban frecuentemente en el Mercado Agroecológico. Dentro de las encuestas también se desarrolló un instrumento de selección múltiple sobre labores y prácticas cotidianas que realiza cada una de las entrevistadas. El objetivo de este componente cuantitativo fue describir los sentidos de realidad de las personas que participan desde en los mercados agroecológicos, identificando las experiencias, percepciones y representaciones sociales sobre su género en relación con el trabajo que realizan en los mercados, así como una mirada más amplia que incluyera las prácticas y discursos de los hombres. Sin embargo, debido a la situación coyuntural ya mencionada no pudieron llevarse a cabo el número de entrevistas programadas, por lo cual el instrumento, aunque significativo, constituye una pequeña parte de la recolección de datos.

El formato de encuesta se constituyó por una escala de valoraciones y preguntas abiertas y cerradas sobre la conformación del núcleo familiar, la realización de labores cotidianas desagregadas por género tanto en el espacio privado es decir el lugar de vivienda, como en el espacio de producción y comercialización del producto que cada una vende. Además, se hicieron preguntas impersonales utilizando enunciados que se utilizan en lo cotidiano cuando se generan estereotipos de género como por ejemplo “los hombres no deberían llorar” o “toda mujer se siente realizada cuando es madre”, con el fin de contrastar si las posiciones frente a estos enunciados se contradecían o apoyaban las formas en que cada una vive el género cotidianamente. Lo anterior, teniendo en cuenta que muchas veces la forma en que pensamos

o lo que creemos que es correcto, se contradice con lo que socialmente vivimos y con las experiencias que nos construyen y en esa intersección es que se analizan las representaciones sociales.

En la tercera parte de la encuesta se realizaron preguntas referentes a las prácticas agroecológicas y a las motivaciones que las han llevado a vender sus productos de manera sostenible con el medio ambiente. Esto, para analizar la apropiación del discurso agroecológico y la relación de este con las representaciones sociales de género. Las encuestas se realizaron de manera presencial y guiada, donde como investigadora acompañé cada encuesta, asegurándome de hacer claridades y resolver dudas, así como de tomar nota de datos que servían a la investigación pero no encajaban dentro de las preguntas de la encuesta. Finalmente, la encuesta contenía algunas preguntas abiertas de respuesta corta para analizar correlaciones entre el discurso agroecológico y la perspectiva de género (ver Anexo 1).

Aunque la herramienta cuantitativa permitió una mirada panorámica o general del escenario de investigación, no se logran identificar elementos de las representaciones sociales que están mucho más naturalizados en la cotidianidad y en los modos de actuar y percibir la sociedad. En este sentido, es que las entrevistas a profundidad se utilizan para identificar la relación entre la adhesión a procesos de agroecología dentro de la ciudad y las representaciones de género. De allí que las herramientas cualitativas fueran la metodología principal de la investigación.

En general, considero que la información cualitativa aporta sentido sociocultural y análisis de las estructuras más profundas de las representaciones sociales, mientras que con las herramientas cuantitativas, si bien se observan datos generales, se pueden ver sesgadas ciertas percepciones por lo que el/la entrevistada considere que pueda ser una respuesta correcta. En las entrevistas y conversaciones informales suelen surgir las representaciones sociales de

forma más cotidiana. Por esta razón, me concentré en trabajar a profundidad sin cerrar la posibilidad de conocer otras posturas. Debo aclarar que a pesar del bajo número de encuestas, este en realidad es significativo teniendo en cuenta la población.

Las herramientas cualitativas utilizadas fueron técnicas de conversación (observación participante, entrevistas semiestructuradas a profundidad, conversaciones informales, asistencia a encuentros de redes agroecológicas) considerando que tanto el hablar con los/as sujetos/as, como participar y observar los espacios donde se relacionan, es una fuente de información valiosa sobre sus percepciones y experiencias vividas en las representaciones de mujer que se han construido en cada una. A inicios de 2020 inicié con el trabajo de campo, realicé 5 entrevistas a profundidad (ver Anexo 2) y asistí a todos los Mercados Agroecológicos de la Universidad del Rosario entre febrero de 2019 y marzo de 2020, así como a otros mercados que frecuentaban las mujeres entrevistadas, como la Feria Agroalimentaria de la Universidad Nacional, el Mercado Agroecológico Tierra Viva, la Feria Agroecológica de la Uniminuto y el Mercado Campesino de la Plaza de los Artesanos. También asistí a diferentes eventos donde se reunían los-as huerteros-as de Bogotá y sus alrededores y a conferencias sobre agroecología, agricultura familiar y soberanía alimentaria. Debido a las condiciones de investigación en pandemia, desde marzo de 2020 las entrevistas fueron telefónicas. Los datos recolectados de la observación participante y los encuentros informales fueron consignados en una libreta de campo, reconociendo la importancia de esta técnica en detectar los contextos y situaciones en los cuales los/as sujetos/as se expresan y generan universos culturales y sociales, garantizando la confiabilidad de los datos recogidos y el aprendizaje de los sentidos que subyacen tras las actividades de dicha población (Guber, 2004). Además, al participar activamente en los encuentros y coordinar los mercados de la Universidad del Rosario, pude contrastar desde adentro la realidad social con los datos

obtenidos mediante las entrevistas y encuestas. En este sentido, la observación participante y el trabajo de campo informal me permitieron conocer cómo las mujeres y hombres se desenvuelven en su espacio y otros campos como la agricultura urbana y la participación política.

Para las entrevistas realicé una serie de preguntas basadas en la identificación de categorías a partir de las cuales se podrían estudiar las representaciones sociales de género (ver Anexo 3). Estas categorías fueron: las prácticas (labores domésticas y labores de producción), los discursos (imaginarios, estereotipos y percepciones) y las relaciones de género.

Además de las categorías sobre representaciones sociales, construí otro grupo de estas enfocado en la trayectoria de vida, la cual es analizada a partir de categorías como contexto socioeconómico, reconocimiento, autopercepción, historia familiar y discurso y práctica agroecológica (este último mediante las subcategorías apropiación del discurso y relación entre la agroecología y el género). Dentro de cada subcategoría se establecieron las categorías empíricas y se realizó la codificación y análisis de las entrevistas.

Las entrevistas estuvieron dirigidas a conocer el proceso vivido por cada una de las mujeres como productoras, comercializadoras y participantes de los mercados, con el fin de profundizar en los testimonios y así describir y analizar sus experiencias con mayor detalle; sus prácticas, sentidos comunes de la realidad, relaciones de género, percepciones sobre la agroecología y discursos.

La estructuración de las entrevistas siguió un formato similar a las encuestas, donde se parte de preguntas más amplias sobre el círculo familiar, el lugar de proveniencia y los productos que comercializaba, y se enfoca hacia la cotidianidad de cada mujer, sus motivaciones, obstáculos, deseos, aprendizajes y experiencias en relación a su género y a lo que para ellas significa la agroecología. También se preguntó sobre los procesos que llevan en sus

comunidades, los proyectos que las han impulsado, cómo han construido y concebido el papel de liderazgo que tiene y cómo se relacionan y observan a otras mujeres que hacen parte de las redes a las que pertenecen.

Mediante las entrevistas, logré identificar aspectos como valoraciones, percepciones, deseos, memorias, tradiciones, saberes, oficios, entre otros ámbitos de la vida social (Restrepo, 2007). Además, pude indagar en los significados que para las mujeres tiene trabajar en ese espacio, así como las dificultades políticas y económicas que han tenido para su participación en este y las diferencias y encuentros en los sistemas de representaciones de género entre mujeres de diferentes rangos de edad. Junto con las encuestas, esta técnica permitió encontrar las distorsiones en los discursos de las sujetas ya que, cuando se está dialogando en las entrevistas o respondiendo a las encuestas, pueden surgir imprecisiones o exageraciones que caracterizan el intercambio verbal entre cualquier tipo de persona (Taylor y Bogdan, 1987) y que desde la observación participante permiten un acercamiento mayor a la vida cotidiana de los interlocutores, lo cual reduce estas distorsiones.

En general, las anotaciones de trabajo de campo evidencian que el género no es un tema que convoque como algo específico en las redes de semillas, redes de paqueros/as ni redes de agroecología o agricultores/as urbanos/as. Si bien se menciona en algunos de ellos, se hace en el marco de otra temática mayor como por ejemplo los mercados, la consolidación de la política pública de agroecología, las huertas urbanas y el trabajo barrial o la soberanía alimentaria. Generalmente, los comentarios se refieren a la importancia de la inclusión de las mujeres en estos procesos en el espacio público y debido a su labor en la garantía de la soberanía alimentaria para las comunidades.

En cuanto al espacio del Mercado Agroecológico de la Universidad del Rosario, en un principio consideré realizar la investigación a partir de una comparación entre el Mercado

Campesino de la Plaza de los Artesanos y el Mercado de los Pueblos. Sin embargo, el primero tiene unas características y funcionamiento que no parte de los principios agroecológicos, sino que está más ligado con la comercialización sin intermediarios, aunque busca que sus productores sean orgánicos en su mayoría.

Por otro lado, hacerlo de esa forma centraba la investigación en el espacio más que en el objeto, que son las representaciones sociales de género de las mujeres y el cuál podría analizarse en cualquier otro espacio donde se encontraran o confluyeran frecuentemente. En este sentido, el mercado agroecológico de la Universidad del Rosario me permitía mayor acceso a los y las productoras y comercializadoras y durante estos 5 años de funcionamiento (hasta antes de la pandemia) había generado una frecuencia de personas mucho más útil para el desarrollo de encuestas y observación participante.

Así pues, las mujeres entrevistadas trabajan permanentemente en otros mercados, como el Mercado de los Pueblos y el Mercado Agroecológico Tierra Viva, pero frecuentan el Mercado Agroecológico de la Universidad, al menos dos veces al año. Frente a este punto, es importante reconocer que, al realizar la investigación en este espacio, no se pudo abarcar una mayor representación de mujeres que trabajan en otro tipo de procesos cercanos a la agroecología como lo son los mercados campesinos, que se acercan más a lo orgánico, y cuyas experiencias de vida no están necesariamente atravesadas por todo el entramado teórico y político que exige la agroecología. De esta manera, quedan por fuera otros mercados y redes que tienen en cuenta principios agroecológicos pero que no parten de ellos para su funcionamiento. También, quedan por fuera experiencias de mujeres líderes de procesos agroecológicos más enfocados en la producción y que se desenvuelven en el ámbito rural fuera de la ciudad de Bogotá.

Por otro lado, es importante resaltar que debido al confinamiento originado por la COVID-19, los Mercados Agroecológicos tanto de la Universidad del Rosario como de toda la ciudad no pudieron continuar realizándose presencialmente hasta mediados del 2021. Algunos de ellos se han trasladado a espacios virtuales y otros han detenido su funcionamiento. Lo anterior, generó que no pudiera realizar una mayor cantidad de encuestas y que las últimas entrevistas migraran también a una comunicación vía telefónica, lo cual puede viciar ciertos aspectos investigativos como resaltar otros que no se habían considerado.

En este sentido, el aporte de la presente investigación es una aproximación al análisis de los aspectos más experienciales del género, que muchas veces quedan por fuera de las políticas y proyectos, pues van a lo más profundo de los discursos y las formas de observar las realidades como son las percepciones de género, los roles y los discursos. Valdría la pena entonces, continuar con la investigación en un espacio regional que permita analizar nuevas historias de vida tanto en el escenario rural como el urbano y que involucre procesos agroecológicos con trayectorias consolidadas como las asociaciones de mujeres rurales, las escuelas rurales agroecológicas o los mercados campesinos de la Red Nacional de Agricultura Familiar.

Para finalizar, es pertinente mencionar que la sistematización de los datos recolectados se realizó mediante la codificación y análisis de las entrevistas y las encuestas a partir de las categorías especificadas anteriormente. Los resultados obtenidos dan muestra de cambios en la configuración de las representaciones de género en algunas de las mujeres entrevistadas, pero estos responden a percepciones de igualdad de género y a ciertos cambios en los roles, mientras que se mantienen algunos estereotipos y creencias que perpetúan condiciones de inequidad y violencia de género en el ámbito privado. Estos resultados serán desarrollados con mayor profundidad en el capítulo tres.

La tesis está dividida en tres capítulos. En el primer capítulo construyo el marco conceptual, realizando una aproximación teórica en torno a los conceptos fundamentales para el abordaje del análisis de los datos recogidos en campo. Así pues, me refiero al concepto de representación social, a partir de algunos enfoques provenientes de la psicología social, la sociología y los estudios culturales, que me permiten reconocer puntos en común mediante los cuales analizo las diferentes variables. Posteriormente, desarrollo el concepto de género como categoría analítica e identifico las investigaciones que han abordado las representaciones sociales de género. Finalmente, desarrollo la categoría agroecología, en primer lugar desde su construcción teórica, en segundo lugar desde el abordaje en Colombia y, por último, desde la mirada ecofeminista y los estudios de género. Adicionalmente, indago en otros conceptos pertinentes como soberanía alimentaria y ecofeminismo.

En el segundo capítulo, describo el caso de estudio iniciando por un recorrido de la historia del Mercado Agroecológico de la Universidad del Rosario, sus características y sus participantes. En este sentido, menciono algunos elementos de las migraciones de la ruralidad a la ciudad y cómo estos hechos han configurado las iniciativas de producción de alimentos en los espacios urbanos. En segunda instancia, realizo un acercamiento a las historias de vida de las mujeres con las cuales realicé las entrevistas semiestructuradas, partiendo de los procesos en los cuales han estado y de su acercamiento con la agroecología. Por último, me enfoco en cómo ellas entienden y practican la agroecología.

En el tercer capítulo realizo el análisis donde contrasto los datos e información obtenidas en el trabajo de campo con los referentes teóricos. Así pues, analizo las representaciones sociales de género en el Mercado Agroecológico de la Universidad del Rosario, mediante las prácticas y discursos. Posteriormente analizo los imaginarios y estereotipos ya relacionados con la agroecología y para finalizar describo el enfoque de género que han tenido las políticas

públicas de seguridad alimentaria y los proyectos que han buscado identificar las iniciativas agroecológicas y huertas urbanas en Bogotá, así como el crecimiento en la agricultura urbana.

## **Capítulo I. Las representaciones sociales, el género y la agroecología**

### **Representaciones sociales. De la sociología a los estudios culturales.**

El objetivo del presente capítulo es examinar las tres categorías principales que guían la investigación; representaciones sociales, género y agroecología, a partir de las principales teorías, autores y corrientes que las han estudiado.

Debido a la complejidad teórica a la que ha sido sometido el concepto de representación social desde diversos autores que parten de las características, la funcionalidad o las condiciones estructurales, y desde los diferentes campos como la psicología social, la antropología, la sociología y los estudios culturales, retomo elementos de algunos de los principales exponentes de estos campos que constituirán el enfoque teórico de esta investigación.

Desde la sociología la teoría de las representaciones sociales parte de los postulados desarrollados por Emile Durkheim, quien había escrito sobre representaciones en su obra *Las reglas del método sociológico* (1895). Para Durkheim, las representaciones sociales (RS) son hegemónicas, estables y homogéneas, es decir se construyen como superiores a otras, perduran en el tiempo y son compartidas por toda la sociedad en su conjunto. Adicionalmente, Durkheim señala una clara división entre las representaciones individuales y colectivas, siendo estas últimas las que constituyen hechos sociales (Ramírez, 2007). Las representaciones sociales también se caracterizan por su exterioridad, independencia, generalidad y coerción.

La teoría de las representaciones sociales planteada por Serge Moscovici en su libro *El psicoanálisis, su imagen y su público* (1961) ha sido analizada y utilizada para describir diversos fenómenos sociales como las relaciones, identidades, actitudes, significados, valores y percepciones a partir de las dimensiones sociales y cognitivas de la construcción de la

realidad dentro de un determinado grupo o categoría social, pues permiten identificar y comprender cómo se generan sentidos comunes, discursos y prácticas. La construcción de identidades individuales y colectivas así como las prácticas que se derivan de estas pueden ser analizadas a partir de las representaciones sociales e incluso pueden analizarse las inequidades y desigualdades que se normalizan como consecuencia de representaciones hegemónicas y homogéneas en una cultura.

De acuerdo con lo anterior, retomo la definición de las representaciones sociales como:

Un sistema social de valores, ideas y prácticas con dos funciones dobles; primero, establecen un orden que capacita a los individuos para orientarse en su mundo material y social y dominarlo, y segundo, hacen posible la comunicación para tomar parte entre los miembros de una comunidad proveyéndoles de un código para el intercambio social y de un código para nombrar y clasificar de manera no ambigua los diversos aspectos de su mundo y de su historia individual y de grupo (Moscovici, 1973, p. 13).

La teoría de las representaciones sociales se nutre de elementos como fases, componentes, características, funciones y mecanismos<sup>6</sup>. Sin embargo, retomo solo algunos de estos conceptos que permiten comprender su utilidad en los estudios de género para esta investigación.

Abric (2001) propone que así como hay una parte central, hay elementos periféricos en las representaciones que pueden ser identificados a partir de tres factores: la frecuencia de aparición, el valor simbólico o la significación y la asociación con otros elementos, viéndolo

---

<sup>6</sup> Dentro de los mecanismos de formación de las representaciones sociales los más importantes son el anclaje y la objetivación; el primero da cuenta de cómo inciden las estructuras sociales en la formación de las representaciones sociales y el segundo concierne a la forma en que los conocimientos e ideas acerca de determinados objetos entran a formar parte de las RS (Rodríguez & García, 2007).

en forma de red. Si hacemos un acercamiento a las representaciones sociales de género podríamos observar cómo a partir de la identificación de un elemento como la concepción del género en términos binarios (femenino/masculino) como núcleo figurativo, pueden derivarse otros elementos periféricos como los estereotipos y las desigualdades de género. Estos elementos periféricos son informaciones retenidas, seleccionadas e interpretadas, son juicios formulados al respecto del objeto y su entorno, son estereotipos y creencias que están jerarquizados y pueden ser cercanos o no.

Otra rama más reciente que resulta muy apropiada para el análisis son los estudios culturales y poscoloniales, pues se cuestionan un punto importante frente al concepto de otredad y a las cuestiones de “la diferencia” como algo recurrente en los debates sobre prácticas y representación.

Stuart Hall (1997) propone cuatro explicaciones teóricas sobre la importancia de la diferencia. La primera de ellas resalta la diferencia como esencial para el significado; el reconocimiento de las oposiciones binarias nos permite representar un objeto en tanto lo que no es. Sin embargo, hay que reconocer que esto es reduccionista pues siempre habrá un opuesto dominante y una relación de poder, como en el caso del binarismo masculino/femenino. La segunda explicación sobre la diferencia también parte del lenguaje y establece que solo podemos construir significado a través del diálogo con el otro. La tercera explicación es antropológica y señala que los sistemas de clasificación dentro de los grupos sociales –que son lo que se denomina *cultura*– se establecen con base en la diferencia y específicamente en oposiciones binarias. Por último, Hall propone una explicación psicoanalítica donde *el otro* es fundamental a la constitución de sí mismo, a nosotros como sujetos y a la identidad sexual.

De igual forma, el concepto de *estereotipo* que describe Hall es clave para la comprensión del sistema binario de género bajo el cual se reduce y naturaliza lo femenino y lo masculino. Según este autor, “el estereotipo reduce a la gente a unas cuantas características simples, esenciales que son representadas como fijas por parte de la Naturaleza” (Hall, 1997, p. 428) las cuales esencializan y fijan la diferencia mediante una división de lo normal y lo aceptable versus lo anormal y lo inaceptable; excluyendo y expulsando todo lo que no encaja y es diferente. Estas características permiten que se mantenga el orden social y simbólico en una determinada sociedad pues los “otros” serán excluidos. Puesto que la estereotipación suele ocurrir donde existen grandes desigualdades de poder (Hall, 1997), el poder es usualmente dirigido contra el grupo subordinado o excluido como ocurre en el etnocentrismo donde una cultura impera sobre las demás.

Frente a las relaciones de poder y la representación, Hall (1997) se enfoca en el poder simbólico que tiene por ejemplo la estereotipación en una cultura y que hace que “los otros” parezcan anormales y que lo “normal” sea lo hegemónico y lo aceptado socialmente. Así pues, el poder está tanto en el ámbito económico como en la cultura y en lo que denomina “régimen de representación” donde las prácticas representacionales ejercen exclusión e incluso violencia simbólica.

Las representaciones sociales de género en la cultura occidental demuestran mediante el sistema patriarcal y la hegemonía de las representaciones sociales sobre los estereotipos de lo masculino y lo femenino, que cualquiera que se salga de este régimen de representación será excluido (Butler, 2001). La importancia de entender el poder desde lo simbólico y no solo desde la coerción radica en comprender cómo desde elementos subjetivos dentro de las representaciones el poder es productivo y genera discursos, prácticas y objetos de conocimiento como ha sucedido con la colonización y la construcción de Oriente desde la

mirada occidental. Inclusive, la sexualización de la raza y la racialización de la sexualidad (Viveros, 2009) es un ejemplo de cómo la circularidad del poder productivo está tanto en los dominantes como en los dominados mediante elementos principalmente simbólicos.

El análisis de la representación desde los estudios culturales plantea estas cuestiones para preguntarse si es posible desafiar, cuestionar o cambiar un régimen de representación dominante. Importante pregunta para esta investigación, pues la agroecología está luchando contra un sistema agroalimentario hegemónico, es decir contra representaciones sobre lo alimentario a lo que añado la categoría de género preguntándome si es posible que los estereotipos de género puedan transformarse en quienes se encuentran en este campo. De acuerdo con Hall (1997), si se entienden los significados como algo que nunca puede ser fijado, los estereotipos y por tanto las representaciones pueden transformarse —aunque se mantengan por largos periodos de tiempo— y tienden a hendirse y a construirse nuevos significados.

Por último, vale la pena mencionar que autores como Berger & Luckman (1991) han estudiado cómo las representaciones sociales reflejan un sistema patriarcal de poder y de jerarquías asimétricas. Este sistema es evidente en elementos como la identidad y los roles, los cuales se forman a partir de los procesos subjetivos. En este sentido, estudiar las representaciones sociales permite reconocer los modos y procesos de constitución del pensamiento social, así como analizar visiones del mundo y comprender las dinámicas de las interacciones y prácticas sociales en relación con el género. De igual forma, la noción de representación social se inscribe en la realidad cotidiana a partir de la interacción entre los individuos y la sociedad que está determinada por identidades y roles masculinos y femeninos en los grupos sociales.

Puesto que “las representaciones sociales no se transforman por azar, o con el simple flujo de la historia, sino a través de las acciones de personas y grupos sociales que repercuten en las formas de concebir objetos sociales relevantes” (Ramírez, 2007, p.181), la dificultad para transformar los estereotipos que generan violencias, desigualdades y opresiones conlleva luchas, resistencias y reconocimiento de la necesidad de una transformación social desde todos los ámbitos de poder. Los estudios feministas y de género como la interseccionalidad, el ecofeminismo y los feminismos del sur reconocen que los cambios en las representaciones de género deben ir acompañados de cambios en el sistema capitalista y colonialista que continúa explotando la naturaleza y subordinando a comunidades subalternas.

### **Representaciones sociales de género. Definiendo el género.**

Problematizar el género a partir de las representaciones sociales permite dar cuenta de los elementos simbólicos, los significados, las prácticas, las percepciones y los valores que se encuentran en la cotidianidad de lo público y lo privado de los individuos y desde de los cuales toman decisiones y actúan (Scott, 1996). Para lograr este análisis, es necesario definir el género, los roles de género y las construcciones sociales históricas de lo femenino y lo masculino que cargan con estereotipos, desigualdades, diferencias y violencias dentro de las formas de ver, de actuar y de representar al mundo que son naturalizadas, heterogeneizadas, asumidas como verdaderas y mediadas por las culturas y las sociedades, y por tanto se legitiman y no se cuestionan.

El género es comprendido como un sistema de relaciones y posiciones arquetípicas y jerarquizadas construidas que dan sentido y legitimad a lo que se entiende por femenino y masculino en cada cultura y momento histórico y que es indisociable con otras dimensiones de jerarquización social como la clase, etnia, edad, orientación sexual, etc. (Scott, 1996). De

allí que la cultura y la vida cotidiana juegan un rol fundamental en la construcción de las identidades de género y la diferencia sexual (Lamas, 1994), pues reconocen al género como esa categoría correspondiente al orden sociocultural configurado sobre la base de la sexualidad que a su vez es definida y significada históricamente por “roles diferenciados y jerarquizados a hombres y mujeres por razón de sexo, desempeñando lo femenino un papel subordinado y dependiente respecto a lo masculino” (Soler & Pérez citando a Amorós, 1985, p.28).

Las identidades de género “se expresan mediante comportamientos, lenguajes, actitudes, corporalidades y roles que se construyen, se reproducen y se mantienen dentro de la propia cultura” (Pineda, 2010: p.35). A su vez, están mediadas por dinámicas sociales y experiencias propias de cada sujeto que en el caso de la masculinidad refuerzan el control de las emociones y el desarrollo de la fuerza física y la sexualidad y, en las mujeres se relaciona con la subordinación al poder, la expresión de las emociones y la vida privada, instrucción que se afianza con el aprendizaje de los roles sociales necesarios para mantener el sistema y el statu quo.

Vale la pena aclarar que el género expresa la síntesis histórica que identifica lo biológico, lo económico, lo social, lo jurídico, lo político, lo psicológico y lo cultural, por lo que implica el sexo pero no agota allí sus explicaciones, razón por la cual deben distinguirse (Lagarde, 1997). El sexo corresponde a las características biológicas, físicas y anatómicas que diferencian a los cuerpos y suelen determinarse al nacer –aunque esto ha sido discutido por autoras como Lacquer (1994), Hubbard (2004) y Butler (2000)– mientras que el género es la categoría de construcción social a partir de la cual se construyen esas representaciones sociales; es un proceso social en constante cambio y conformación a lo largo de la vida de los individuos (Scott, 1996).

El reconocimiento del género como categoría analítica surge en los años 60, en la segunda ola del movimiento feminista, donde se comenzaba a utilizar el término en la academia para analizar e identificar cómo se afectan las relaciones humanas desde allí. Joan Scott (1996) plantea la necesidad de estudiar el género como categoría analítica desde la academia, debido a la relación histórica entre este, raza y clase. Scott (1996) parte de una concepción del género que estudia las representaciones sociales que tienen las mujeres del mundo y de la sociedad desde sus propias experiencias, prácticas y discursos que enuncian normas, relaciones sociales y significados de la experiencia para construir el género.

Scott define al género como un elemento constitutivo de las relaciones sociales basadas en las diferencias que distinguen los sexos y como una forma primaria de relaciones significantes de poder (Scott, 1996). Además, tiene en cuenta que dentro de estas relaciones sociales hay cuatro elementos: los símbolos que evocan representaciones, los conceptos normativos relacionados con la interpretación de símbolos, el parentesco en tanto el papel que desempeña la mujer como individuo en la familia y la identidad subjetiva que parte de los valores e implicaciones culturales de cada individuo. El análisis se genera en dos sentidos, uno social y cultural y otro político sobre las estructuras y sistemas de poder.

Es importante aclarar que para esta investigación se utiliza el término género y no solo mujer o mujeres, puesto que se considera que en la realidad no hay esferas separadas y la experiencia de un género tiene que ver con el otro y con las relaciones entre estos (Scott, 1996). Además, teniendo en cuenta que el género es “una categoría social impuesta sobre un cuerpo sexuado” (Gatens en Scott, 1996), las relaciones no están solamente determinadas por el sexo sino por otras categorías como la clase, la etnicidad y el origen rural o urbano.

Lamas (2007) plantea una cuestión importante para el análisis al considerar que “hay una concepción binaria conformada por un conjunto de prácticas, ideas, discursos y

representaciones sociales que influyen y condicionan la conducta objetiva y subjetiva de las personas en función de su sexo” (2007: p.2). En ese condicionamiento el lenguaje juega un papel fundamental, tanto para Lamas como para Scott, pues este configura la simbolización de la diferencia sexual donde uno de los elementos claves es la representación.

### ***Las construcciones sociales históricas de lo masculino y lo femenino***

Los estudios sobre los significados de la masculinidad y la feminidad en la construcción de las representaciones sociales que surgen desde los años sesenta y que se entienden dentro del término relaciones de género (Viveros, 2002), se han preocupado por comprender las diferencias en las identidades de género como consecuencia de la construcción social y de las diferencias sexuales. Aunque, comprenderlo desde este último genera, como menciona Méndez (2008),

Una creencia extendida de que las desigualdades entre hombres y mujeres son consecuencia de las diferencias sexuales y otorga legitimidad a los modelos patriarcales en los cuales los varones han ido acumulando privilegios como si de un orden biológico e irrefutable se tratase (p. 43).

Teresa Brudel dos Santos (2009) analiza desde una mirada psicosocial las configuraciones de lo femenino y lo masculino. La autora resalta que:

La importancia del estudio de las representaciones sociales de género radica en hacer visible[s] las creencias, los valores, los supuestos ideológicos que establecen con base en las diferencias biológicas, la adscripción diferenciada de características y roles sociales que sitúan a hombres y mujeres en posiciones distintas. El concepto género pone de manifiesto la relación desigual entre mujeres y hombres en cuanto sujetos sociales (Brudel, 2009: p. 8).

Las diferencias sexuales han sido representadas mediante categorías como la división sexual binaria del género, la cual se entiende como la división jerárquica y desigual de lo relacionado con las labores femeninas y las masculinas, así como del espacio –público y privado– donde se llevan a cabo (Mies, 2014). Esta diferencia sexual evidencia el sistema histórico jerárquico de dominación, el patriarcado, el cual genera desigualdad, opresión y discriminación. Este sistema es además normativo, pues establece unos roles de género discriminatorios pues refuerza estereotipos y legitima la violencia a partir de discursos que encarcelan a las mujeres al decirles cómo deben comportarse, y refuerzan sistemas de creencias, percepciones de equidad e inequidad y actitudes compartidas que justifican y legitiman un sistema desigual entre hombres y mujeres.

Mientras que el modelo de masculinidad dominante se constituye por rasgos psicológicos de estabilidad emocional, mecanismos de autocontrol, dinamismo, agresividad, tendencia al dominio, afirmación del yo, cualidades y aptitudes intelectuales, aspecto afectivo poco definido, objetividad, aptitud para las ciencias, franqueza, valentía, eficiencia, amor al riesgo y racionalidad (Flood; 2006; Ramírez, 2009; Wiegman, 2002; Valcuende, 2003; Segato, 2003), el modelo femenino dominante constituye rasgos de inestabilidad emocional, falta de control, pasividad, ternura, sumisión, dependencia, poco desarrollo intelectual, aspecto afectivo muy marcado, intuición, subjetividad, incoherencia, miedo, frivolidad, debilidad e irracionalidad (Mies; 2014). Todas estas representaciones que se construyen con base en rituales repetitivos de socialización, o lo que Butler (1990) llama la performatividad, llevan a la normalización de los géneros, a la invisibilización de las mujeres y de la diversidad de los hombres.

Es por esto, que una perspectiva de género que analice las identidades y representaciones sociales no puede desconocer los rasgos de la masculinidad hegemónica (Kimmel, 1997) que han implantado relaciones de poder basadas en la competencia, la fuerza física y la violencia hacia otros/as, donde lo femenino es ese otro que no se debe ser y que por tanto merece ser violentado (misoginia). De igual forma, el privilegio masculino del uso de la violencia que refuerza el imperativo de *no tener nada de mujer* (Pérez et al., 2014) ha implicado la ausencia del hombre en los espacios privados relacionados con el cuidado, la crianza, las labores domésticas e incluso el afecto y la compasión, algo que ha buscado cambiarse a partir de la teoría de las nuevas masculinidades y una división más equitativa de los roles en el espacio doméstico (Goldber, 1976; Gindin, 1987; Kaufman, 1989; Flood, 2006; Ramírez, 2009; Wiegman, 2002). En este sentido, una transformación social como la que propone la agroecología y otras alternativas al modelo hegemónico patriarcal y capitalista actual debe revalorizar lo femenino y la feminidad más allá de lo biológico y cuestionar los modelos de masculinidad hegemónica desde lo individual, lo privado, lo comunitario, lo público y los espacios de participación y toma de decisión para construir representaciones y escenario más igualitarios y equitativos.

Al cuestionarnos por ejemplo sobre las actitudes y el reparto del poder en un espacio de comercialización, es necesario pensar en quién asume qué rol y si esto está relacionado con las construcciones sociales de lo masculino/femenino. No es aleatorio que en general las mujeres tengan mayor presencia en mercados o circuitos de comercialización cortos y los hombres en los espacios de tomas de decisión y de producción para la venta (Zarama, 2015). Los roles de género se manifiestan en lo reproductivo, lo productivo y el espacio privado y público. Si bien la mujer se introdujo en el espacio público a partir del siglo XX con la revolución industrial, esto no significó necesariamente mayor igualdad, pues los roles

domésticos y las tareas del ámbito privado continuaban siendo dictados hacia lo femenino, por lo que las mujeres empezaron a tener hasta dos y tres jornadas laborales (Mies, 2014). Inclusive, las feministas del siglo XXI en lo que podría llamarse la cuarta ola están aludiendo a la reivindicación del cuidado y las labores domésticas como un trabajo que debe ser pago y reconocido, demostrando que aunque el tema se posiciona en la agenda pública, no hay cambios tangibles.

Así como los roles de género evidencian las relaciones de poder y dominación, las relaciones de género son un escenario más visible de esta realidad. Allí se refuerzan las construcciones identitarias, en tanto los individuos marcan la diferencia de género para construirse a sí mismos y relacionarse con el otro. En ese relacionamiento intervienen las creencias y los estereotipos, los cuales perpetúan representaciones sobre lo que es y se debe ser según la sociedad a la que se pertenece (Bruehl, 2008). En este sentido, las relaciones de género deben analizarse en conjunto desde los roles y las construcciones sociales de lo femenino y lo masculino y no por separado, ya que resulta más acorde con la realidad social pues las interacciones están dándose constantemente.

### ***Interseccionalidad y mujeres rurales***

La interseccionalidad, desarrollada por Mara Viveros (1996) para visibilizar las imbricaciones que existen en las relaciones de poder, ha sido esencial para la comprensión de las relaciones y desigualdades a partir de tres grandes categorías de poder que son raza, género y clase. Los primeros estudios se remontan a la lucha de las mujeres negras por ser reconocidas a partir de sus propias demandas dentro del movimiento feminista (Davis, 2004; Hooks, 1981; Hill, 2000; Crenshaw, 1994) que hasta ese momento, la década de los 80, había estado representado por mujeres blancas de clase media. En América Latina, el surgimiento

de otros feminismos como el comunitario, los feminismos de Abya Yala y los feminismos negros a inicios del siglo XXI, así como la crítica a la modernidad colonialidad, el movimiento antirracista y el movimiento campesino, dan cuenta de cómo la interseccionalidad se convierte en un modelo de análisis de las desigualdades sociales a partir de la comprensión de las diferencias (Gil, 2009). En este sentido, la interseccionalidad resulta útil en los estudios de género que se interconectan con los estudios rurales al reconocer que ambas luchas o identidades no pueden desligarse.

Las tensiones dentro de los movimientos y el rechazo hacia el feminismo en algunos casos generan jerarquizaciones entre las categorías, poniendo a competir las causas políticas que, en últimas, hacen parte de grupos subalternizados<sup>7</sup>. Como menciona Gil (2004):

No podemos olvidar que aunque existen fuertes desigualdades de género [...] esto que llamamos *machismo* es también una representación racializada de las masculinidades de los grupos subalternos (de los hombres negros, de los hombres campesinos, de los hombres de sectores populares, de los hombres de ‘sociedades tradicionales’), sin que eso signifique decir que no exista dominación masculina en estos grupos sociales (Gil, 2004).

En el caso de las mujeres rurales, este esquema invita a pensar al tiempo, tanto las posibles relaciones de dominación masculina en las comunidades campesinas, como en las posibles relaciones de corte colonial que imponen un modelo agroalimentario y un discurso impuesto

---

<sup>7</sup> Guha plantea el término de subalterno que será retomado por Chakrabarty y Spivak para referirse a quienes han sido subordinados con el pasado, resistentes a la historización, que no caben en los relatos, no se pueden antropologizar y que pueden ser minorías o élites (Chakrabarty, 2000). Spivak, retomando al subalterno, hace una crítica al historicismo donde el subalterno como femenino no tiene voz, y donde “la constitución ideológica del género tiene lo masculino como dominante” (2003, p.329).

sobre la alimentación que no reconoce las realidades territoriales ni las demandas comunitarias. En cuanto a las demandas rurales, estas suelen llevarse a cabo sin cuestionar o considerar las inequidades y las tensiones que ocurren en su interior, tanto en el ámbito productivo como reproductivo y respecto a las rupturas y transgresiones que se pueden dar frente a los modelos tradicionales. Sin embargo, estudios recientes (Vizcarra, 2008; Valdés et al. 2005; Castro, 2012) han evidenciado que una perspectiva feminista desde la noción de interseccionalidad ha permitido transformar y fracturar el modelo patriarcal tradicional en la ruralidad mediante dos factores principales; la autonomía económica y la ruptura de preceptos tradicionales.

### **Representaciones sociales de género en la agroecología**

Teniendo en cuenta que la creación categoría de género permite profundizar los cuestionamientos de los patrones de desigualdad que habían hecho de las mujeres “el segundo sexo, un colectivo discriminado y objeto de sujeción” (Puleo, 2014: p.7) es posible cuestionar el género desde cualquier disciplina, espacio, ciencia o discurso a partir de una perspectiva que había sido históricamente anulada.

En este sentido, la agroecología, un modelo agroalimentario alternativo basado en propuestas de soberanía alimentaria y agroecología emergente, involucra el cuestionamiento de los ámbitos privados y públicos donde se representan las relaciones de poder y dominación como las correspondientes al género. En palabras de David Pérez Neira, ángel Calle Collado y José María Valcuende:

El cuestionamiento de la producción y comercialización de los alimentos, implica también el cuestionamiento de las actitudes, los roles, el reparto de poder así como la división generizada del trabajo de aquellos/as que participan en las iniciativas agroecológicas [...] la búsqueda de nexos comunes y sinergias entre el feminismo y

la agroecología, no solamente son posibles, sino sobre todo necesarias, particularmente en relación al papel jugado por los varones (Pérez et al., 2014: p.54). Es posible incluso trazar nexos entre el patriarcado y los sistemas agroalimentarios capitalistas, pues ambos funcionan bajo lógicas duales y jerárquicas de poder donde por ejemplo al anular la complejidad socioambiental a los flujos monetarios, las instituciones y la producción en masa, se infravaloran el resto de las actividades socioeconómicas que no entran en el mercado como las que se realizan en el espacio doméstico (Warren, 2003). Estas actividades, son a su vez las que se han delegado a las mujeres, y que no entran en la lógica de mercado como el cuidado, las labores domésticas y la crianza. En la agroecología hay posibilidades de profundizar en una crítica conjunta con el ecofeminismo hacia estos modelos, donde se identifiquen los patrones de desigualdad y poder desde el género en las representaciones sociales que vayan desde los espacios personales e interpersonales para luego ir a lo comunitario, a las economías locales y, por último, a los órdenes institucionales. Aunque pocas, ya se han realizado algunas investigaciones que relacionan agroecología y género desde diversos puntos que problematizan y discuten sobre la necesidad de incluir una perspectiva de género en los principios agroecológicos. Algunas se han enfocado en la soberanía alimentaria (Siliprandi, 2012; García y Soler, 2010), las relaciones teóricas entre ecofeminismo y agroecología (Trujillo, 2012), otras en la historicidad de los modelos agroalimentarios y cómo estos han desvalorado las prácticas campesinas tradicionales por el modelo actual de crecimiento económico y depredación de recursos (Ploeg, 2010; Sevilla, 2006), y finalmente varios de estos trabajos son de autoras que analizan estudios de casos de colectivos de mujeres rurales en Latinoamérica que permiten repensar las cuestiones de género y agroecología (García, 2009; Lopes, 2009; Zuluaga, 2011; Yague, 2012).

En general, los estudios sobre agroecología y género en América Latina son diversos y en su mayoría se fundamentan en teorías feministas y epistemológicas para el análisis de esta relación, principalmente el ecofeminismo (Flores; s.f.; Mies & Shiva, 1998; Mellor, 2000; Mugarik, 2006; Llord, 2000; Holland-Cunz, 1996; Puleo; 2011; 2007: 2005; 2002; 2000; Rocheleau, 2008; Segales, 2000; Shiva; 1996; Warren, 2003). Estas autoras, en su mayoría mujeres, buscan reconocer que las problemáticas relacionadas con la seguridad alimentaria, la pobreza y la degradación ambiental no son solo asuntos científicos y técnicos, sino que además son expresiones de las relaciones inequitativas entre los distintos grupos sociales y géneros. De igual forma, abordan una cuestión clave: cómo alcanzar un modelo de producción alimentaria justa y sostenible que no refuerce los roles y estereotipos patriarcales que mantienen a las mujeres -más aún a las mujeres rurales- en un estado de subordinación y desigualdad.

Con el objetivo de identificar los principales conceptos y referentes teóricos relacionados con la agroecología, a continuación haré un breve recorrido por el sistema agroalimentario actual derivado de la revolución verde para luego adentrarme en la agroecología y sus principales características y discusiones teóricas. Posteriormente, analizaré el ecofeminismo como enfoque crítico y, por último, desarrollaré los conceptos de neorruralidad y agricultura urbana y periurbana que hacen parte de las características de las mujeres y hombres con quienes se desarrolló esta investigación.

### *El sistema agroalimentario actual y las lógicas occidentales*

El proceso conocido como la Revolución Verde es un modelo de desarrollo agrícola industrializado y agroganadero que tuvo su apogeo en las décadas de 1960 y 1990, sigue presente en la actualidad, y que generó dependencia de insumos industriales y que hace parte

de las ideas antropocéntricas del crecimiento económico que buscaba atender el crecimiento exponencial de la población y acabar con el hambre. Sin embargo, como menciona Patel (2013), los intereses políticos que estaban detrás de la idea filantrópica de solucionar estas problemáticas llevaron a un fracaso en la reducción del hambre pues al ser propuesto desde instituciones guiadas por el capitalismo y sus políticas neoliberales, se aumentaron las brechas sociales en el campo, se empobreció la base de recursos naturales, se perdieron prácticas campesinas y se generó una necesidad de semillas tratadas y de fertilizantes en los pequeños agricultores y campesinos, que no tuvieron en cuenta los efectos ambientales que a largo plazo se generaron como la pérdida de fuentes acuíferas y fluviales debido a los monocultivos.

Este modelo es resultado de un proceso histórico guiado por la racionalidad occidental predominante, con valores individualistas, empresariales y patriarcales; tecnocrático, economicista, industrializado y mercantilizado, dependiente de insumos y con una distribución en masa globalizada que impide comprender realidades simbólicas y materiales. (Soler & Pérez, 2014). El alimento no es comprendido en todos sus aspectos sociales y culturales, por lo que se deja de lado la materialidad alimentaria según la cual podría darse una mirada más completa de las afectaciones en todas las etapas de producción y comercialización. Como lo mencioné al inicio de este trabajo, el sistema agroalimentario occidental tiene tres grandes sesgos: el antropocentrismo, el etnocentrismo y el androcentrismo (Soler & Pérez, 2014), los cuales desconocen a organizaciones campesinas, las afectaciones diferenciadas, desiguales y jerárquicas entre el ámbito privado y público, e ignoran las relaciones entre naturaleza y cultura.

En este orden de ideas, este modelo agroalimentario desconoce o ignora los procesos socioambientales y emocionales tejidos alrededor de la alimentación humana (Carrasco, 2001). Desde el sesgo antropocéntrico se concibe al ser humano como un ser que puede dominar la naturaleza y ponerla a su servicio a través de la ciencia, satisfaciendo sus necesidades en competición con los y las otras y construyendo *otro* (Soler & Pérez, 2014). Este *otro* también es negado en la ciencia, dejando por fuera otras formas de conocimiento que no entren en las políticas y discursos occidentales y que por tanto se consideran menos racionales y válidos (Santos de Sousa, 2009) como las formas de conocimiento empírico de los agroecosistemas del campesinado.

Ahora bien, teniendo en cuenta que desde el segundo sesgo, el etnocentrismo, se construyen las culturas no occidentales como “otras” en un sistema jerárquico discriminatorio que las excluye con base en las diferencias e imposibilita sus formas de acción como la solidaridad y el cuidado, la agroecología –y el campesinado– están dentro de esos “otros” excluidos y dominados. Esta dominación es ejercida desde las prácticas cotidianas que reproducen una sola forma de hacer, sentir e incluso percibir el territorio y que luego llegan a los espacios sociales y comunitarios. Las formas de dominación y opresión no son solo hacia afuera sino que dentro de las sociedades occidentales también hay jerarquías y construcciones desde la otredad que suelen ser no capitalistas, como lo son con las clases rurales, migrantes y trabajadoras populares frente al mundo urbano del trabajo en la industria y los servicios, que además se caracteriza por ser en su mayoría burgués, blanco, cristiano, masculino y heterosexual (Soler & Pérez, 2014) Por ejemplo, el etnocentrismo concibe actividades como cultivar y elaborar los propios alimentos, así como cocinarlos, como carentes de valor, categorizadas como inferiores y preferidas por otros. Estas actividades son realizadas

principalmente por las mujeres y al desvalorizarse reproducen la relación jerárquica y dual de división del trabajo.

Uno de los principales discursos occidentales que desconoció a los subalternos, ha sido la teoría del desarrollo, la cual “despreció las formas de vida no capitalistas e impuso una concepción mercantilizada de la existencia” (Soler & Pérez, 2014: p. 26). No solo se generó un discurso de desprecio a los pobres, tanto rurales como urbanos, sino que se impuso un modelo único según el cual avanzarían como si se tratara de un objetivo al que se debe llegar mediante industrialización ganadera y modernización rural –la modernidad como un modelo impositivo occidental– que dejaba a las comunidades dependientes de insumos y sin recursos para obtenerlos. Lo anterior, ha llevado a la pérdida de conocimientos tradicionales, a migraciones hacia las zonas urbanas y a comunidades campesinas en situación de pobreza (Shiva, 1995). De allí la necesidad de alternativas a un modelo que no ha funcionado, sino que ha exacerbado la pobreza y la degradación ambiental.

Por último, el androcentrismo, como sesgo occidental, también ha perpetuado el modelo agroalimentario actual. La normalización de los roles de género opera desde mecanismos de dominación conscientes e inconscientes en dos dualismos opresivos; lo privado y lo público y la cultura versus la naturaleza, asociando la primera con lo masculino y la segunda con lo femenino (Puleo, 2011). En ambos dualismos hay una categoría dominante y privilegiada que es la correspondiente al espacio público masculino que rechaza y resta valor al espacio privado y lo atribuye a los roles femeninos que son además invisibilizados y subvalorados, siendo estos fundamentales para el funcionamiento del mercado y de la sociedad (Soler & Pérez, 2014). Dentro de este sistema androcéntrico, lo alimentario es, en algunos espacios, reconocido y valorado cuando es mercantilizado como un lujo y donde quienes cocinan son

generalmente masculinos, siendo el espacio doméstico y la alimentación en empleos precarios los lugares asignados a las mujeres. En este sentido, se normalizan y perpetúan desigualdades por pasar como naturales y cotidianas.

Desde la resistencia y las posibilidades alternativas a este modelo hegemónico, hay propuestas alternativas agroalimentarias que han sido procesos de resistencia campesina e indígena subordinados y explotados, feministas y emancipatorios (Shiva, 1995) como la agroecología. El campesinado puede ser, en algunas ocasiones, un agente que resiste a este modelo hegemónico, cuando ha sido construido como un “otro interno”; su trabajo no está determinado por el capitalismo, la acumulación y el consumo, y su relación con la naturaleza es de solidaridad y armonía pues es de ella que depende su producción y subsistencia. (González de Molina & Sevilla Guzmán, 1993). En los casos de comunidades y territorios campesinos donde esto sucede, se habla de la presencia de una racionalidad ecológica (Toledo, 1993) que puede llevar, desde la necesidad, al manejo de la biodiversidad y el aprovechamiento de los recursos naturales. Ahora bien, como mencionan Soler & Toledo, se debe tener cuidado con la idealización del estereotipo teórico del campesinado al generalizar estas características, sin embargo se deben reconocer los valores culturales y las prácticas inclusivas y respetuosas que han tenido con el entorno y que es desde allí que se proponen las alternativas alimentarias sostenibles como la agroecología (Soler & Pérez, 2014).

En este sentido, la agroecología como una alternativa debe replantearse si está representando los modelos hegemónicos de dominación masculina, pues si parte de principios como la sustentabilidad y la solidaridad entre hombres y mujeres, no puede perpetuar relaciones jerárquicas o de dominación al interior de las comunidades.

### ***La agroecología y la soberanía alimentaria***

La definición de la agroecología ha pasado por considerarla una práctica, luego una disciplina y más recientemente una ciencia, queriendo darle valor científico a todo lo que engloba (Altieri, 2002). Sin embargo, también hay quienes la nombran como un movimiento por la connotación política de quienes deciden relacionarse con ella desde una posición política.

La consolidación teórica de la agroecología viene desde los años sesenta en Estados Unidos principalmente y se expande hacia Latinoamérica a mediados de los setenta y principios de los ochenta. Tiene sus bases en las ciencias agrícolas, la ecología tropical, el movimiento ambiental, el análisis de agroecosistemas tradicionales, estudios sobre el desarrollo rural, la sociología y la antropología (García, 2000). Además, han influido en su concepción y desarrollo la etnología, los estudios campesinos, el ambientalismo, la economía ecológica y ecología política (García, 2000; Guzmán, et al., 2002; Altieri, 1993).

Puesto que el movimiento ecologista representaba una resistencia a los modelos de desarrollo y una crítica al manejo de los recursos naturales, los agrónomos no prestaban atención a lo que se estaba proponiendo por tanto el movimiento se quedaba por fuera de lo académico.

Con la llegada de la CEPAL y la instauración de políticas guiadas por la teoría de la dependencia, se facilitó que ciertas disciplinas comenzaran a abrirse un poco. Hubo entonces quienes empezaron a apostarle a otro discurso y que, sin llamarse agroecólogos, trabajaban con las comunidades, realizaban prácticas enunciadas como agriculturas alternativas a la revolución verde y en algunos países como Cuba o Brasil se reconocía un movimiento social con múltiples reivindicaciones desde lo social, lo político, económico y ecosistémico (Altieri & Toledo, 2011). Poco a poco fueron dialogando con etnógrafos, antropólogos y demás profesionales, cuyos encuentros y desencuentros permitieron que la agroecología comenzara a ampliarse a otros campos como la política, la economía, la arquitectura, entre otros (Rivera

& León, 2013). En este sentido, el desarrollo teórico de la agroecología ha sido una construcción de debates sobre sus alcances y definiciones.

La agroecología es tanto una crítica al modelo agroalimentario hegemónico como una propuesta de conocimientos y prácticas sobre producción agraria sostenible, “la agroecología se formula a partir de la conciencia de los sesgos del antropocentrismo y el etnocentrismo y desde una nueva mirada de lo agroalimentario, propone una estrategia de recampesinización del medio rural y el sistema agroalimentario” (Soler & Pérez, 2014: p.32) que se relaciona con políticas de soberanía alimentaria, sin embargo, ha ignorado las cuestiones de género al no tener en cuenta el sesgo androcéntrico y centrar su análisis en categorías asexuadas como familia o comunidad, que obvian las relaciones y representaciones de género al interior.

Con la intención de ampliar esta perspectiva, Lopes (2015) abordó a la agroecología para entenderla como una propuesta para romper con el modelo hegemónico de desenvolvimiento rural basado en el monocultivo, el latifundio, el agronegocio y la exclusión social, contraponiéndose al modelo capitalista de desarrollo rural al tiempo que pretende entender la dimensión cultural de la agricultura, para implementar prácticas acorde con estas dimensiones. Además, reconoce que los sistemas agrícolas no pueden concentrarse únicamente en la producción, pues se deben mantener unos atributos naturales para garantizar la sustentabilidad; resiliencia, equidad, adaptabilidad y autogestión. A partir de esta perspectiva, es posible comprender que la agroecología al buscar una transformación socioeconómica de lo alimentario debe implicar un cuestionamiento por la organización social y la jerarquización en torno al género.

Dentro de la *agroecología emergente* es posible desarrollar estas preguntas. Este es un concepto que se refiere a las experiencias de carácter cooperativo que promueven cambios

profundos en los sistemas agroalimentarios actuales, crecientemente complejos y transnacionalizados. Se caracteriza por dar relevancia a las estrategias que van desde abajo (estilos de producción agroecológicos, circuitos de proximidad, vínculos comunitarios) hacia arriba (sistemas agroalimentarios, redes sociales, políticas públicas) y que se nutren de novedades prácticas, laboratorios sociales de sustentabilidad y acción política desde lo interpersonal hasta lo macrosocial (Pérez et al. 2014). En este sentido, un análisis desde las representaciones sociales sobre quiénes participan, cómo participan y los obstáculos en la participación, por ejemplo, permitiría identificar desigualdades en la participación de las mujeres.

Del mismo modo, otros conceptos como *agroecología urbana* se posicionan como alternativas a las realidades territoriales y al modelo actual de consumo urbano y de crecimiento económico como objetivo del desarrollo, soportado en la sobreexplotación y devastación de un mundo finito, con el objetivo de reflexionar sobre las posibilidades de la agroecología para ordenar los territorios y rediseñar el espacio desde una dimensión ambiental, así como planteando la discusión sobre la importancia de una reconfiguración del poder en torno a los ciclos de abastecimiento agroalimentario y a las transformaciones de la relación ecosistema-cultura en lo local, lo regional y lo global (Contreras, 2021). En la agroecología urbana interactúan los agroecosistemas rurales y urbanos a través del ciclo de la producción agroalimentaria desde lo rural, lo económico y lo socioambiental.

Por otro lado, las prácticas agroecológicas han evidenciado un elemento clave que influye en las relaciones de género: las redes sociales de apoyo que surgen en la participación en proyectos agroecológicos y en los espacios de comercialización. Estas redes se han construido entre colectivos y asociaciones de mujeres que trabajan en la agroecología, en

primer lugar como una forma de apoyarse y ser autónomas económicamente y en segundo lugar como un medio para estar en el espacio público, encontrarse, crear y dialogar desde sus experiencias de vida, ya que en las mujeres rurales esta socialización suele ser poca al estar constantemente en los trabajos del hogar y debido a la dispersión de los asentamientos rurales. Del mismo modo, el hecho de que estas redes estén inscritas en un territorio que es concebido más allá de lo económico y lo productivo, que conlleva un sentido social donde se construyen y transforman significados que caracterizan sociedades y crean representaciones, apropiaciones y prácticas, evidencia una salida del sistema imperante que permite construir otros modos posibles de coexistir.

Ahora bien, es importante retroceder un poco para reconocer por qué la soberanía alimentaria, una de las bases de la agroecología, es indisociable a las consideraciones de género. De acuerdo con Vía Campesina, la soberanía alimentaria es “el derecho de los pueblos, de sus países o uniones de Estados a definir su política agraria y alimentaria, sin dumping frente a países terceros” (Vía Campesina, 2003). Actualmente hay diversas redes y organizaciones que trabajan en pro de la soberanía alimentaria, la Red de Semillas Libres ha sido una de las organizaciones centrales en Colombia. La red se constituye como un espacio abierto y descentralizado de organizaciones locales y sociales, en donde convergen comunidades campesinas, indígenas, afrocolombianas y de pequeños productores, agricultores urbanos, ONG, grupos académicos, colectivos artísticos y consumidores, que se articulan en el ámbito local, regional y nacional; y que buscan promover acciones e iniciativas para fortalecer el control local de las semillas y su defensa frente a las políticas y leyes que permiten la privatización y el control monopólico de las semillas, que amenazan la soberanía y autonomía alimentaria de los pueblos (Red de Semillas Libres, 2017).

La visibilización de los problemas que contiene el derecho por la soberanía alimentaria permitieron dar cuenta de la importancia de relacionar las políticas y programas de medio ambiente con el género fue la soberanía alimentaria. Las mujeres son las primeras afectadas por el agotamiento de los recursos naturales, son las responsables en las áreas rurales de países en desarrollo del uso y manejo de estos recursos, se hacen cargo de satisfacer las necesidades básicas familiares mediante la producción de alimentos, la recolección de frutos, el acarreo del agua y la recolección de leña, su carga de trabajo es mayor y tienen menos tiempo disponible para participar en espacios de toma de decisiones por lo que sus demandas no son tenidas en cuenta (FAO, 2019). Es por esto, que entender la diferenciación en materia de género sobre el manejo de los recursos y la garantía de la soberanía alimentaria amerita la participación de las mujeres en todos los espacios.

El conocimiento de la mujer sobre las variedades de semillas y de cultivos domésticos tiene valor primordial para la alimentación, la salud y los ingresos de las familias y comunidades rurales (FAO, 2018). Sin embargo, la falta de perspectiva de género que por muchos años tuvieron las políticas y programas dirigidos a la alimentación antes que disminuir el hambre generaron mayores inequidades en participación política y acceso a la tierra y a recursos productivos para las mujeres, además de exclusión en los programas de capacitación y desarrollo social y comunitario.

Incluso [...] las políticas de combate a la pobreza y al hambre continúan ignorando las relaciones de poder que someten a las mujeres a una condición de inferioridad. Por el contrario, generalmente estas políticas creen que para romper el círculo de la pobreza es necesario incorporarlas a los procesos de desarrollo a partir del incremento de oportunidades de acceso, pero sin que descuiden sus roles tradicionales (mismos que

las sujetan a una relación de inferioridad), al considerarlas como indispensables para mejorar la situación de pobreza que viven sus familias (Vizcarra, 2008: p.146).

El problema es que en estos programas no se discuten ni se generan espacios de debate y reflexión sobre aspectos más subjetivos de la vida que son los que se pueden percibir en las representaciones sociales. Al no haber un cuestionamiento sobre este aspecto, las mujeres continúan en sus roles tradicionales de la división sexual del trabajo pero con nuevas cargas impuestas por las instituciones que reducen sus posibilidades de agenciar y de empoderarse. De allí, que una visión más igualitaria en términos de género en la agroecología permita cuestionar supuestos de lo masculino y lo femenino en los roles y las relaciones de género que se tejen al interior de las familias, las comunidades y los espacios de toma de decisiones, para que las políticas encaminadas a la soberanía alimentaria surjan desde sus propias necesidades.

Esta mirada no androcéntrica debe reconocer que las desigualdades sociales que generan la sobrecarga de trabajo y las responsabilidades de las mujeres pobres, así como su participación marginal en la agencia política para salir de su condición desigual, no pueden ser comprendidas sin tomar en consideración aquellas interacciones dinámicas que existen entre el trabajo remunerado (mercado de trabajo formal e informal) y no remunerado (trabajo doméstico ampliado) (Carrasco, 1999). Así, pues, deben considerarse las relaciones de género que se modifican y los cambios o transformaciones de las representaciones sociales de género tanto al interior de los hogares como en los espacios de socialización.

Para analizar las configuraciones de las representaciones sociales de género al interior de los espacios de producción y comercialización en la agroecología, utilizaré la propuesta teórica del ecofeminismo ya que, al igual que la agroecología, comparten la crítica al etnocentrismo y al modelo desarrollista occidental. En este sentido, desde el ecofeminismo sería posible

crear una propuesta agroalimentaria que reconozca las características simbólicas, culturales, materiales y políticas del alimento<sup>8</sup> pensando no solo en existir con la naturaleza, como si no fuéramos parte de ecosistema, sino en convivir con los demás seres y sobre todo generando relaciones sociales que reconozcan el cuidado y lo privado como ejes fundamentales de la vida, en un mismo nivel que el trabajo productivo.

### ***Diferencias entre agroecología urbana y agricultura urbana y periurbana***

Dentro de las personas que comercializan y producen en los mercados agroecológicos de Bogotá, pude observar que una gran parte realiza agricultura urbana o periurbana. Las mujeres entrevistadas presentan una característica adicional, tienen dentro de su historia familiar un nexo con el campo que denominaré agrodascendencia, y que explica en gran parte el interés de trabajar con la tierra a pesar de la migración urbana. A continuación, desarrollaré los conceptos de agricultura urbana, periurbana y agrodascendencia y retomaré algunos puntos de la *agroecología urbana* que es un concepto reciente, con el fin de comprender cómo estas categorías influyen en las representaciones sociales de género de las sujetas y sujetos de investigación.

La agroecología urbana surge como una “alternativa sostenible para mejorar la seguridad alimentaria de un planeta urbanizado” (Nicholls & Altieri, 2018). Siguiendo los mismos principios como la mejora en la materia orgánica para la calidad del suelo, el no uso de pesticidas o agroquímicos para tratar los cultivos, la productividad vegetal, entre otros, la agroecología se inscribe en la lógica urbana pensada en huertas y espacios pequeños de cultivo que contribuyan a la seguridad alimentaria y autosuficiencia de las ciudades.

---

<sup>8</sup> O como denominan Soler & Pérez (2014), la racionalidad ecológica, la racionalidad intercultural, la racionalidad campesina y la racionalidad (eco) feminista de lo alimentario, dejando a un lado los dualismos que jerarquizan las relaciones socioeconómicas en los ámbitos de lo público, lo masculino y lo monetario y de mercado subordinando lo doméstico y privado, lo femenino, lo no occidental y la biosfera (2014: p.33)

La expansión urbana impulsada por el crecimiento económico, el conflicto armado (en el caso de Colombia), la falta de oportunidades de educación y servicios médicos y las catástrofes naturales, son algunas de las principales causas de la migración urbana y periurbana. Esta migración ha traído dentro de sus múltiples consecuencias la pérdida de conocimientos agrícolas, de la mano con la desvalorización que tiene este trabajo en las ciudades, ya que al llegar a la ciudad los y las campesinas se ven restringidos a habitar espacios densamente poblados, donde la posibilidad de acceder a la tierra con un fin productivo es muy poca, y aún si la hay no constituye esta su principal fuente de empleo.

En este sentido, la agricultura y agroecología urbana y periurbana -está última la que recibe la mayoría de población migrante- se ha consolidado como una forma de responder a estos cambios demográficos, pues se han resignificado espacios urbanos, que incluso eran utilizados como botaderos de basura o simplemente eran terrenos vacíos, y han impulsado la autosuficiencia de estas comunidades mediante las huertas barriales y comunitarias, aliviando la economía familiar y reivindicando los saberes y modos tradicionales campesinos de proveer el alimento. En este sentido, la agricultura urbana, al destinarse principalmente al consumo propio, reduce la inseguridad alimentara facilitando el acceso directo de los hogares a alimentos de producción doméstica (FAO, s.f.). Por último, es importante señalar que la agricultura urbana es a menudo una actividad desempeñada a tiempo parcial por mujeres que pueden combinar la producción de alimentos con el cuidado de los hijos y otras tareas domésticas.

Para esta investigación, se entiende la agricultura urbana y periurbana (AUP), desde los principios básicos que se han identificado, como las prácticas agrícolas en pequeñas superficies o unidades agrícolas, dentro de las ciudades y/ o en las periferias, que son destinados para el cultivo, la cría, el procesamiento y la distribución de una diversidad de

productos alimenticios y no alimenticios de consumo propio, o para la venta en mercados locales, utilizando recursos humanos y materiales, productos y servicios que se encuentran dentro alrededor de la ciudad (FAO,2014; Mougeot, 2006). Actualmente, la agricultura urbana y periurbana continúan desarrollándose y persistiendo en los centros urbanos. Sin embargo, falta bastante para que sean una actividad aceptada y necesaria que esté dirigida a afrontar situaciones de crisis alimentaria.

Algunos autores, como Mougeot (1999) y Alarcón (2021), señalan que la agricultura urbana tiene un vacío conceptual ya que una práctica agrícola en la ciudad responde a contextos históricos y culturales, y no a una práctica de producción de alimentos para propiciar seguridad alimentaria en las ciudades, pues no se puede desligar la resistencia espacial y cultural de quienes la realizan y sus contextos. Este continúa siendo un tema de debate, pues así como hay quienes han llegado a las ciudades desde el campo y han realizado procesos de apropiación y transformación territorial como huertas comunitarias y barriales, hay quienes se han adentrado en la producción agrícola urbana sin un contexto de agrodescendencia o interés político o social.

La agroecología urbana surge en este debate, y propone ir más allá de afrontar la crisis alimentaria de las ciudades (Alarcón, 2021). Dentro de su propuesta teórica, el ordenamiento territorial es fundamental para reconciliar la identidad y el tejido cultural urbano que ha sido desterritorializado por las identidades individuales y colectivas que sirven al modelo de consumo y flujo constante que genera impactos ambientales (Alarcón, 2021) En los mercados agroecológicos a los que asistí para el desarrollo de esta investigación su accionar se limita a los espacios productivos y a la comercialización. Sobre este último, la agroecología y la agricultura urbana que producen para comercializar en mercados locales están resistiendo a las cadenas de comercialización impuestas a los pequeños productores rurales, en las que hay

intermediarios y centralización en la distribución de los alimentos a nivel local, nacional y global.

Así como la comercialización directa de productos es uno de los temas principales que surgen al estudiar la agroecología urbana como fenómeno reciente, el fomento y reconocimiento a la cultura campesina, diversas experiencias de educación ambiental desde el diálogo abierto y crítico de saberes y los procesos de huertas urbanas son algunos de los temas principales de las investigaciones (Acevedo & Jiménez, 2019) que han llevado al posterior planteamiento de la necesidad de un ordenamiento territorial agroecológico (Alarcón, 2021). A pesar del crecimiento exponencial de la agroecología urbana, debido a la falta de elementos conceptuales de esta, los procesos populares territoriales de agricultura urbana carecen de una mayor comprensión (Alarcón, 2021).

Este marco conceptual que hace a la agroecología algo más que una práctica de producción como puede ser la agricultura urbana es evidente en las personas que se involucran con cada proceso. En su mayoría, las personas que migran a las ciudades y se ubican en las zonas periurbanas vienen de contextos de pobreza, por lo que su interés en la agricultura, que luego puede pasar a la agroecología, está relacionado con un abastecimiento propio y la garantía de la seguridad y soberanía alimentaria. Puesto que actualmente la agricultura urbana se ha expandido a zonas centrales de las ciudades, se encuentran procesos en todas las clases sociales donde se han involucrado otros objetivos como la venta de estos productos que cuentan con sellos ecológicos pero que no responden a una postura ambiental y ecosistémica como sí sucede en la agroecología. Las personas que pertenecen a estos procesos no son migrantes rurales, algunas de ellas tienen una descendencia familiar campesina y otras se han interesado en los procesos por cuestiones ambientales y económicas.

Esta breve descripción da cuenta de todas las posibles poblaciones que pueden entrar en estos procesos de agricultura urbana, periurbana y agroecología urbana y la complejidad de su caracterización. En el caso de los mercados agroecológicos con los cuales se desarrolló esta investigación, los y las sujetas son población urbana y periurbana, nacida en la ciudad pero con una descendencia campesina muy marcada en sus relatos, que los hacía conectar con los intereses rurales. Adicionalmente, pertenecen a diferentes clases sociales y niveles educativos; las mujeres con mayores edades suelen tener más bajos niveles educativos y las más jóvenes en su mayoría tienen pregrados o los están realizando. En estas últimas, se evidencia un deseo de vivir en el campo, fenómeno conocido como neorruralidad, donde migrantes voluntarios urbanos deciden mudarse al campo movilizados por bases ideológicas definidas a partir de su inconformidad con lo asumido por el modelo de vida citadino (Méndez, 2012).

En el capítulo dos ahondo con mayor profundidad sobre las características de las personas entrevistadas, sin embargo, este primer panorama permite ubicar todos los conceptos relacionados con la agroecología emergente y urbana así como la importancia de analizarla con perspectiva de género y desde teorías como el ecofeminismo, el cuál será desarrollado a continuación.

### ***Ecofeminismos. La naturaleza y el género.***

A finales de los años sesenta nace el ecofeminismo en el marco de la segunda ola del feminismo como una reacción a los problemas ambientales como el agotamiento de recursos, el crecimiento de la población, el consumismo exacerbado y el capitalismo depredador de la naturaleza (Puleo, 2011). Ahora bien, lo que convierte a este movimiento en feminista es su propuesta teórica que reconoce la interacción entre estos asuntos socioambientales y el

entendimiento de la humanidad como sexuada, con relaciones jerárquicas, duales, explotadoras y opresoras hacia las mujeres y hacia la naturaleza (Puleo, 2011; Warren, 2003). En este sentido, halla relación entre el sistema sexo género y la dominación de la naturaleza por los seres humanos, donde ambas son consideradas inferiores, en una clara relación de dominación y explotación que lleva a cuestionar la construcción de identidades de género basadas en el sexo. Estas identidades tan fuertes en las realidades agrarias y en el mundo rural explican, en parte, la división sexual del trabajo, los roles de género, las valorizaciones diferenciadas de la palabra de las mujeres y de los hombres en los ámbitos de la vida pública o privada (Zuluaga, 2014).

Una de las problemáticas que plantean los estudios de género en la agroecología, es que la falta de integración de los temas de género y agroecología se debe a “la percepción generalizada de que es suficiente trabajar con familias campesinas e indígenas como sujetos de un nuevo modelo de producción y consumo- basado en la agroecología y en la búsqueda de la soberanía alimentaria-, sin cuestionar las inequidades y las tensiones que ocurren en su interior” (Siliprandi & Zuluaga, 2014: p.11). Por esta misma razón las cuestiones de la reproducción y producción en el espacio doméstico no se habían estudiado ni cuestionado, se daba por hecho que eran parte de la agricultura familiar y campesina.

En este orden de ideas, el ecofeminismo y la agroecología al identificar los vínculos entre género y naturaleza, pueden llevar a superar las concepciones que anclan a las mujeres a roles fijos y naturalizados y que las perciben como víctimas pasivas y esencializan por su rol de cuidadoras, especialmente en el medio rural. Estas concepciones perpetúan desigualdades como el acceso a titulaciones de tierra, la poca participación política en organizaciones, el no reconocimiento de su trabajo en el hogar y las creencias que no les permiten estar en otros

escenarios. Analizar cómo se han configurado las representaciones de género en mujeres que participan de proyectos agroecológicos es un aporte al reconocimiento de quienes buscan sociedades más justas y equitativas con el territorio y en las relaciones sociales, tanto al interior de los hogares como en los espacios comunitarios y de toma de decisiones.

Un punto importante de los ecofeminismos es la crítica a las estructuras de pensamiento dicotómicas y jerárquicas donde uno de los extremos es sobrevalorado, mientras el otro es infravalorado. Los principales ejemplos corresponden a los dualismos naturaleza/sociedad, producción/reproducción, racional/irracional, público/privado, mente/cuerpo, hombre/mujer y masculino/femenino (Warren, 2013). Para las ecofeministas, debería haber una interpretación no jerárquica de la relación naturaleza/ser humano, así como de las demás relaciones ya que como funcionan actualmente, las representaciones de género corresponden a estos dualismos y se mantienen fijas perpetuando la subordinación y explotación (Puleo, 2011).

Por otro lado, puesto que no hay un solo ecofeminismo, sino que dentro de esta corriente han surgido diferentes posturas, algunas de las personas que están en desacuerdo (Carolyn Merchant, Val Plumwood, Mary Mellor y Alicia Puleo) lo califican como esencialista al reducir a las mujeres al estereotipo de cuidadora madre y responsable del mantenimiento y alimentación de las comunidades. Sin embargo, esto corresponde a la primera corriente; el ecofeminismo clásico o espiritualista<sup>9</sup> que se basa en el feminismo de la diferencia y desde allí considera que hay rasgos o características que unen a las mujeres con la naturaleza y, por lo tanto, la lucha contra el patriarcado y la crisis ecológica debe pasar por la recuperación de los valores matriarcales (Zuluaga, 2014). Al encontrar sesgos y vacíos en este ecofeminismo

---

<sup>9</sup> Sus principales proponentes fueron Mary Daly y Susan Griffin.

por ser esencialistas y biologicistas, surgen otros tipos de ecofeminismos como el multiculturalista o del Sur, el ecofeminismo liberal y el ecofeminismo constructivista o feminismo ecológico.

Para esta investigación, me centraré en algunos postulados del ecofeminismo del Sur y en el ecofeminismo constructivista. Sobre el primero, propuesto por Vandana Shiva (1996), Maria Mies (1998) e Ivonne Gebara (1997), se caracteriza por ser una crítica al modelo de desarrollo occidental al considerarlo un proyecto patriarcal y de occidentalización del mundo que desata la degradación del medio ambiente, destruye comunidades tradicionales y sirve a intereses capitalistas (González, 2005). El ecofeminismo del sur reconoce que las tareas de reproducción gratuitas, devaluadas e invisibles que realizan las mujeres corresponden al proyecto occidental donde los hombres son los que tienen trabajo asalariado. Desde esta postura, se busca la construcción de una epistemología desde abajo y desde las periferias, donde las experiencias vividas por las mujeres de pueblos indígenas y comunidades campesinas del sur sean agentes con posibilidad de confrontar el paradigma socioambiental dominante y comprender el nexo entre explotación de la naturaleza y dominación de las mujeres.

Uno de los principales cuestionamientos hacia el ecofeminismo del sur está relacionado con la sacralización e idealización de las culturas tradicionales como indígenas y campesinado, al presentarlas como “hipercoherentes y totalidades sin fisuras, atribuyéndoles una sabiduría especial que les permite vivir en armonía con la naturaleza” (Zuluaga, 2014: 83). La crítica a la globalización y a la modernidad, en la cual se enmarca este feminismo, desconoce los aspectos liberadores y la posibilidad de un encuentro entre conocimientos científicos y tradicionales. Adicionalmente, se refiere a estos últimos como una unidad, desconociendo la diversidad y las diferencias de culturas e interconexiones que se han dado a lo largo de los

años. En esencia, termina siendo un etnocentrismo desde otra cultura. El enfoque es muy importante, pues permite cuestionar aspectos coloniales/modernos hegemónicos y dar un lugar a una epistemología intercultural, sin embargo debe continuar construyéndose.

Ahora bien, en cuanto al ecofeminismo constructivista que surge en los años noventa del siglo XX, este sostiene que:

No hay una esencia femenina que acerque a las mujeres a la naturaleza, sino un devenir histórico con estructuras socioeconómicas determinadas, que las ha acercado a la naturaleza y alejado a los varones de esta, por lo que la unión de las mujeres y naturaleza se da por padecer una opresión análoga, esto es, el lazo que ciertas mujeres sienten con la naturaleza tiene su origen en sus responsabilidades de género (Zuluaga citando a Puleo, 2008, p.97).

Reconocer esta unión o semejanza como una relación de poder evita caer en esencialismos de género y más bien permite analizar todos los sistemas occidentales hegemónicos como constructores de estos estereotipos y representaciones sociales opresivos y jerárquicos. El ecofeminismo no pretende convertir a las mujeres en un nuevo sujeto revolucionario, esta vez ecológico, a costa de mantener antiguos estereotipos de género que esencializan y mantienen en los mismos lugares oprimidos. Por el contrario, indagan en formas para superar esta discriminación desde una perspectiva que engloba a los ecosistemas y al medio ambiente. Así, pues, los ideales de igualdad, justicia y autonomía están presentes tanto en sus investigaciones empíricas sobre los aportes ecológicos de las organizaciones de mujeres, como en sus análisis sobre las formas en que los estereotipos de la masculinidad afectan al pleno desarrollo de la agroecología (Puleo, 2014).

La crítica a este ecofeminismo está en que puede resultar sumamente teórico, filosófico y abstracto para lo que ocurre en la realidad con las mujeres en los territorios que se movilizan

por el medio ambiente (Zuluaga, 2014). En este sentido, el rechazo a la mística de la feminidad y la complejidad de su análisis resta herramientas útiles para las mujeres que llevan a cabo estas luchas en sus movilizaciones.

Teniendo en cuenta las diferencias entre cada una de las corrientes, se pueden identificar algunos puntos en común que son la base de su propuesta. En primer lugar, luchar contra la opresión a la naturaleza desde el reconocimiento de otras alternativas posibles. Esto incluye el segundo punto, que es cuestionar la economía de mercado y con esta el productivismo y consumo innecesario, por lo que abogan por priorizar las economías locales y manejo de recursos desde la sostenibilidad y las características socioculturales de los territorios. En tercer lugar, el deseo de superar el discurso científico construido bajo el androcentrismo, sin desconocer los avances y posibilidades tecnológicas, pero cuestionándolo.

Así como los ecofeminismos, las luchas desde la interseccionalidad han permitido comprender que las luchas son múltiples, se acompañan y no pueden desligarse unas de otras. En este sentido, la interseccionalidad es clave en el análisis no solo de los vínculos entre naturaleza y género que señala el ecofeminismo, sino de las demás categorías bajo las cuales se representan las mujeres que enmarcan estas luchas y que son principalmente indígenas y campesinas. Como lo reconoce La Vía Campesina; el rechazo a las corporaciones transnacionales, la resistencia y adaptación al cambio climático, la prohibición de la violencia contra la mujer, el combate contra los agrotóxicos y la promoción de la soberanía alimentaria tienen componentes paralelos de anticapitalismo, antipatriarcalismo y justicia ecológica (Valero, 2018). Estos elementos representan y visibilizan las luchas de las mujeres campesinas y las mujeres urbanas y periurbanas con agrodescendencia (dentro de esta investigación) que hacen parte de proyectos agroecológicos. En este orden de ideas, un análisis interseccional puede aportar en la transformación de las condiciones sociales

hegemónicas de opresión que se encuentran al cuestionar los esencialismos con base en la raza o la clase que generan desigualdades.

## **Capítulo II. Redes y mercados en la agroecología urbana. La resignificación del campesinado en las prácticas agroecológicas urbanas.**

### **Los Mercados Agroecológicos como espacios de pedagogía y construcción de redes**

Una de las principales preocupaciones de los gobiernos con el crecimiento de la población urbana ha sido el abastecimiento de alimentos que garantice la seguridad alimentaria a la población. Los gobiernos locales que respondieron a esta preocupación comenzaron a implementar programas y políticas públicas desde los años 90 (Parrado, 2013). Para atender esta problemática en Bogotá, desde el año 2004 se creó una estrategia a partir del denominado *Plan Maestro de Abastecimiento de Alimentos y Seguridad Alimentaria de Bogotá*, impulsado por el alcalde Luis Eduardo Garzón, bajo su programa *Bogotá sin Hambre*. Para su desarrollo, se crearon herramientas enfocadas en dinamizar la economía campesina de los municipios rurales cercanos a la ciudad para su abastecimiento.

Del mismo modo, se crearon herramientas para acercar la agricultura a los pobladores urbanos mediante talleres y cursos de agricultura urbana dictados por el Jardín Botánico de Bogotá. Dentro de los resultados principales de la estrategia desarrollada por el Jardín Botánico estaba lograr empoderamiento y agencia en poblaciones semirurales y periurbanas de la ciudad para que pudieran garantizarse parte de sus alimentos (Parrado, 2013). Este objetivo se ha logrado paulatinamente, pues la organización de la sociedad civil en torno a los huertos y jardines urbanos ha sido vital para su supervivencia y lo sigue siendo hoy en día en todo el mundo (Cepeda et al, 2018 citando a Motan, 2010).

Con el fortalecimiento del movimiento campesino en torno al alimento, surgen discrepancias frente al concepto de seguridad alimentaria, pues en su formulación inicial este solo se refería a la producción, distribución y acceso de los alimentos de forma más eficaz, sin tener en cuenta de dónde provenían, qué formas se utilizaban para su producción o bajo qué

condiciones se producía (Vía Campesina, 2017). La seguridad alimentaria, concepto que surge en 1943, en una reunión de 43 países para discutir sobre la producción de alimentos, hace referencia al acceso físico y económico en todo momento a suficientes alimentos inocuos y nutritivos para satisfacer las necesidades alimentarias (FAO, 2012).

Cómo una crítica al concepto de seguridad alimentaria, los movimientos campesinos representados por Vía Campesina y el Movimiento de Trabajadores Rurales Sin Tierra proponen en 1996 en el Foro de la Organización de la Sociedad Civil de Roma el término soberanía alimentaria como el concepto fundamental que debería guiar las políticas alimentarias. Como menciona Vía Campesina, la soberanía alimentaria enfatiza en la producción, la distribución y el consumo ecológicamente adecuados, la justicia socioeconómica y los sistemas agroalimentarios locales como medios para combatir el hambre y la pobreza, garantizando la seguridad alimentaria sostenible para todas las personas (Vía Campesina, 2018). La soberanía alimentaria no se centra solamente en el acceso sino en los derechos sobre los alimentos de los pueblos y sus comunidades.

Desde la reivindicación de la soberanía alimentaria se unen movimientos enmarcados en la misma causa como la agroecología y el movimiento de guardianes de semillas nativas y criollas, que en Colombia tiene representación con la Red de Semillas Libres. Dentro de estos movimientos hay otras luchas y reivindicaciones interconectadas que han ido surgiendo, como las de género y mujer, en su intento por derribar modelos tradicionales de dominación masculina en las organizaciones agrícolas mediante la creación de espacios organizados por y para mujeres (Vía Campesina, 2018), como la Red Nacional de Agricultura Familiar y Comunitaria y las redes y organizaciones de mujeres indígenas y campesinas en todo el territorio. Frente a esto último, el movimiento feminista, mediante estas organizaciones, ha problematizado y puesto en el espacio público las inequidades de género en las luchas

campesinas relacionadas con la tenencia de tierras, la dependencia económica, el reconocimiento del trabajo productivo, entre otras.

Desde La Vía Campesina, hay una organización importante que trabaja con la temática de género. La Coordinadora Latinoamericana de Organizaciones del Campo (CLOC) ha visibilizado el trabajo que realizan las mujeres en los procesos comunitarios desde las experiencias y problemáticas que aquejan al campesinado con una mirada interseccional. Según el objetivo presentado en su página web, este contiene “la lucha contra el sistema patriarcal y capitalista que destruye la vida del campesinado” (CLOC, consultado 08 de febrero de 2020, <https://cloc-viacampesina.net/que-es-la-cloc-via-campesina>). Si bien la agroecología constituye uno de sus pilares, hasta el momento es poco lo que se ha dicho sobre el papel de las mujeres en los procesos de agricultura urbana y más recientemente de agroecología, ya que en su mayoría las investigaciones se centran en la agroecología en las zonas rurales, pues es allí donde se han gestado los principales movimientos y acciones colectivas.

Sin embargo, a raíz de la información obtenida por las mujeres entrevistadas y de la observación participante realizada en los Mercados Agroecológicos, se identifican prácticas agroecológicas en el espacio urbano. Muchas de estas, están relacionadas con la apropiación del territorio y la producción del alimento que parte del apoyo y trabajo comunitario y barrial en zonas periurbanas de la ciudad donde las mujeres han ejercido un destacado liderazgo. Evidenciando la importancia de estas prácticas es que organismos como la FAO reconocieron formalmente, desde el año 2014, la agroecología como una de las prácticas de la agricultura sostenible más relevantes para enfrentar la crisis alimentaria emergente (FAO, 2014) .

Así cómo hay relaciones entre los procesos comunitarios de agricultura urbana y los roles líderes de las mujeres, otro de los aspectos que poco se han preguntado en las investigaciones

sobre estos temas, están en la relación entre la agricultura urbana y las personas adultas o adultas mayores con conocimiento agrícola, desplazadas del campo, que participan allí. Resulta importante un análisis entre estas variables, pues identificar y caracterizar a la población permite generar políticas que fortalezcan estos programas y a las comunidades. En el siguiente apartado se realiza una caracterización de la población participante de la investigación, con el objetivo de identificar las relaciones entre las diferentes categorías de análisis dentro de las historias de vida de cada una y sus procesos comunitarios e individuales agroecológicos.

Antes de llegar a ese punto, es importante mencionar cómo las luchas por la soberanía alimentaria que inician con los movimientos campesinos se han reproducido en los espacios urbanos y periurbanos liderados por personas que se vieron involucradas con programas de agricultura urbana. Es de aclarar que, así como se reconoce el papel de entidades como el Jardín Botánico en el desarrollo de estos procesos, hay una visión crítica de la gestión distrital de la entidad por parte de algunas personas líderes y partícipes de las redes de agroecología, de semillas y de agricultura urbana en Bogotá.

Estas redes se han consolidado como espacios de interacción donde se repiensen las relaciones entre el territorio, la comunidad y el individuo. Lo anterior, relacionado con el principio comunitario de la agroecología en un medio urbano y de metrópoli como Bogotá, desafía las lógicas individualistas y crea un sentido colectivo para el trabajo no solo con las personas sino con el entorno. Así, pues, desde allí se han visibilizado, construido y apoyado iniciativas que desde las propias comunidades buscan hacer uso de tecnologías limpias y reutilización de materiales que se encuentran comúnmente en la vida cotidiana y optimización de espacios (Valero, 2018).

Otro de los principales espacios de incidencia agroecológica en Bogotá, además de las huertas comunitarias, han sido los mercados agroecológicos, los cuales

Aportan a la soberanía alimentaria mediante el desarrollo de mecanismos de intercambio alternativos [...] de alimentos, en donde exista proximidad entre consumidores-as y productores-as y en donde se promueva el consumo responsable, el comercio justo y la economía solidaria, así como la producción agroecológica (Chaparro, 2015: p.25).

Los mercados agroecológicos han sido espacios de encuentro, pues a partir de allí se han consolidado redes como la Red de Semillas Libres. Esta red, que nace en principio a partir de los encuentros de personas interesadas en el tema, logró consolidar posteriormente un mercado llamado Mercado Agroecológico, Libre y Solidario. Para Carmen, una de las mujeres entrevistadas que participó desde el inicio en la conformación de la red y del mercado y que actualmente continúa liderando procesos relacionados con las semillas libres, cuenta que “allí [en el mercado] había un custodio de semillas de Boyacá que se llamaba Don Fabriciano Ortiz, no sé si lo has escuchado. Con Don Fabri y con otras personas comenzamos a armar este mercado y empezamos a trabajar en la construcción de la red de semillas” (Carmen, entrevista, 11 de marzo de 2020).

En este sentido, la conformación de estos mercados se ha construido como resultado del encuentro y la formación de redes de personas interesadas en relacionarse con el alimento desde los principios teóricos que lleva la producción agroecológica; el cuidado del medio ambiente, el ser humano, la conservación de los recursos y el bienestar, en especial la relación con el entorno para la producción, la no utilización de productos químicos o tóxicos para el ambiente, el consumo responsable y las relaciones directas entre productores y consumidores (Naranjo, 2017). Lo anterior va de la mano con el desarrollo de economías alternativas,

solidarias y de producción consciente, las cuales les apuestan a otras formas de hacer economía basadas en la solidaridad y el trabajo comunitario (Razeto, 2000). Adicionalmente, los mercados agroecológicos han marcado un cambio de relacionamiento entre los consumidores urbanos y los productores rurales pues parten de eliminar a los intermediarios y de acercar la historia del producto al consumidor.

La importancia del cambio y la transición hacia modelos de mercado orgánicos/agroecológicos se ha reconocido internacionalmente (IAASTD, 2009; Schutter, 2010) como una manera para aumentar la producción de alimentos y mejorar la situación de los agricultores al tiempo que se fundamenta en la tradición, la innovación y la ciencia para favorecer el medio ambiente las relaciones justas entre productores y consumidores (Naranjo, 2017).

Ahora bien, es importante aclarar que, así como los Mercados Agroecológicos, se encuentran los Mercados Campesinos, una iniciativa institucional que se viene desarrollando desde 2004 en Bogotá como “una dinámica que busca, por una parte la incidencia del campesinado en la política pública de seguridad alimentaria; y de otro lado, la comercialización alternativa de alimentos” (Ordoñez, 2011, 14) enfocada en la comercialización de productos del campo sin intermediarios y para pequeños y medianos productores-as. El liderazgo de los Mercados Campesinos está en las organizaciones campesinas agrupadas en lo que se denomina el Comité de Interlocución Campesino Comunal (CICC), que se creó en el mismo año.<sup>10</sup>

Algunas de las diferencias entre estos dos mercados son que los Mercados Campesinos no parten del enfoque orgánico/agroecológico sino de la comercialización sin intermediarios.

---

<sup>10</sup> Para revisar la historia de Mercados Campesinos ver Ordoñez (2011) *Economía campesina, soberanía y seguridad alimentarias. La experiencia de Mercados Campesinos en Bogotá y la región central de Colombia y Aníbal* (2010) *Incidencia campesina en la política pública alimentaria de Bogotá 2004-2009*

Sus productos son comercializados cada 15 días en distintos puntos de la ciudad por campesinos-as que vienen desde otros municipios a vender varios alimentos de productores-as de sus territorios. Estos mercados tampoco cuentan con un sello orgánico o agroecológico, pero algunos de ellos como el Mercado Campesino de la Plaza de los Artesanos buscan que la mayoría de los productores estén implementando herramientas orgánicas para la producción. Contrario a esto, los productores que se adhieren a los mercados agroecológicos deben contar con certificaciones de sus productos para que puedan ser nombrados como orgánicos, agroecológicos o en transición a la agroecología<sup>11</sup>.

En el proceso de certificación se incluyen los aspectos de producción, redes, proveedores, familias y consumidores que puedan reconocer la calidad de los mercados participantes. En Bogotá, la creación del Sistema Participativo de Garantías (SPG) en el año 2017 fue un factor esencial para reconocerse y diferenciarse de los productos provenientes de la agricultura convencional y demostrar al consumidor que el origen es ecológico, orgánico o en transición agroecológica<sup>12</sup>. Adicionalmente, el SPG se construye debido a que la certificación por una tercera parte independiente de los actores de la producción y el consumo genera procesos complejos con entidades intermediarias públicas y privadas, con costos adicionales y que muchas veces no son adecuadas para el contexto y el entorno productivo (Naranjo, 2017).

---

<sup>11</sup> Para la MABR debido al proceso colaborativo sobre el cual se definieron los principios bases de los productores participantes y que partió de lo que ellos-as consideraban como lo orgánico y lo agroecológico, no hay diferencia entre estos dos conceptos, contrario a otros autores (Stankevicius, 2016; Malezieux, 2016; Galindo, 2015) que afirman que la producción orgánica, difiere totalmente de la producción agroecológica pues la primera no presta atención a la agricultura familiar ni a aspectos culturales y sociales. Sin embargo, según el concepto de la RMABR la producción orgánica/agroecológica sí es incluyente y tiene en cuenta a las comunidades, su cultura, saberes y se enfoca en la acción social y política del entorno y su contexto. (Naranjo, 2017) La propuesta de la Red es que progresivamente los productores-as puedan diferenciar los conceptos para avanzar en la producción agroecológica con el uso adecuado del término.

<sup>12</sup> En general los términos ecológico, orgánico o biológico son sinónimos de acuerdo con la Resolución 187 de 2006 que fue modificada parcialmente por la Resolución 199 de 2016 del Ministerio de Agricultura y Desarrollo Rural – MADR que adopta el Reglamento para la producción primaria, procesamiento, empaquetado, etiquetado, almacenamiento, certificación, importación, comercialización y a su vez establece el término de “sistema de producción ecológica”.

Como consecuencia, se crean formas alternativas de garantía para los consumidores-as de estos mercados locales y nacionales de productos orgánicos que son más accesibles como lo fue la consolidación de este SPG el cual, “involucra agricultores de pequeña y mediana escala que trabajan en un sistema que promueve aspectos sociales y ambientales importantes para un estilo de vida sustentable” (Naranjo, 2017: 14). La certificación pretende garantizar que los productos sean realmente agroecológicos mediante garantías autónomas y no impuestas, que sean de fácil acceso a los productores-as y para los consumidores-as y que sean sostenibles de acuerdo al entorno. Como menciona Erica, una de las mujeres comercializadoras entrevistadas que ha participado en los procesos de certificación, “nosotros tenemos una certificación, un sello de garantía, aliándonos con universidades nos hacen visita para ver cómo cumplimos con el cultivo limpio y esa es la forma como demostramos que si estamos trabajando de una manera limpia” (Erica, entrevista, 1 de junio de 2020) Por esta razón, la certificación diferencia a los mercados agroecológicos siendo un debate constante el si debe o no haber un reglamentación sobre el SPG.

Otra característica diferencial con los mercados campesinos es que los comercializadores/as y productores/as de los mercados agroecológicos no tienen las mismas características demográficas. Quienes producen y comercializan en los mercados campesinos son en su mayoría campesinos/as que traen sus alimentos en los días del mercado (Ordoñez, 2011), mientras que en los mercados agroecológicos, la población es urbana, periurbana y lo que se conoce como neorrurales<sup>13</sup>. Si bien no toda la población cumple con estas características, hay

---

<sup>13</sup> El neorruralismo es un fenómeno de instalación en el campo de un colectivo mayoritariamente joven y procedente de zonas urbanas. Son neorrurales todas aquellas personas que abandonan la ciudad y se dirigen al campo con un proyecto de vida alternativo (Nogue, 2008)

“Los neorrurales son migrantes voluntarios de anterior residencia urbana que deciden mudarse al campo, movilizados por bases ideológicas definidas a partir de su inconformidad con lo asumido, por estos mismos actores, como modelo de vida ciudadano. Desde la perspectiva ideológica, los resultados demostraron que, para el grupo de neorrurales indagados, la decisión de migrar significó el desaprendizaje esperado e inducido de ciertas "formas urbanas de ser", buscando la

una clara diferencia entre los procesos agroecológicos urbanos y rurales pues estos últimos surgen de las comunidades campesinas y la academia llega a apoyar e impulsar, mientras que en los mercados agroecológicos urbanos como en el caso de Bogotá, hay un gran porcentaje de productores-as que son profesionales y que han decidido volver al campo a cultivar con una experiencia académica y práctica en la agroecología.

Es importante resaltar la diferencia que señalan algunos productores y comercializadores de mercados campesinos y agroecológicos sobre el alimento. Como menciona Erica, una de las comercializadoras entrevistadas y que ha trabajado en ambos espacios, “el alimento orgánico es realmente limpio mientras que el convencional es transgénico [...] la diferencia con los mercados campesinos es que allí hay cultivadores limpios y convencionales” (Erica, entrevista, 1 de junio de 2020), además “el Mercado Campesino es del Estado, por eso gestamos el Mercado de Los Pueblos como algo diferente, trabajando por la soberanía, la autonomía y la autoctonía alimentaria de allí nos integramos 32 productores” (Lucía, entrevista, 29 de agosto de 2019). Según esto, el tipo de producción del alimento, la comercialización y la conformación de los mercados son los principales diferenciadores.

Lo anterior también responde a que las iniciativas que se han creado de mercados agroecológicos parten de colectivos de productores-as, iniciativas personales ecológicas y de construcción de redes de agroecología que se han fortalecido en ámbitos más académicos, refiriéndome al caso de Bogotá. En este sentido, los mercados agroecológicos buscan organizarse a través de elementos como la certificación. Sin embargo, al no estar institucionalizados y contar con esquemas diferentes de funcionamiento carecen de datos cuantitativos. Es por esto que, mientras los mercados campesinos tienen establecida una

---

emergencia de otros valores y saberes supuestamente negados o desautorizados por el aparato ideológico por ellos asociado al modelo de vida urbano/moderno/industrial vigente” (Mendez, 2012: 115).

fecha de inicio en el 2004 y mayor caracterización tanto de productores y comercializadores, los mercados agroecológicos carecen de estos datos, lo que imposibilita el reconocimiento de las labores, productos, tiempos y lugares de donde provienen, así como la sistematización de la información y por consiguiente un orden y políticas públicas destinadas a ellos.

En cuanto al funcionamiento logístico de los Mercados agroecológicos, los productos que suelen venderse corresponden principalmente a alimentos frescos, procesados, productos para el aseo personal, medicinales y cosméticos que se encuentran dentro de las categorías de producción limpia, artesanal, agroecológica y orgánica.<sup>14</sup> La forma de intercambio comercial es principalmente el dinero en efectivo y algunos-as productores-as manejan transferencias. Al finalizar las jornadas se suelen intercambiar productos entre productores-as a partir del trueque y en algunos mercados como en el de la Universidad del Rosario se han establecido espacios llamados “gratiferias” donde se pueden dejar y tomar artículos de vestir principalmente, sin ningún tipo de intercambio monetario. Finalmente, el transporte de los productos hacia los mercados suele ser asumido por parte de cada productor. En algunos mercados se cobra una comisión por el espacio utilizado en la jornada.

Recorriendo la historia de la conformación de estos mercados en Bogotá, en el año 2016 se creó la Red de Mercados Agroecológicos de Bogotá Región (RMABR) como resultado de la reunión de varios mercados similares que buscaban aprovechar las potencialidades y enfrentar retos de manera colectiva (RMABR, 2020) y que venían formándose en la ciudad desde el 2011 aproximadamente.<sup>15</sup> Los mercados que hacen parte de la red para 2020 son La

---

<sup>14</sup> Para ver la diferencia entre cada una revisar el documento de la Red de Mercados Agroecológicos Bogotá-Región (2017) o Naranjo, S. (2017) *Hacia la implementación de un Sistema Participativo de Garantías en la Red de Mercados Agroecológicos de Bogotá-Región*. Corporación Universitaria Minuto de Dios. Pp.69

<sup>15</sup> Para la RMABR se busca un equilibrio entre los actores que hacen parte del proceso y puesto que para algunos no hay diferencia clara entre producción agroecológica y orgánica, con base en los aportes se determinaron los aspectos más relevantes definiendo a la producción agroecológica/orgánica como la producción de alimentos frescos, procesados, productos para el aseo personal, medicinales y cosméticos, que sean holísticos (vinculan dimensión ambiental, social y económica), incluyentes (sobre las culturas, conocimientos ancestrales y nuevos conocimientos), autónoma, con enfoque

Feria Agroecológica UNIMINUTO, el Mercado Sembrando Confianza, el Mercado Fundación Semilla Andina, Los Mercados de la Tierra Slow Food Colombia, Agrosolidaria Engativá, La Canasta, el Mercado Agroecológico Campesino, In Situ, ALaCena y el Mercado Agroecológico Tierra Viva. Esta es una red de trabajo cooperado que promueve, apoya y realiza el fortalecimiento de los mercados vinculados desde la seguridad, soberanía y autonomía alimentaria (RMABR, 2016).

EL Mercado Tierra Viva, parte de la Red, nace en Bogotá en el 2014 y promueve la producción y consumo responsable, además de la relación directa entre productor-a y consumidor-a. Se desarrolla cada 15 días en la Casa Kilele y agrupa alrededor de 20 productores-as orgánicos y en transición agroecológica de Cundinamarca (RMABR,2016).

El Mercado Agroecológico Tierra Viva hace parte de una organización llamada Comité Salsa B.C. (Comité Regional por la Soberanía y las Autonomías Alimentarias Bogotá-Cundinamarca), la cual se constituye en el 2009 como una campaña y posteriormente una red de organizaciones sociales, populares, campesinas y urbanas que construyen soberanía y autonomía alimentaria en Bogotá, donde uno de sus ejes es la realización de ferias y mercados de espacios culturales. A raíz de esta red, se constituye en el año 2016 el Mercado Agroecológico Tejiendo Territorios que tiene lugar cada 15 días en puntos rotativos en Bogotá y el Mercado Orgánico Sumapaz que se realiza en Fusagasugá, entre otros espacios culturales y pedagógicos ligados a la soberanía alimentaria. Esta red ha permitido la articulación entre el campo y la ciudad en relación con el alimento.

---

alternativo a la agricultura convencional (al no incurrir en insumos agroquímicos externos), resiliente frente al sistema, conservador y sostenible de los recursos naturales y que fomente el bienestar general de las familias de los productores y consumidores. (Naranjo, 2017)

En el esfuerzo de impulsar y visibilizar los mercados campesinos, étnicos y agroecológicos, la Red Nacional de Agricultura Familiar (RENAF) crea en el año 2017 la campaña *Llevo el campo*, como un escenario para promover el derecho a la alimentación sana y directa entre el alimento y el consumidor. Como parte de esta campaña, se adhieren varios de los mercados agroecológicos que funcionan en la ciudad desde el 2011 aproximadamente (RENAF, 2017). Algunos de los principales mercados en Bogotá son el Mercado Agroecológico Tierra Viva que surge de la ONG Semilla Andina, la Feria Agroecológica Uniminuto, la Feria agroalimentaria Universidad Nacional, el Mercado de los Pueblos y el Mercado Tejiendo Territorios de la ONG Eco Colombia, la mayoría de ellos realizado en diferentes partes itinerantes de la ciudad. En este sentido, los mercados agroecológicos que se han creado en Bogotá han sido apoyados por iniciativas comunitarias relacionadas con la agroecología y el comercio justo, por universidades y en menor medida por entidades distritales.

Respecto a las universidades, uno de los primeros mercados que surgió fue la Feria Agroecológica Uniminuto en el año 2011, que nace como iniciativa del programa de Ingeniería Agroecológica y que fue pionero en el 2015 para la conformación de la RMABR (Renaf, 2016). La Feria busca aportar a la sostenibilidad del sistema agroalimentario mediante el desarrollo de mecanismos de intercambio, principalmente de alimentos, en donde se promuevan la agroecología y el consumo responsable, el comercio justo y las economías locales y solidarias (Renaf, 2016). Hasta el momento, la feria lleva nueve años de trabajo continuo y cuenta con una participación de 18 productores de alimentos agroecológicos o en transición. Este caso es particular ya que la Corporación Universitaria Minuto de Dios ha creado una red de fortalecimiento además de mercados agrosolidarios que generan estabilidad para sus productores, los cuales son apoyados por los estudiantes del programa

de Ingeniería agroecológica de la Universidad. La Feria se realiza cada 15 días en la sede de la Universidad ubicada en la calle 80 con avenida Boyacá en la ciudad de Bogotá.

En el caso de la Universidad Nacional también se consolidó la Feria Agroalimentaria desde el año 2010, la cual ha sido un espacio para el encuentro de diversos productores de otros mercados como es el caso del Mercado de los Pueblos. A diferencia de la Uniminuto, los productores aquí no son parte de un programa de la Universidad, sino que llegan de diferentes mercados y asociaciones campesinas o pequeñas iniciativas artesanas al espacio que se destina una vez al mes para la promoción de sus productos. El Mercado de los Pueblos, el principal comercializador de la feria, surge en el año 2010 a partir de la Organización Semillas de Esperanza, Vida y Paz (Semisvipaz), quienes se conformaron en un principio por madres cabeza de familia de la comunidad de Bosa en Bogotá que llevaban un trabajo de agricultura urbana con la Universidad Nacional en el año 2008, y posteriormente con la política pública de seguridad alimentaria y el Jardín Botánico de Bogotá (Lucía, entrevista, 27 de agosto de 2019).

Como resultado de los conocimientos adquiridos con el gobierno de Luis Eduardo Garzón en el Plan de Seguridad Alimentaria y con la Universidad Nacional, y del trabajo en red desarrollado por Semisvipaz, se conformó el Mercado de los Pueblos en el año 2010. Su consolidación se construyó a partir de un proyecto que se ganó esta organización y varios productores de las localidades de Bosa, Usme y Ciudad Bolívar en una propuesta “de algo diferente, trabajando por la soberanía, por la autonomía y la autoctonía alimentaria” (Lucía, entrevista, 27 de agosto de 2019). Según Lucía, la impulsadora de ambos proyectos y una de las mujeres entrevistadas que comercializa y produce alimentos agroecológicos, el Mercado de los Pueblos,

Es una red que sigue creciendo [...] hay personas que no tienen el producto agroecológico, entonces nosotros comenzamos a ayudarles en la transición, a hacer capacitaciones [...] porque una parte fundamental es ser formador porque nuestro mercado es diferente a todos los demás, tú hablas con cualquier productor y él tiene un discurso de lo que vende, cómo lo prepara, por qué es agroecológico (Lucía, entrevista, 27 de agosto de 2019).

Puesto que el Mercado de los Pueblos surge como una iniciativa comunitaria, el trabajo para conseguir los equipos, los espacios y los consumidores ha implicado mayor esfuerzo y apoyo de proyectos y convocatorias. Sin embargo, actualmente han logrado consolidarse como un gran espacio de comercialización orgánica y agroecológica.

En cuanto al Mercado Agroecológico de la Universidad del Rosario, este se viene impulsando desde el año 2017, con el objetivo de incentivar el consumo responsable y la economía solidaria. El mercado nace como parte del Foro Agroecológico para las Ciudades Sostenibles que se realizaba semestralmente en la Universidad del Rosario por parte del Semillero de Acción Política del Bienestar. El mercado comenzó a realizarse el tercer jueves de cada mes donde, como menciona María Angélica Arias, estudiante que organizaba y lideraba el mercado desde sus inicios “se buscaba que participaran personas de diferentes colectivos para que se generaran redes diferentes a las que ya se tenían establecidas como Tierra Viva y el Mercado de los Pueblos” (Entrevista a María Angélica, 20 de noviembre 2020). El mercado no ha tenido como objetivo cobrar nada a los productores, pero se buscaba que hubiera alguna charla acorde con el tema y que al final se reuniera una canasta para entregar a un trabajador-a del área de servicios de la Universidad.

Ahora bien, puesto que el mercado agroecológico de la Universidad del Rosario tiene como principio la agroecología, en un inicio se verificaba si los productores-as tenían un sello

orgánico o habían pasado por el Sistema Participativo de Garantía. Sin embargo, dando prioridad a la participación de diversos colectivos y asociaciones campesinas se permitió que fueran productos en transición agroecológica u orgánicos. María Angélica menciona al respecto, “hubo un momento [donde hablamos] sobre quién se quiere que se invite al mercado y la apuesta era que fueran campesinos-as pero no podía ser así en la práctica porque los estudiantes no compraban todos sus productos” (Entrevista a María Angélica, 20 de noviembre 2020). Por esta razón, el Mercado tuvo que cambiar su oferta trayendo productores/as de Bogotá y vendiendo alimentos orgánicos pero también productos procesados y ropa o productos de aseo, que estuvieran ligados a los principios agroecológicos y de consumo responsable.

Las dinámicas del mercado agroecológico de la Universidad del Rosario permitían que en cada encuentro participaran diferentes colectivos u organizaciones de otros mercados y también colectivos pequeños como el Mercado de los Pueblos, Mercado Agroecológico Tierra Viva, algunos productores-as de Slow Food como Vegetamales, otros independientes como Yerbatería Urbana, Biogar, Papas Nativas, Semilla Nativa, Del Puerto, La Aurora, Tumacoco, Coca Nasa, Verde Ritual Cosmética, Seva, Isla Verde, Apiarios de Don Pedro, Oku Osé, UBA Semilla Sagrada, Vermeladas, Del Alto Conservas, entre otros. Así mismo, la idea era que ellos establecieran las dinámicas del mercado en alianza con la coordinadora. Por ejemplo, en el último mercado que se pudo realizar antes de la pandemia, en marzo de 2020, se logró contactar con una Asociación Campesina del Norte de Caldas para que fueran al mercado a compartir los productos, “hubo mucha participación y todo se vendió, ese ha sido uno de los mercados más bonitos que se han logrado porque se apoyan a procesos que llevan mucho tiempo y estar en mercados universitarios es una oportunidad de hacer redes y estar en nuevos espacios.” (María Angélica, entrevista, 20 de septiembre de 2020).

El Mercado Agroecológico de la Universidad del Rosario es el espacio donde se desarrolla esta investigación, ya que además de los principios orgánico/agroecológicos sobre los que se fundamenta, permite analizar el relacionamiento de productores-as y comercializadores-as entre diferentes mercados funcionando como una red de intercambio. Adicionalmente, la población es heterogénea; hay tanto campesinos-as que comercializan sus productos, como neorrurales o personas urbanas cuya relación con la agroecología hace parte de un interés por retornar al campo o a tradiciones agrícolas y culinarias de reconocimiento de los saberes territoriales. En este orden de ideas, el siguiente apartado tiene el objetivo de caracterizar a la población con la que se trabajó en la investigación reconociendo las diferencias de género, de raza y de clase que median en estos escenarios.

**Caracterización de las mujeres entrevistadas. La reivindicación de la descendencia campesina en la apropiación del territorio urbano.**

Las mujeres que pertenecen a las redes y mercados agroecológicos de Bogotá tienen características diversas. Algunas son productoras campesinas y llevan los productos a Bogotá desde otros municipios de Cundinamarca y las zonas rurales de la ciudad, como por ejemplo Martha, entrevistada por Dejusticia, quien menciona “en Guayabal nos tocaba fiar la comida y nos quedaban mal. Si llevábamos 15 racimos, vendíamos 5 y me tocaba ponerme a callejear puerta a puerta a tratar de vender el resto. Aquí vendo más de 100 racimos” (Dejusticia, 10 de octubre, 2019). Mujeres como Martha evidencian una de las problemáticas que tienen los productores-as campesinos-as convencionales y las posibilidades que surgen en mercados agroecológicos y campesinos donde pueden vender sus productos sin intermediarios.

Ahora bien, junto con este grupo poblacional de mujeres campesinas que hacen parte de procesos de pedagogía y transición en agroecología y que participan de los mercados y van a la ciudad cada quince u ocho días a traer sus productos, en los mercados agroecológicos de

Bogotá y especialmente en el Mercado Agroecológico de la Universidad del Rosario se pueden diferenciar tres grupos: mujeres que tienen agro descendencia es decir que nacieron en el campo y migraron a la ciudad; mujeres cuya familias nacieron en el campo pero ellas nacieron en la ciudad y tienen un legado de conocimiento agrícola y; mujeres urbanas que han conocido la agroecología desde la academia, los espacios de mercados y/o redes de agricultores urbanos y a partir de allí se han acercado a procesos productivos, donde en algunos casos se han ido al campo convirtiéndose en pobladoras neorrurales.

Para describir el fenómeno de neorruralidad y la identificación de algunas mujeres con el término agrodescendencia retomo el concepto de lo rural como representación social, pues este toma un significado que va más allá del espacio físico y recae sobre el carácter material y simbólico (Jodelet, 2006) de la condición rural que responde a circunstancias, hechos y vivencias de quienes se ven representados-as allí. Lo rural para algunas personas –como migrantes o en este caso quienes tienen familias campesinas– cobra sentido en virtud de lo que representa, simboliza y califica: entornos naturales, calidad de vida, identidades, modos de ser y actuar, entre otros (Méndez, 2012). Es por esto que lo rural parte de construcciones sociales de imágenes materiales y nociones simbólicas que en conjunto generan una representación que a su vez configura y recrea un deseo de estar allí, que es evidente en algunas de las mujeres aquí entrevistadas.

Puesto que para la mayoría de las mujeres entrevistadas el interés por la agroecología está relacionado con su representación de lo rural, evidenciada en las relaciones familiares, las vivencias y experiencias que allí se construyen, las especificidades del medio físico, cultural y social de la agroecología y los significados que le han otorgado, lo rural adquiere una representación que, para otros sujetos –como los y las campesinas tradicionales o los habitantes urbanos–, resulta distinta. Las representaciones de lo rural que se construyen desde

pobladores urbanos suelen ser distantes a las de quienes habitan en este espacio, por esto corresponden a sus imaginarios relacionados con mitos del campo como un lugar bello, pacífico y armónico, con contacto con la naturaleza, tranquilo y puro (Méndez, 2012) que no hacen referencia a un lugar específico y que al materializarse les dan identidad a lugares como casas de campo o fincas.

Los-as neorrurales o nuevos habitantes del campo definidos como “migrantes voluntarios de anterior residencia urbana que deciden mudarse al campo, movilizadas por bases ideológicas definidas a partir de su inconformidad con lo asumido, por estos mismos actores, como modelo de vida ciudadano” (Méndez, 2012: 115) corresponden dentro de esta investigación a mujeres jóvenes que han tenido acceso a la educación superior y que han llegado a la agroecología por espacios académicos y luego prácticos. Por el contrario, las mujeres urbanas que hacen alusión a sus orígenes campesinos como parte de su identidad, pero cuyas circunstancias económicas y sociales no les permitieron una educación superior –incluso media en algunos casos– y donde el interés por la agroecología ha surgido desde los espacios comunitarios y la agricultura urbana, no manifiestan un interés en irse a vivir a la ruralidad. Dentro de las características principales de las mujeres neorrurales que participan en procesos agroecológicos, se resalta la preservación de los recursos naturales disponibles, el uso de especies nativas para la producción, la reforestación, la protección biodiversidad, la recuperación de conocimientos ancestrales y la independencia económica y cultural lo cual se relaciona con los principios teóricos de la agroecología pero también con la asociación del modo de vida rural con el campo como un espacio digno de conservación (Méndez, 2012). En el caso específico de Carmen, una de las mujeres entrevistadas, que comercializa y produce alimentos agroecológicos y está vinculada al movimiento por la protección de las semillas nativas, ella ha logrado trabajar con la comunidad para compartir sus saberes sobre

agroecología a los pobladores locales logrando reflexiones en sus comportamientos y prácticas productivas, transformaciones agrícolas y de apropiación territorial y cultural positivas en el territorio.

Lo anterior, refleja la diversidad de las mujeres que participan o trabajan en espacios agroecológicos, pero también evidencia que pueden generarse relaciones de poder e invisibilización de las experiencias de mujeres campesinas en espacios agroecológicos donde quienes poseen mayores capitales sociales son mujeres neorrurales que pueden acceder a espacios de toma de decisiones, tienen mayor capital económico para producir y comercializar sus productos y ejercen transformaciones o afectan las dinámicas de los lugares donde se instalan. Es por esto, que una perspectiva interseccional es clave para analizar y situar las experiencias e historias de vida de cada una a partir de su género, sus condiciones socioeconómicas, su clase y su origen.

A continuación, se describirán las historias de vida de las cuatro mujeres entrevistadas que participan en el Mercado Agroecológico de la Universidad del Rosario, teniendo en cuenta las siguientes subcategorías: contexto socioeconómico, reconocimiento, motivaciones y obstáculos e historia familiar. Si bien la investigación está centrada en estas cuatro mujeres, es posible identificar una población más amplia a partir de las veinte encuestas realizadas a varias productoras-es del mercado, la información obtenida a partir de los datos cuantitativos será tomada en cuenta en cada descripción.

Es importante mencionar, dentro de los datos generales de las encuestas los cuales incluyen a las entrevistadas, que del total de 20 encuestados-as, el 60% fueron mujeres y el 40% hombres, lo cual buscó tener una mirada más amplia e incluyente de quienes participan en el Mercado. De igual forma, el 59% tenía entre 36 y 44 años seguido del grupo poblacional ubicado entre los 51 y 62 años con un porcentaje del 21%.

### *Contexto socioeconómico*

En cuanto a los datos cuantitativos, el nivel de estudios que mayor representación tiene son los profesionales en el caso de los hombres con un 72% y bachillerato en el caso de las mujeres con un 37%. De las mujeres encuestadas, el grado de escolaridad que tuvo un segundo mayor porcentaje fue posgrado con 21% y en los hombres fue técnico con el mismo porcentaje. Estos datos, contrastan con los contextos de las mujeres entrevistadas y con la generalidad de las personas vinculadas con mercados agroecológicos ya que tanto en las entrevistas como en las charlas y encuentros informales pude observar que la mayoría de las mujeres mayores de 50 años que trabajan en los mercados su nivel de estudios era bachillerato mayoritariamente, pero en mujeres menores de esta edad ya se observa un nivel de pregrado y posgrado. Como bien se ha mencionado, una parte de los-as productores-as son neorrurales o urbanos. En el primer caso, son migrantes a zonas rurales, pero con la característica de tener un nivel de estudios profesional como mínimo y fuentes de ingreso medias que les permitan migrar al campo para desarrollar sus proyectos productivos con enfoque orgánico o agroecológico.

En el segundo caso, para las mujeres entrevistadas del Mercado Agroecológico de la Universidad del Rosario que habitan en la ciudad, los contextos socioeconómicos son totalmente distintos pues son mujeres que llegaron a la agroecología por necesidad económica relacionada con la idea de tener un proyecto propio y que a raíz de los encuentros con otros-as interesados-as se fueron interesando en temas como la soberanía alimentaria, la producción orgánica y limpia y finalmente la agroecología. A pesar de las diferencias, todas han sido parte de procesos comunales ya sea barriales o rurales relacionados con la producción de alimentos propios. Lucía por ejemplo se ha enfocado en las huertas, mientras que Teresa, comercializadora y productora de quinoa en Bogotá, participó en la construcción

del barrio que habita y en el desarrollo de huertas comunitarias allí mismo. Carmen por su parte ha enfocado su liderazgo en las zonas rurales.

Sin embargo, el acceso a la educación y las condiciones económicas de cada una varían, así como el territorio en el cual llevan a cabo sus trabajos, pues mientras Lucía se desenvuelve en zonas urbanas como Bosa, Carmen trabaja en un pueblo en Boyacá con los campesinos-as de la región.

Por otro lado, desde una mirada más amplia, en los Mercados Agroecológicos las mujeres productoras campesinas son pocas pues se venden más productos procesados que alimentos frescos, los cuales son realizados por productores-as neorrurales o urbanos que procesan los alimentos en la ciudad y donde la comercialización no requiere el mismo esfuerzo que un transporte rural. En el caso de la Feria Agroalimentaria Uniminuto, debido a que allí las productoras hacen parte de procesos de formación y consolidación de la agroecología, la población se encuentra tanto en zonas rurales como urbanas, primando estas últimas.

De acuerdo con lo anterior, los contextos de las diferentes mujeres participantes y su relación con la agroecología pueden comprenderse a partir de autores como Peña, J. y Banroff, R. (2001), quienes afirman que hay tres factores claves que definen la aparición de la agricultura urbana y consecuentemente la agroecología en las ciudades: a) la capacidad productiva de algunos miembros de la sociedad por sus conocimientos sobre el tema, b) las oportunidades de uso del suelo urbano y c) la necesidad de alimento e ingresos por la concentración de población carente de recursos” (Gallardo, 2007: 18). En la investigación, se pueden observar representaciones de estos tres casos.

### ***Reconocimiento, motivaciones y obstáculos***

“los obstáculos han estado en anclarlo a lo económico porque desde lo emocional y espiritual uno tiene una convicción de lo que para uno es correcto y como quiere vivir eso y que esté su familia” (Carmen, entrevista, 13 de marzo de 2020)

Reconociendo las diferencias que llevaron a cada una de las mujeres entrevistadas a adentrarse en las prácticas agroecológicas, la idea de tener sus propios emprendimientos es común y hace parte de los proyectos de vida que cada una tiene en asociación con las comunidades de sus territorios y que han sido apoyados por convocatorias, entidades distritales y ONG.

En el caso de Lucía, su proyecto principal y con el que nació su interés por la agroecología se llama Semillas de Vida y Paz (Semisvipaz). Este es un proyecto que creó en el 2008 junto con otras madres cabeza de familia de la localidad de Bosa y que nace a partir del interés por incidir desde la producción de alimentos frescos y posteriormente desde la pedagogía con huertas comunitarias, en la soberanía y autonomía alimentaria del territorio. Lucía ha estado involucrada en los programas de seguridad y soberanía alimentaria desde la formulación de la política pública de Seguridad y Alimentaria de Luis Eduardo Garzón.

Lucía explica que con este proyecto “hacemos expediciones agroalimentarias tanto urbanas como rurales donde llevamos a la gente como a una minga para organizar nuestras huertas en determinado lugar [...] hacemos fincas sostenibles para que la gente se enamore del campo y los niños se queden ahí. Nuestro objetivo como Semisvipaz es ser productoras, formadoras, educadoras de nuestras familias alrededor de la soberanía, la autonomía, la autoctonía y por un derecho digno a la alimentación sana” (Lucía, entrevista, 27 de agosto de 2019). dice Lucía. Como ella misma menciona, gracias a Semisvipaz ella comenzó a aplicar sus redes e

incidencia en agricultura urbana y agroecología, lo que la llevó a conformar el Mercado de Los Pueblos, su segundo proyecto más importante.

Como menciona Lucía, el proyecto de expediciones tuvo un pare: “hicimos desde 2015 hasta 2017 porque teníamos apoyo de Finlandia de cooperación internacional que nos colocaba el transporte, pero nuestro objetivo era formar a la gente, hacer huertas urbanas y rurales sostenibles, hacer asociaciones campesinas y después de todo eso que se organizara si saliera la comercialización” (Lucía, entrevista, 27 de agosto de 2019). Sin embargo, estos procesos no se generaban tan rápido en términos de resultados económicos por lo que no se continuó el apoyo. En el momento, se han retomado mediante un nuevo proyecto denominado Escuelas Agroecológicas, el cual se está desarrollando en diferentes barrios de la ciudad de Bogotá y el municipio de Soacha desde 2020.

Al igual que Lucía, Teresa ha estado vinculada con procesos comunitarios de huertas y aprendizaje agroecológico en zonas urbanas de la ciudad. Sin embargo, su incidencia en estos no ha sido tan amplia como la de Lucía. El proyecto principal que ha sido a su vez su proyecto de vida surge como grupo familiar por una necesidad económica y un interés en la recuperación de la alimentación ancestral. Ella vende productos procesados de quinoa junto con su esposo y algunos otros familiares. “Este es un negocio familiar que ha tenido el apoyo de las universidades, los mercados campesinos y mercados agroecológicos, las mingas, las siembras, el intercambio. Todo lo hecho paulatinamente con el fin de hacer rescates de la quinua” (Teresa, entrevista, 30 de mayo de 2020). El proyecto en este caso se relaciona más que con la promoción de huertas y productos, con un rescate por una semilla ancestral como la quinoa, un tema relacionado con los intereses de Carmen.

Teresa agradece a Mercados Campesinos, pues allí fue donde inició y donde le enseñaron a rescatar el trueque y la agricultura urbana, dice que inició como agricultores urbanos y

periurbanos en el año 2005. Lucía también inicia a participar en espacios institucionales pero relacionados con las huertas más que los mercados. Estos programas los lidera el Jardín Botánico, que la capacitó e incluso le permitió participar en el Plan Maestro de Abastecimiento y el programa Bogotá Sin hambre del gobierno de Luis Eduardo Garzón, el cual ambas mencionan.

El principal proyecto de Carmen es Semilla Nativa, que inicia en 2007 como “un proyecto de vida que empezó cuando nació Inián [su hijo]” (Carmen, entrevista, 11 de marzo de 2020) con el interés por tener una alimentación sana para él.

    Mi abuelo era campesino y él siempre guardó semillas, entonces cuando yo empecé a entender el tema de la alimentación, porque soy muy autodidacta en el tema de la agroecología, empecé a pensarme en talleres de recuperación de semillas y en sembrar con la tierra que me dejó mi abuelo. Y así, empecé a hacer talleres exploratorios y luego a interesarme en la producción de miel y por recuperar los saberes de la región del Valle de Tenza relacionados con el maíz... (Carmen, entrevista, 11 de marzo de 2020).

El proyecto de Carmen, si bien se ha vinculado con los mercados agroecológicos a partir de su producto, la miel, está más relacionado con las Red de Semillas Libres y con la Red de agricultores urbanos de Bogotá Región. De igual forma, su incidencia comunitaria se ha enfocado en la zona rural del Valle de Tenza con la promoción del conocimiento ancestral sobre el maíz. Según Carmen, ella inició un mercado que se llamaba Mercado Agroecológico Libre y Solidario y fue de allí que comenzó a conocer a custodios y a la Red de Semillas libres, aunque cuando ella comenzó a ir a mercados no había tantos en Bogotá como ahora. La pasión por la producción de sus propios alimentos y de procesarlos hasta lograr platos sanos, es la inspiración de Erica quien actualmente se dedica completamente a la producción,

elaboración y comercialización de sus productos del emprendimiento Del Alto Conservas. En un principio, ella tenía un restaurante y un terreno arrendado donde producía los alimentos, pero por circunstancias externas tuvo que entregarlo y comenzar a vivir en la ciudad. A partir de ese momento decide relacionarse con mercados agroecológicos para promocionar sus productos y promover la alimentación orgánica. Erica es fundadora del Mercado Tierra Viva desde el año 2015 y productora del Mercado Tejiendo Territorios, y su rol en la promoción de las prácticas agroecológica y el consumo responsable ha sido destacado en estos mercados.

Es importante recordar que las mujeres fueron seleccionadas teniendo en cuenta su participación en procesos de liderazgo, razón por la cual todas han tenido roles importantes en los proyectos comunitarios o agroecológicos en los cuales se han enfocado. Ahora bien, al hablar con cada una de ellas sobre las expectativas, motivaciones y obstáculos se encontraron puntos en común. Dentro de las expectativas, todas reconocen en los mercados agroecológicos una oportunidad para continuar creciendo y aprendiendo con sus proyectos, incluso teniendo en cuenta la situación de cierre de espacios físicos ocasionados por la pandemia causada por la Covid-19. Lo anterior, por los procesos de transición hacia lo virtual que, si bien tomó tiempo en los primeros meses de confinamiento, se ha ido estabilizando. Además, también explican que cada vez son más las personas interesadas en consumir productos y alimentos limpios.

Sin embargo, no todo ha sido fácil, dentro de los obstáculos en la consecución y logro de sus proyectos, las mujeres entrevistadas encuentran barreras de tipo económico e institucional como las certificaciones por parte del INVIMA que evitan que puedan vender sus productos en otros espacios. También consideran que el apoyo a los pequeños emprendedores es muy poco y que las universidades y redes han sido los principales aliados. En la línea institucional,

identifican los cambios en las administraciones como un obstáculo en tanto los programas de agricultura urbana y los proyectos ya implementados cambian o deben detenerse y renovarse con cada administración lo que dificulta el avance progresivo, por ejemplo en el caso de las huertas comunitarias. En el caso de Lucía, ella reconoce que son necesarios acuerdos entre comunidades y localidades para ampliar las redes e incidir más. De igual forma, en términos del espacio público ven como un obstáculo el cobro del espacio para poder tener los mercados. Podría decirse que todas comparten la opinión de Carmen, según la cual “los obstáculos han estado en anclarlo a lo económico porque desde lo emocional y espiritual uno tiene una convicción de lo que para uno es correcto y como quiere vivir eso y que esté su familia” (Carmen, entrevista, 13 de marzo de 2020).

En este sentido, si bien desde la construcción práctica y el posicionamiento político los mercados agroecológicos constituyen una alternativa viable hacia una soberanía alimentaria y un consumo y producción responsables, su existencia es también una forma de resistencia ante las contradicciones que producen las dinámicas neoliberales donde las estructuras financieras con alta capacidad de producción terminan acaparando el discurso del sector ecológico. Se destaca, sin embargo, que ante estas lógicas se encuentra la agroecología urbana de resistencias que intentan producir alternativas radicales en oposición a estas contradicciones (Costanzo & Saralegui, 2019), alternativas que se ven representadas en las prácticas de las mujeres que llevan la agroecología a lo comunitario y a la soberanía alimentaria.

### ***Historia familiar***

“mi abuelo me llevaba a la finca con él, siempre que yo me acuerdo así pequeñita a él le encantaba irse para la finca a ver su ganado, su café, su plátano, y yo me iba con él. Entonces ahí comenzó mi relación con el campo” (Carmen, entrevista, 11 de marzo de 2020)

En general las mujeres entrevistadas del Mercado Agroecológico de la Universidad del Rosario evidencian algunos puntos en común relacionados con el reconocimiento de una descendencia campesina que inspiró su trabajo con la tierra y con el campo. De igual forma, la conformación de sus hogares y el papel que tienen en ellos es un punto que destacan como inspiración para promover las prácticas agroecológicas. Todas son madres, pero en el caso de Lucía, Erica y Carmen, son cabeza de hogar mientras que Teresa tiene pareja e hijos-as con quienes convive. Carmen y Erica tienen tierras en el campo (propios, arrendados o compartidos), donde desarrollan algunas de sus prácticas de producción agroecológicas. Teresa y Carmen están más enfocadas en procesos urbanos relacionados con huertas comunitarias y agricultura urbana.

Ahora bien, respecto al origen urbano o rural de los-as encuestados-as, el 67% es de origen urbano, sin embargo varios-as manifestaron como algo importante que su familia y su arraigo son rurales o campesinos. Lo anterior, se relaciona con el análisis de la caracterización de los productores pertenecientes a la Red de Mercados Agroecológicos de Bogotá-Región, según el cual “más del 60 % de los productores visitados son neorrurales, lo que concuerda con lo expuesto por Durán (2008), donde expone que gente del medio rural se enriquece con las culturas sociales y económicas de los inmigrantes urbanos” (Naranjo, 2017: p.113).

Todas las entrevistadas tienen descendencia de familias campesinas que migraron a la ciudad por diversas condiciones dentro de las cuales está la búsqueda por mejores oportunidades de vida y desplazamiento. Este hecho, ha significado una relación con el campo más cercana, ya que como menciona Teresa “nosotros como somos de provincia nos unimos a los programas con relación a lo que traíamos de raíz. Desde hacer técnicas las cosas porque uno de pronto las hacía artesanales pero no técnicas, entonces lo nuestro parte desde la siembra,

aprendimos a conocer la quinua, aprendimos a sembrarla y a cosecharla” (Teresa, entrevista, 30 de mayo de 2020). De igual manera, Lucía señala “yo vengo de la primera generación boyacense en Bogotá, ya mis hijos son de la segunda descendencia, sin embargo uno trata de que esos arraigos campesinos sigan porque eso sigue en la sangre” (Lucía, entrevista, 27 de agosto de 2020).

De igual forma, es posible afirmar en este contexto que “cuando el campesino migra a la ciudad, la reproducción de su lógica se da en otro lugar y en otro espacio”. (Winkler, 2002: p.54). Los espacios agroecológicos donde las mujeres realizan prácticas cotidianas “pueden ser concebidos como zonas de transición (rural-urbano) y formas de vida transicional (tradicional-el campesino y moderno-el proletariado) sobre todo para aquellos que migran hacia las ciudades. Los huertos permiten preservar su identidad cultural a aquellas personas que desean continuar con sus antiguas costumbres” (Gallardo, 2007: p.17) En esto último, se basa el valor simbólico que le dan a la descendencia agrícola y rural y que es también una reivindicación del campesinado que se fortalece con la práctica de la agroecología.

Uno de los testimonios cuenta;

Mi abuelo fue campesino, agricultor y también comerciante en Chinavita [Boyacá], que es de donde es mi mamá, toda mi familia materna [...] mi mamá se quedó sola por eso yo viví con mis abuelos en Boyacá, entonces ahí comenzó mi relación con el campo ¿no? y con la naturaleza, las plantas, los animales, mis abuelos siempre tuvieron animales, entonces por eso no sé, como que desde pequeña siempre viví con mis tíos, cuando crecí, cuando ya cada uno [de los tíos] conformó su familia y nacieron mis primos siempre procuramos espacios en el pueblo, cada uno tiene su casa, y nos encontramos con los primos, entonces el vínculo familiar materno es súper fuerte. Porque pues, justamente por eso, como que mi abuelo, todo lo que hizo, es

porque mi abuelo prácticamente compraba y vendía terrenos, fincas, acá en Bogotá también se compró una casa donde tenía todos sus hijos, ellos estudiaban, mi mamá estudiaba y trabajaba para sacar su carrera [...] Cuando nació David [hijo], mi abuelito me decía bueno hija, yo compro una tierra atrás de la casa de su mamá porque esa tierra es para usted porque usted es la única de toda la familia que le gusta el campo, yo he visto que le gusta el campo y lo que estudió y todo eso entonces yo veré, no vaya a vender esa tierra (Carmen, entrevista, 11 de marzo de 2020).

El arraigo al campo es muy marcado en las mujeres entrevistadas, que si bien no viven allí, evidencian un anhelo de hacerlo. Mientras que para Carmen que cuenta con una historia familiar campesina, el campo continúa siendo su espacio de producción y agenciamiento a pesar de nacer y vivir en la ciudad, para otras mujeres como Lucía, sus procesos están relacionados con la agricultura urbana y el liderazgo en procesos comunitarios periurbanos. Carmen está movilizándose frecuentemente entre la finca que le heredó su abuelo en Chinavita, donde cultiva parte de la miel que vende en los mercados, y su casa en Bogotá en donde vive con su hijo. Ahora bien, con el propósito de generar un reconocimiento del saber ancestral del Valle de Tenza, lugar donde se ubica Chinavita, Carmen trae productos de campesinos del territorio para comercializarlos en pequeños mercados en Bogotá. Para ella, la relación con la tierra viene de su historia familiar desde su abuelo hasta su hijo.

De la mano con la historia de la descendencia agraria, las mujeres entrevistadas le dan una gran importancia en sus proyectos agroecológicos a sus familias, especialmente a sus hijos, debido a la relación que ellas establecieron con el alimento y posteriormente con la agroecología y la soberanía alimentaria. Lo anterior se relaciona con los roles productivos y

sociales que tienen las mujeres dentro de la familia y con su deber en la crianza y alimentación de sus hijos.

En cuanto a la conformación familiar, el 35% de los-as encuestados-as tienen más de cinco miembros familiares hasta de segundo grado de consanguinidad con quienes conviven. Sobre el número de miembros con quienes conviven, el 37% vive con tres y cuatro personas más seguido del 24% con una o dos personas. En relación con los/as hijos/as, el 60% del total tiene hijos-as. Segregado por género, el 74% de las mujeres entrevistadas tiene hijos-as mientras que solo el 7% de los hombres entrevistados los-as tienen. Según lo anterior, la mayoría de los-as entrevistados/as conviven con varias personas de su núcleo familiar y con uno o alguno de sus hijos-as, siendo en dos casos la alimentación de ellos un punto de partida para su interés en la agroecología.

Relacionado con los datos anteriores, es importante mencionar que en el 56% de los casos las mujeres son quienes se encargan de administrar los gastos. Adicionalmente, las diferencias porcentuales por género relacionados con quienes tienen o no hijos/as y quien se encarga de administrar los recursos resalta los roles tradicionales que las mujeres tienen sobre la crianza, los cuales serán analizados en el siguiente capítulo.

Especialmente en el caso de Carmen y Lucía, el interés en la agroecología surge con sus hijos pequeños en su interés por ofrecerles una alimentación sana. En el caso de Lucía, ella comienza a sembrar y a trabajar en la agricultura cuando debe cuidar a su hijo menor enfermo y renuncia a los trabajos que realizaba anteriormente. Por otro lado, Carmen, quien estudió ecología menciona que a raíz de su embarazo mientras realizaba la tesis del pregrado en Córdoba en una época donde el conflicto armado azotaba la región, debió regresar a Bogotá y pensar en un nuevo tema. Siguiendo su interés por el saber ancestral dice, “siempre busqué

algo que estuviera muy acorde a mi modo de vida. Entonces mi cotidianidad justamente está acorde con el cuidado de las plantas, de los animales, con el cuidado de la familia, de las relaciones sociales, hay que estar pendiente de las plantas, en la finca de los cultivos, estar recogiendo semillas, estar cuidando las semillas, también el cuidado de los animales y también me ha gustado mucho la música, hace parte también del ser humano” (Carmen, entrevista, 11 de marzo de 2020). Así pues, a partir de este momento la alimentación y el conocimiento de las plantas, así como su cultivo se tornaron primordiales tanto para ella como para el bienestar de su hijo.

La relación con el territorio rural para Carmen ha sido constante y siempre con un deseo de irse a vivir en un futuro a esta tierra. Incluso, ella menciona que vivió en la zona rural cercana a Bogotá, pero por su hijo decidió irse a la casa de su madre. Ahora bien, al estar en la ciudad ella se ha vinculado a redes como la Red de Huerteros y Huerteras de Bogotá, de la cual también hace parte Lucía.

La historia familiar agrícola de las mujeres entrevistadas es un primer acercamiento a su posición dentro de las redes y prácticas agroecológicas que se gestan en la ciudad de Bogotá. El conocimiento del trabajo en la tierra, la conservación de los recursos y las semillas y el interés en resignificar espacios urbanos mediante la agricultura y la agroecología están estrechamente relacionados con las experiencias previas de las mujeres en sus contextos familiares rurales. Ahora bien, el siguiente apartado pretende describir cuáles son estas prácticas, colectivos y redes que han tejido en torno a la agroecología, la soberanía y la autonomía alimentaria, donde se incluye su participación en el Mercado Agroecológico de la Universidad del Rosario, entre otros.

## **De la conservación de la semilla a la producción del alimento. Las mujeres urbanas en la agroecología y la soberanía alimentaria.**

“A mí al principio se me dañaron todas las espinacas que sembré, no me veía sembrando, no me veía haciendo esto, pero aprendí en ese momento que la mejor manera de cuidar a mi hijo, de subirle defensas era haciendo una agricultura libre de químicos tóxicos, una agricultura que le subiera defensas a mi hijo, y fuera de eso pues empezaba a trabajar mi economía. Ahí me di cuenta que yo sembrando la espinaca, la lechuga, la acelga, el cilantro, unas hierbitas aromáticas, me ahorra un pocononon [mucho] de plata de mi bolsillo y mi hijo estaba alimentándose como bien” (Lucía, entrevista, 27 de agosto de 2019)

Las mujeres entrevistadas realizan diferentes prácticas agroecológicas, algunas alrededor de la producción y otras de la comercialización. Desde sus proyectos propios y su participación en redes y/o espacios de encuentro como los mercados, ejercen prácticas reivindicativas pues les apuestan a otras formas posibles de relacionarse con el entorno, con el alimento y entre productor-a y consumidor-a.

El Mercado de los Pueblos, el mercado cuya fundadora principal es Lucía, “es parte de la educación a jóvenes universitarios para que conozcan los productos autóctonos de Boyacá y Cundinamarca, y para que además incentiven las economías solidarias, apoyen a productores locales, se relacionen con la historia de los productos y la importancia de su origen orgánico o agroecológico” (Lucía, entrevista, 27 de agosto de 2019). Lucía cuenta que a diferencia de los mercados campesinos que son un programa del Distrito, “los proyectos [el Mercado de los Pueblos y Semisvipaz] surgen desde la autonomía [...] trabajamos con recursos autónomos de la misma gente, hacemos reciclajes para poder conseguir recursos e implementar las huertas y a la vez incentivar para que la gente clasifique adecuadamente la mal llamada basura” (Lucía, entrevista, 27 de agosto de 2019)

Adicionalmente, Lucía hace parte de espacios ciudadanos relacionados con el cuidado del medio ambiente. En el día cotidiano “generalmente yo salgo cuando por ejemplo tengo que estar en reuniones, yo asisto al Comité de Seguridad Alimentaria de mi localidad y al Comité de Productividad de la localidad, pues porque es la manera como uno incide [...] yo estoy en las universidades trabajando con los mercados, a veces en reuniones organizándolos y cuando estoy en casa me dedico a hacer aseo general” (Lucía, entrevista, 27 de agosto de 2019). En este sentido, su participación es muy activa, siendo una de las mujeres que lidera estos procesos en la localidad de Bosa.

Carmen por su parte, centra sus prácticas agroecológicas con el municipio de Chinavita. Sin embargo, participa en el Mercado de los Pueblos con la venta de miel, el producto que emprendió con varios apicultores de la región. Como menciona Carmen, “siempre el tema de la miel lo he hecho en sociedad [...] todo lo que se producía los fines de semana, yo me venía para Bogotá y junto con los vecinos de la vereda juntábamos alimentos y yo los traía y los vendía.” (Carmen, entrevista, 11 de marzo de 2020) Adicionalmente, ella ha trabajado desde hace 4 años aproximadamente en el Jardín Botánico en la realización de huertas y restauración, en un trabajo pedagógico con niños en un contexto alrededor del territorio mediante un proyecto que se llamó Colegios Verdes.

Para ella, la relación con la agroecología ha sido muy autónoma y autodidacta. “Yo descubrí que a través de la relación que tenemos con la alimentación podemos ser sanos también, comencé a estudiar sobre la manipulación de los alimentos con los transgénicos y a pensar en la autosostenibilidad [...] pero ser coherente con el discurso se sale de las manos...” (Carmen, entrevista, 11 de marzo de 2020). Este acercamiento, la hizo descubrir cómo a través de las semillas que guardaba su abuelo se gestaba el primer paso para una buena alimentación, el saber de dónde viene el alimento. Lo anterior, la impulsó a desarrollar

agricultura urbana en la ciudad y a relacionarse con personas de Bogotá que tenían relación con el campo.

A raíz de lo anterior, participó desde 2017 en el Mercado Agroecológico Libre y Solidario, luego creó Semilla Nativa, su proyecto individual, y después en comunidad nace la Red de Semillas Libres en el año 2012 en Bogotá, donde dedica parte de su tiempo y lo que le ha permitido participar en espacios de incidencia, en mercados y en otras redes. En cada mercado al que asiste, lleva un cartel donde hablan sobre la importancia de la alimentación que va desde la siembra hasta la cocina, desde cómo sembrar, cuidar y cosechar, así como sobre el reconocimiento a las cocineras tradicionales.

En su sueño de querer aportar algo al territorio de su abuelo, Carmen comienza a pensar en la recuperación de las semillas y en los talleres de agroecología que hacía con algunos campesinos del Valle de Tenza, lo cual la lleva a crear el taller *Maíz: alimento y territorio* en el año 2017, donde se juntan la soberanía alimentaria, el reconocimiento de saberes ancestrales y la agroecología. Para Carmen es importante llevar estos conceptos a las personas de la ciudad y del campo pues “el poder sembrar uno su propio alimento, guardar uno su semilla y alimentarse bien está relacionado con la siembra, la nutrición y el bienestar, eso es ser para mí soberano” (Carmen, entrevista, 11 de marzo de 2020)

Teresa, quien dedica la mayor parte de su tiempo a su proyecto de comercialización de quinua, relata cómo a lo largo de los años ha realizado talleres sobre este alimento en los mercados y en espacios que le han abierto instituciones como las Universidades y el Jardín Botánico. A partir de allí, ha sembrado más y ha creado nuevos productos y redes que ha entablado con personas de otras partes de la zona andina. Para estas mujeres la agroecología engloba tanto el cuidado de la familia como la producción, comercialización y conservación de los alimentos y la participación en redes de incidencia y enseñanza comunitaria. Por

ejemplo, Lucía dice que encontró en el alimento y la agricultura limpia la mejor manera de cuidar la alimentación de su hijo, para Carmen fue igual;

Comencé a ver todo el tema de la manipulación de las multinacionales con los transgénicos, me preocupé mucho con el tema de la alimentación y comencé a pensar; la revolución está en ser autosostenible y ser así en un mundo capitalista donde tienes que consumir de muchas maneras pues es difícil [...] sin embargo de allí fue que surgió Semilla Nativa, pensando en la autosostenibilidad mediana y ahí estaba mi abuelo vivo y él decía ‘ahí está esa finca para que la trabaje’ era un lotecito pequeño y empecé a sembrar muchísimas cosas y me di cuenta que no necesitas una gran cantidad de tierra.” (Carmen, entrevista, 11 de marzo de 2020)

Por otro lado, la claridad sobre los conceptos relacionados con la agroecología y la soberanía alimentaria son un punto en común entre las mujeres entrevistadas, lo cual deriva del acercamiento con la práctica comunitaria e individual de producir y trabajar en la tierra. Igualmente, promover el consumo saludable en la familia y el papel de esta en el desarrollo de sus proyectos, así como interesarse en el trabajo comunitario desde el alimento son puntos convergentes entre ellas. Dentro de las definiciones que dan de soberanía alimentaria están:

Ser o lograr un equilibrio entre la autonomía y la coherencia, ser soberano es ser autónomo en la medida en que uno pueda, o sea poder elegir y poder tener la capacidad de guardar. Entonces para mí la soberanía alimentaria es desde la semilla [...] la siembra, la nutrición y el bienestar (Carmen, entrevista, 11 de marzo de 2020).

Hacer soberanía alimentaria implica ser diferente, comer bien, empezar a luchar por unos derechos, exigir al gobierno, que nosotros tenemos derecho a alimentarnos autónomamente [...] con lo que es propio de nuestra región, y ese rescate ancestral, como estamos ahora, eso que llaman desarrollo, yo creo que es depredación entonces

hay la necesidad de volver a lo antiguo, a recolectar, a cuidar el ambiente (Lucía, entrevista, 27 de agosto de 2019).

La soberanía alimentaria es el poder de decisión que yo tengo sobre lo que como y la economía solidaria es una variable del sistema de transacción donde esas ganancias no se quedan en uno solo sino que se distribuyen entre todas las personas que se involucran[ ...] es cultivar alimentos limpios de químicos y tomar posesión de ellos así como tener semillas limpias y nativas, eso es la soberanía alimentaria (Erica, 1 de junio de 2020).

La soberanía alimentaria parte desde que uno maneje la semilla, si yo tengo esa semilla tengo autonomía y la seguridad alimentaria no es solo llenarle la barriga con una gaseosa o un paquete [...] la seguridad es más bien que yo le aporte a la persona unos alimentos que si la nutran (Teresa, 30 de mayo de 2020).

En todas las definiciones se encuentra el rescate de los conocimientos ancestrales donde se resalta la reserva de las semillas nativas, también es común la referencia al derecho a alimentarse sanamente, teniendo conocimiento de la proveniencia de los alimentos. La conservación de las semillas y la producción y preservación de los alimentos a escala familiar y comunitaria son tareas que en su mayoría se han reservado a las mujeres de allí su papel fundamental en el logro de la soberanía alimentaria. Se evidencia también una amplia apropiación del concepto en todas las mujeres entrevistadas, en las definiciones que dan tienen claros los elementos fundamentales de la soberanía alimentaria que se han establecido desde los movimientos sociales como Vía Campesina; el derecho a la producción de alimentos, a la protección de las semillas, la priorización de la producción local, participación política y colectiva campesina en las decisiones agrarias y el reconocimiento de las labores

que realizan las mujeres al interior de las familias y comunidades campesinas son algunas de ellas (Vía Campesina, 2013).

Ahora bien, en cuanto al concepto de agroecología, las mujeres entrevistadas lo definen como:

La agroecología es para nosotras primero que todo cuidar la tierra, el agua, el medio ambiente. Cuando usted llega a la ciudad solo se ve que en el supermercado haya pero en general la buena alimentación comienza desde la agroecología (Teresa, entrevista, 30 de mayo de 2020).

Es una ciencia que permite integrar elementos [...] primero una alternativa productivista de cómo puedo producir siendo coherente con los principios de la naturaleza, lo segundo la reivindicación social frente al tema alimentario donde a través de la agroecología puedo dar acceso a todas las personas, reconocer alimentos nativos y reivindicar el derecho a la alimentación que me parece fundamental, y un tercero político que a veces la ciencia se aísla un poco de esa visión política y me parece que la agroecología si tiene eso, esa visión política de generar un conocimiento pero para transformar (Ana, entrevista, 3 de junio de 2020).

Son dinámicas que hacemos en el territorio para poder sembrar adecuadamente, con técnicas, tecnologías que no dañan la tierra, que no pelea con los otros ecosistemas [...] es ser compatibles, coherentes y amigables con todo lo que nos rodea. Para mí es mi proyecto de vida (Lucía, entrevista, 27 de agosto de 2020).

De acuerdo con estas definiciones, la agroecología va más allá de una forma de producir, como bien se ha mencionado. Es una forma de accionar y de relacionarse con el entorno que se habita siendo coherente con el cuidado de los recursos naturales y de las poblaciones y alimentos nativos de cada territorio. La mayoría de las mujeres señala las prácticas

agroecológicas como contribuciones a la soberanía alimentaria que se dan no solo en la protección de la biodiversidad y la conservación de semillas, sino en las actividades de carácter social, económico y político mediante la participación en redes y mercados locales. De acuerdo con Hecht (1989), la agroecología integra ideas y métodos de varios campos que tiene sus raíces en las ciencias agrícolas, el movimiento ambientalista, la ecología, el análisis de los agroecosistemas tradicionales y los estudios de desarrollo rural (Rodríguez et al., 2017). En las definiciones que señalan Carmen, Ana y Lucía se evidencian esos referentes diversos; en el caso de Lucía una visión más ligada al desarrollo técnico y en el caso de Carmen y Ana se observa un concepto más político o ligado a un cambio epistemológico de la ciencia (Gomes, 2005). Esto último, se relaciona con el concepto más reciente de Altieri y Toledo donde entienden la agroecología como una ciencia y como un campo de conocimiento transdisciplinar que incluye dimensiones más allá de lo agrícola, como las variables culturales, políticas y éticas de la sostenibilidad (Altieri & Toledo, 2011).

Es de resaltar que las redes de mujeres en la agroecología se relacionan con el liderazgo que estas mujeres tienen en esos espacios, ya que están en varios procesos de acción política o en colectivos relacionados, no son solo productoras o comercializadoras. La pertenencia a estas redes se ha relacionado con el interés y la autonomía de cada una en pertenecer e incidir. Por ejemplo, Carmen relata: “descubrí la agricultura urbana y empecé a relacionarme con gente de la ciudad que tiene mucha relación con el campo, gente desplazada que venía y gestaron la Red de Semillas Libres [...] así yo empecé a ir a espacios políticos de incidencia, a mercados y me vinculé a esta red” (Carmen, entrevista, 11 de marzo de 2020).

Para Carmen los proyectos organizativos de mujeres se dan más porque:

Hay muchas parejas que se separan que tienen a sus hijos por lado y lado y las mujeres quedan solas como en mi caso [...] los hombres generalmente buscan otra pareja,

mientras que las mujeres por lo general, o muchas de las mujeres que conozco prefieren quedarse solas, tener un novio o algo pero algunas logran hacer hogar otra vez, pero muchas prefieren quedarse solas y logran encontrar otras mujeres en el camino que están pasando sus mismas situaciones y como que están en las mismas sintonías que no encontró con el papá de su hijo o con su pareja, entonces uno encuentra otra mujer que está en la misma sintonía, no necesariamente estoy hablando de relaciones de pareja entre mujeres, si no de relaciones de asociación entre mujeres y pues se juntan para sacar un proyecto en común, y siento que está pasando muchísimo” (Carmen, entrevista, 11 de marzo de 2020).

Para Teresa, al preguntarle por el significado de la red menciona que su importancia radica en “que hablamos el mismo idioma, todos los que participamos en agricultores urbanos, casi que el 100% conocemos la quinua, son redes que se construyen porque se hicieron trabajos locales y eso fue la mayor bandera independiente del rescate de semillas como el amaranto y la quinoa” (Teresa, entrevista, 30 de mayo de 2020).

Uno de los elementos fundamentales de los mercados son las economías solidarias, que bien señala Carmen:

La economía solidaria está relacionada también con la producción, con la comercialización y adicional con la educación al consumidor, entonces desde que haya un campesino que pueda producir sus alimentos de una manera orgánica y que además tenga salida, y que haya una conciencia por parte de los consumidores para poder comprar esos alimentos, pues funciona bien una economía solidaria porque la gente es consciente de que está apoyando y que además es una persona que vive de su pequeña producción, es como apoyar a esos pequeños productores que de alguna

u otra manera quieren sacar esa producción (Carmen, entrevista, 11 de marzo de 2020)

En el siguiente capítulo se partirá de los conceptos y teorías desarrollados por autoras-es que han analizado desde una perspectiva de género la producción y comercialización orgánica/agroecológica, para hilar puntos entre las representaciones sociales de género de las mujeres entrevistadas y los encuestados-as con las propuestas teóricas que entiende la agroecología desde el género y en especial el ecofeminismo.

### **Capítulo III. El cuidado en lo público, mujeres urbanas construyendo agroecología.**

#### **Prácticas y discursos de género**

Situando a la agroecología como un modelo que desafía al sistema dominante agroalimentario<sup>16</sup> y que plantea un modo de vida más justo y sostenible con todos los seres que habitan un territorio, todo el proceso productivo hasta el desecho incluyendo las formas de comercialización del alimento están permeados por las representaciones de quienes viven de acuerdo con principios agroecológicos. En este sentido, se han generado símbolos, significados y sistemas de valores que se reproducen en sus relaciones, identidades y percepciones de género.

Analizar las representaciones sociales de género en espacios donde lo ambiental es primordial resulta de vital importancia por varias razones. En primer lugar, las mujeres cuentan entre las primeras víctimas del deterioro ambiental tanto por las consecuencias físicas sobre sus cuerpos por el uso de agrotóxicos, como por las dificultades que los fenómenos climáticos y catástrofes naturales les implican (Puleo, 2014). En segundo lugar, las labores cotidianas del cuidado impuestas por la división sexual del trabajo hacia lo femenino generan desigualdades y diferencias que afectan de forma negativa principalmente a las mujeres. Es por esto, que las mujeres campesinas e indígenas se han sumado e incluso liderado organizaciones y colectivos ambientales por el derecho a la soberanía alimentaria, la protección de las semillas nativas y la promoción del modelo agroecológico, los cuales han sido posibles desde el encuentro en la huerta, el mercado y la red. Las representaciones

---

<sup>16</sup> El sistema agroalimentario actual está basado en una visión tecnocrática y economicista, centrado en los flujos e intercambios de alimentos y dinero, en las relaciones sociales y políticas dentro de estos y en los valores individualistas, empresariales y patriarcales (Zuluaga, 2014). De acuerdo con Otero y Lapegna (2016) el régimen alimentario neoliberal se caracteriza por: la transformación de la agricultura, de un enfoque nacional a uno global a través del comercio mundial; la biotecnología impulsada por la Revolución Verde como el motor de la producción; un cambio en la intervención del Estado hacia la desregulación de mercados y empresas que asumen el rol de agentes económicos primordiales.

sociales de género están en constante intersección con otros campos como, en este caso, la agroecología.

A continuación, analizo las representaciones de género de las mujeres entrevistadas y los/as encuestados/as a partir de las prácticas y los discursos de género en sus espacios privados (huertas familiares y hogares) y públicos (mercados agroecológicos, encuentros de redes y huertas comunitarias) y en los niveles individual y colectivo. Teniendo en cuenta los datos obtenidos en las 20 encuestas realizadas a hombres y mujeres que participaron en los mercados agroecológicos realizados en la Universidad del Rosario entre febrero y marzo de 2020 y en las 5 entrevistas que se hicieron a mujeres líderes de procesos agroecológicos y que participaban en estos mercados, se desarrollaron los siguientes puntos:

Sobre las prácticas me centro en las labores cotidianas, dentro de las cuales están las relacionadas con el hogar y las que confluyen en el espacio productivo familiar, y las relaciones de género que se median en el mercado y en sus hogares. Sobre los discursos, me enfoco en las percepciones de igualdad de género que tienen las mujeres frente a la agroecología, es decir cómo las sujetas observan la realidad y cómo se identifican dentro de ella.

Transversal a estas dos categorías principales, identifico en el segundo apartado del capítulo algunos imaginarios y estereotipos colectivos sobre la mujer en la agroecología. El primero, la mujer cuidadora y sabedora; el segundo, la relación esencialista entre mujer y naturaleza; tercero, la construcción de soberanía alimentaria desde los roles tradicionales de las mujeres y, cuarto, la percepción de igualdad frente al *otro* campesino tradicional. Estos imaginarios son evidentes tanto en las prácticas como en los discursos y constituyen la base de las representaciones sociales de género en la agroecología. En el tercer apartado del capítulo

analizo la mirada institucional que representa la agroecología y el género y que puede continuar reproduciendo estos estereotipos o generar transformaciones.

### *Prácticas cotidianas en los espacios domésticos*

Una de las mayores limitaciones de los estudios sobre la agroecología y en general los estudios rurales es que fueron pensados por mucho tiempo desde la categoría de campesinado, la cual es percibida como un conjunto de individuos indiferenciados en relación con el género. Aunque ahora la perspectiva de género esté ocupando espacios académicos y políticos aún hay una “percepción generalizada de que es suficiente trabajar con familias campesinas como sujetos de un nuevo modelo de producción y consumo – basado en la agroecología y la soberanía alimentaria-, sin cuestionar las inequidades y las tensiones que ocurren en su interior” (Siliprandi & Zuluaga, 2014: p.11). Lo anterior invisibiliza prácticas cotidianas relacionadas con el hogar y el cuidado que han sido destinadas a las mujeres y que constituyen la base de la división sexual del trabajo.

Ahora bien, desde los estudios sobre agroecología han primado los análisis sobre el cuidado y uso de semillas, la soberanía alimentaria y la apropiación y uso de recursos naturales. Estos estudios han sido concebidos principalmente desde las relaciones de clase y la condición étnica, sin profundizar en la diferenciación de género y edades (Siliprandi & Zuluaga, 2014). Es por esto, que una perspectiva de género sobre las prácticas agroecológicas que tengan en cuenta el espacio productivo, pero también las labores cotidianas de las mujeres y su participación en los mercados, huertas y redes, permite tener una mirada más amplia sobre las representaciones sociales al interior de las familias, en el entorno comunitario y en su relación con los principios agroecológicos de igualdad de género.

Es importante reafirmar que las sujetas de esta investigación no son mujeres rurales en tanto no habitan el campo. Sin embargo, sus prácticas están relacionadas con el trabajo de producción y comercialización de alimentos agroecológicos, razón por la cual se consideran los análisis en estudios rurales como base teórica. A continuación, divido las prácticas cotidianas en tres grupos: las labores de crianza y cuidado del hogar, las labores de producción y las relaciones de género. Analizar las prácticas permite identificar las representaciones sociales ya que son modos en que esas representaciones permeadas por el sistema de creencias, valores y significados se llevan a la cotidianidad.

### **Labores de crianza y cuidado del hogar.**

A pesar de las diferencias que caracterizan a los feminismos, uno de los puntos comunes sobre los que se busca emancipación es la relación jerárquica que hay entre los sexos, representada por la figura del patriarca (jefe del orden social es un hombre) que obedece a un sistema histórico –patriarcado– que ordena la sociedad (Mies, 2014). Según este sistema, surge la división sexual asimétrica del trabajo que por mucho tiempo tuvo una explicación basada en lo biológico, es decir, en las características reproductivas y fisiológicas según las cuales se consideraba que la mujer debía estar en el espacio doméstico (Hartman, 1994). Este determinismo biológico ha sido uno de los obstáculos más grandes en el análisis de las causas de la opresión y explotación de la mujer (Mies, 2014).

El concepto de *naturaleza*, por ejemplo, ha sido utilizado para explicar la función de las mujeres en la producción y la reproducción de la vida. “Así, el trabajo doméstico y de cuidado infantil de las mujeres es visto como una extensión de su fisiología, del hecho de que dan a luz, del hecho de que la 'naturaleza' les ha proporcionado un útero” (Mies, 2014; 45)<sup>17</sup>.

---

<sup>17</sup> La cita está en inglés, la traducción es realizada por la autora de esta investigación. “Thus, women's household and child-care work are seen as an extension of their physiology, of the fact that they give birth to children, of the fact that 'nature' has provided them with a uterus” (Mies, 2014: p. 45).

Partiendo de la concepción de estas labores como algo “natural” y no como una actividad humana, el concepto de labor o trabajo ha sido concebido desde las condiciones capitalistas de producción que genera un valor y una ganancia y que realiza el hombre (Marx, 1867). En este sentido, la división sexual del trabajo debe ser entendida no solo como una división laboral por compañeros en igualdad de condiciones, sino como una división jerárquica y desigual de lo relacionado con las labores femeninas y las masculinas, así como del espacio –público y privado– donde se llevan a cabo (Mies, 2014).

La introducción de la categoría de “género” en las ciencias sociales y posteriormente en la economía fue la base para explicar que la división sexual del trabajo corresponde a desigualdades y sesgos biológicos. El feminismo comenzó a debatir sobre el trabajo doméstico en los años setenta del siglo XX, abogando en principio por la abolición del trabajo doméstico, algo que se veía imposible por las condiciones materiales y sistémicas patriarcales y capitalistas. De allí que las feministas reivindicaron y nombraron el trabajo de cuidado que realizan las mujeres en los espacios domésticos como una labor que merece ser valorada dentro de la sociedad (Varela, 2008). Sin embargo, no es hasta iniciado el siglo XXI que autoras como Cristina Carrasco (2003) desarrollan el concepto de economía feminista dentro del cual serán fundamentales los estudios sobre el uso del tiempo que han visibilizado la dimensión cuantitativa de las diferencias y desigualdades, y los trabajos sobre el cuidado como categoría para repensar su valor en el desarrollo de las sociedades, algo que había sido ignorado y suprimido por el sistema capitalista patriarcal.

Si bien actualmente hay mayor consenso sobre la afirmación de que el trabajo doméstico es un trabajo y avances normativos en Colombia como la Ley 1595 de 2012 o la Ley 1413 de 2010 mediante la cual se crea la Encuesta Nacional de Uso del Tiempo para medir este trabajo

e incluirlo en el Sistema de Cuentas Nacionales a través de la Cuenta Satélite de Economía del Cuidado han reconocido y brindado garantías y visibilización, las mujeres continúan dedicando más horas al cuidado de los hijos, abuelos y a las tareas domésticas, y las mujeres que deciden trabajar bajo la forma tradicional de participar en la economía del mercado solo lo pueden hacer delegando estos cuidados en otras mujeres más pobres o de mayor edad, que tienen los mismos problemas en su propia familia (Varela, 2008).

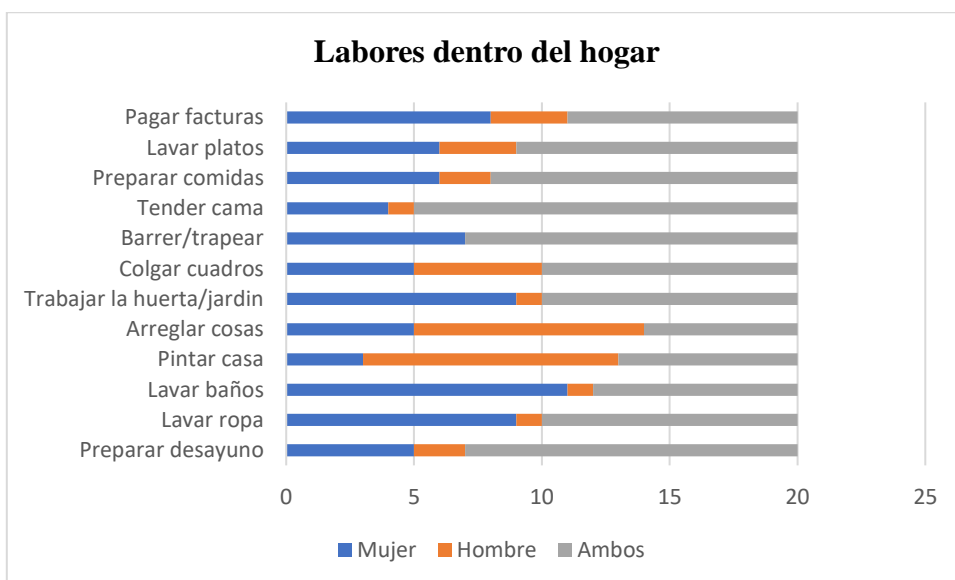
Los datos en Colombia dan cuenta de la realidad. En principio, el valor del Trabajo Doméstico y de Cuidado no Remunerado (TDCnR) corresponde al 20% del PIB (DANE, 2020). En segundo lugar, la tasa de desempleo, teniendo en cuenta las afectaciones de género en la pandemia, mantiene una brecha en contra de las mujeres que se incrementó con la crisis actual a 6,5 pps (18,7% para las mujeres y 10,2% para los hombres en el trimestre octubre-diciembre de 2020) (Dane, 2020). Por último, frente a las labores de cuidado, que en Colombia son medidas por la Encuesta Nacional de Uso del Tiempo (ENUT), durante el 2020 las mujeres dedicaron en promedio 26,4 horas al trabajo de cuidado no remunerado y los hombres solo 11,3 horas<sup>18</sup>. Antes de la pandemia ya eran desiguales estas cifras, sin embargo la brecha ha crecido y se ha reflejado una mayor desigualdad con la sobrecarga de actividades de cuidado y de trabajo no remunerado, así como de mayores tasas de desempleo en mujeres (DANE, 2020). Incluso, de acuerdo con el Informe Cuenta Satélite Economía del Cuidado 2020 se habla del “síndrome de sobrecarga de la cuidadora” el cual se genera por falta de tiempo de las mujeres que están cuidando actualmente y que empiezan a percibir agotamiento y estrés.

---

<sup>18</sup> Informe La Economía del cuidado y el rol tradicional de las mujeres en el cuidado durante la crisis por COVID-19. Corewoman. (2020) Por Ramírez, J., Martínez, S. & Cortés, P. Género y Covid-19.

El objetivo de realizar una serie de preguntas sobre las labores de crianza y cuidado del hogar en las familias de los comercializadores/as y productores/as que participan en el Mercado de la Universidad del Rosario es indagar en qué medida continúan o no reproduciéndose las mismas labores divididas por género dentro del espacio privado en personas que practican la agroecología como parte de su cotidianidad. Esto último, resaltando que “las labores cotidianas del cuidado, que la división sexual del trabajo atribuyó en exclusiva al colectivo femenino, permiten el mantenimiento de la vida” (Puleo, 2014: p.9). Así pues, indagar en estas labores, permite vislumbrar cómo se ve afectado el movimiento o la práctica agroecológica por los estereotipos de género.

Dentro de la encuesta realizada a cada uno/a de los 20 entrevistados-as (14 mujeres y 6 hombres), se obtuvo el siguiente gráfico (Gráfico 1) que relaciona las principales labores cotidianas de cuidado y trabajo doméstico en el hogar con el género que las realiza. Así, de 20 encuestados/as que corresponden al eje x, se evidencia la distribución de labores dentro del hogar según cada uno/a.



Gráfica 1 Labores dentro del hogar

La mayoría de las labores realizadas son ejercidas en conjunto, salvo lavar ropa y baños que son realizadas por las mujeres mayoritariamente. Seguido de la categoría “ambos” evidenciada en color gris, las mujeres son las que realiza más labores, lo cual se observa con el color azul. Estas labores, son especialmente las relacionadas con la limpieza y el trabajo de huerta (el cual es considerado cotidiano por las características de la población). Los hombres, según las respuestas de los/as encuestados/as solo realizan más labores en lo respectivo a las labores socialmente relacionadas con la fuerza como arreglar o pintar. De acuerdo con lo anterior, en las familias donde al menos un miembro practica la agroecología hay una distribución más equitativa de las labores domésticas y de cuidado, las mujeres continúan realizando más labores de cuidado y domésticas como lavar, cocinar, limpiar y cuidar, que los hombres.

Dentro del Trabajo Doméstico y de Cuidados No Remunerado (TDCnR) además de la limpieza y mantenimiento del hogar, el suministro de alimentos y el cuidado y apoyo de personas, que son las tres funcionalidades que se preguntaron en la encuesta, se encuentran también el mantenimiento de vestuario, el voluntariado y las compras y administración del hogar. Este último estuvo contenido en una de las preguntas de la encuesta con el fin de saber quién administra los gastos del hogar, ante lo cual la mitad de los-as encuestados-as respondió que lo hacen en pareja y la otra mitad que las encargadas son las mujeres; ningún encuestado-a respondió que el hombre administraba los recursos. Sobre las razones por las cuales administran de esta manera el 53% respondió que es una decisión en conjunto para repartir los gastos del hogar y el 24% respondió que quién administra los gastos corresponde a que es porque es el-la responsable del hogar, sin importar su género. Estos datos concuerdan con la representación general evidenciada en las entrevistadas, según la cual “las mujeres

administran mejor los recursos pues están pensando en distribuirlos para el hogar” (Erica, entrevista, 1 de junio de 2020).

Estos imaginarios, están basados en los estereotipos y roles de género que se reproducen en la sociedad pues, como lo demuestran los datos de la Encuesta del Valor Económico de TDCnR de 2017, las mujeres gastan un 8% en la administración y compras del hogar, mientras que los hombres destinan un 6,9%. Además, así como en esta funcionalidad, el porcentaje que destinan las mujeres a todas las actividades de cuidado y hogar es mayor que el que destinan los hombres. La funcionalidad con mayor brecha es el suministro de alimentos con 26.2% las mujeres y 3.9% los hombres, seguida de la limpieza y mantenimiento del hogar con 18.8% de valor económico destinado por las mujeres frente a un 6.6% en los hombres.<sup>19</sup> Es claro que las labores de crianza y cuidado del hogar recaen más sobre las mujeres, en el caso de las entrevistadas; Carmen y Lucía, madres cabeza de familia, están representadas por las cifras anteriores pues realizan TDCnR al tiempo que tienen sus emprendimientos de productos agroecológicos, trabajan en las huertas y lideran procesos comunitarios, entre otras actividades. Al respecto, Carmen dice:

Mi cotidianidad está acorde con el cuidado de las plantas, de los animales, de la familia, de las relaciones sociales, entonces en mi cotidianidad trato de estar pendiente de ellos, de recoger las semillas, de la finca con los cultivos, de cuidar a los animales y también me ha gustado mucho hacer música (Carmen, entrevista, 11 de marzo de 2020).

Para las mujeres que practican la agroecología en la ciudad, las tareas de producción y cuidado de las huertas se suman a las labores de cuidado y domésticas, sin embargo, no

---

<sup>19</sup> DANE, (2017) Cuenta Satélite economía del cuidado. Recuperado de: <https://www.dane.gov.co/index.php/estadisticas-por-tema/cuentas-nacionales/cuentas-satelite/cuentas-economicas-cuenta-satelite-economia-del-cuidado>

destinan el mismo tiempo que las mujeres que practican agroecología en el campo. Según la Encuesta Nacional de Uso del Tiempo (ENUT), la proporción de personas que llevan a cabo las actividades de TDCnR es ligeramente distinta en cabeceras y centros poblados y rural disperso (en las cabeceras 27.6% de las mujeres realizan tareas de cuidados directos, mientras que en los centros poblados y rural disperso es de 33.7%), pero con marcados contrastantes entre mujeres y hombres. Bogotá muestra las menores tasas y la mayor brecha de género en la participación en los cuidados, 24% en el caso de las mujeres y 10.9% para los hombres (DANE, 2020). Según esta encuesta,

Del total del tiempo que dedica la población colombiana a proveer cuidados directos no remunerados para otros integrantes de sus hogares, 76.2% lo proporcionan las mujeres y 23.8% los hombres [...] Esto disminuye sus posibilidades de desempeñar otras actividades para fomentar su desarrollo personal, tanto educativas, como de trabajo remunerado y en general de participación social y económica. Asimismo, esta dedicación influye en el tiempo que dedican a sus propios cuidados personales, su salud y las dobles jornadas... (DANE, 2020: 24).

Las cifras descritas son una muestra de la realidad sobre el trabajo de cuidado que realizan las mujeres colombianas y que como es observable, para las mujeres que viven en el campo las horas destinadas son incluso más que en la ciudad. A partir de la repartición de labores (Gráfica 1), es posible inferir que el trabajo en la huerta o el jardín es realizado por ambos sexos en un 50% de los/as entrevistados/as y en segundo lugar en un 45% por las mujeres, quienes se encargan también del alimento y de la crianza.

En cuanto al cuidado de los hijos se obtuvo que el 50% de quienes cubren los gastos en los hogares son las mujeres frente a la otra mitad que se divide en ambos cuidadores. Es importante aclarar que el 60% de las entrevistadas son mujeres y de este el 40% son cabeza

de hogar, de allí que los datos se vean influenciados por esta representación. Sobre esta temática de crianza y cuidado, al preguntar sobre quién los cría, las respuestas son 50% mujeres y 50% ambos. Estos datos confirman los datos de otros estudios:

El cuidado de los hijos, de las hijas, de las familias y el trabajo doméstico son roles asignados a las mujeres en el proceso de socialización, y dependen del contexto y de la cultura (...) la adscripción de la mujer al trabajo doméstico está asociada también a su trabajo productivo —de la tierra— (Perilla, 2014, p.194).

En este orden de ideas, de la población encuestada y las mujeres entrevistadas, las labores domésticas y de cuidado, que no son remuneradas, se reparten de forma más equitativa que respecto a las cifras nacionales y de los centros poblados y zonas rurales dispersas, sin embargo, los estereotipos de género y los roles asignados según la división sexual del trabajo en los cuales las mujeres se encargan de cuidar a los hijos, de hacer tareas de limpieza o de administrar los gastos del hogar, aún se mantienen según la división sexual del trabajo.

Siendo la agroecología un movimiento contrahegemónico, en tanto busca una relación más sostenible y sinérgica con los demás seres que habitan los territorios, replantearse la división sexual en las labores de cuidado y domésticas debe ser parte fundamental de las luchas por la soberanía alimentaria y el cuidado de las semillas, pues son las mujeres quienes mediante el cuidado de las personas y de la tierra han sido líderes en estos procesos. Es claro que el modelo masculino dominante del uso del tiempo y de incorporación al mercado de trabajo no es generalizable y no responde a las necesidades de la vida humana. Debe repensarse el cuidado ya que es a partir de estas actividades que el mismo mercado funciona así como el resto de las actividades. En palabras de Varela (2008), “repartir responsabilidades no consiste en que los hombres realicen tareas parciales, dirigidas y complementadas por las verdaderas especialistas en el cuidado, las mujeres” (p.264). Esta reconfiguración no debe caer en

esencialismos sobre la mujer ecológica que reproduzca los mismos estereotipos de género; debe buscar eliminar las discriminaciones que llevan a esa división sexual del trabajo y debe ir de la mano con la búsqueda por un sistema de mercado y agroalimentario fuera de las lógicas patriarcales de dominación y explotación.

### **Labores de producción.**

Antes de las luchas y reivindicaciones por el reconocimiento del trabajo doméstico y de cuidado no remunerado que se dio a mediados de los años ochenta, el movimiento feminista llevaba décadas luchando por derechos laborales para las mujeres. Al día de hoy, el llamado techo de cristal<sup>20</sup> y las desigualdades e inequidades de género que van desde el acceso a la educación hasta los obstáculos para la inclusión socioeconómica laboral continúan mostrando cifras alarmantes. De acuerdo con el *Informe sobre cifras de empleo y brechas de género* publicado por el DANE en octubre de 2020 “persisten rezagos que inhiben el crecimiento de la participación laboral femenina, incluyendo las brechas en los rendimientos escolares, estereotipos en la educación y aspectos culturales que favorecen el rol reproductivo y de cuidado de las mujeres y que alejan a estas del mercado de trabajo” (Herrera-Idarraga et al., 2020: 26). Estos obstáculos son aún mayores en mujeres rurales, cuyo trabajo productivo está en gran parte en las huertas para consumo propio, sus labores son invisibilizadas y no reconocidas económicamente.

Según cifras de la *Gran Encuesta Integrada de Hogares*, solo un 15,4% de las mujeres rurales realizan una actividad remunerada, cifra que es de 47% para los hombres rurales, adicionalmente, la tasa de desempleo promedio de las mujeres rurales en 2018 fue de 8.9%

---

<sup>20</sup> Se nombra techo de cristal a las barreras invisibles que impiden a las mujeres llegar a cargos de poder. Algunos de los prejuicios que construyen este techo de cristal según cifras; el 47% de la población mundial cree que los hombres son mejores líderes políticos, el 41% cree que son más idóneos para mandar en los negocios, el 50% de los hombres cree que ellos tienen más derecho a un trabajo. (Página web Dejusticia, <https://www.dejusticia.org/demandamos-la-eleccion-de-tres-ministros-y-del-director-del-dapre-por-incumplir-la-ley-de-cuotas/> 14 de febrero de 2021).

frente a un 3.0% de hombres rurales. En términos monetarios, por cada 1000 pesos que gana un hombre rural, una mujer rural gana solo 649 pesos, brecha que ha aumentado 5.3 puntos porcentuales (pps) desde el 2010 (DANE, 2020). Puesto que la desigualdad se presenta en todos los ámbitos, de acuerdo con datos recientes del documento *Mujeres y hombres: brechas de género en Colombia* publicado en 2020 por el DANE junto con ONU Mujeres, hay una brecha de participación (según la Tasa General de Participación) de 17.6 puntos entre las mujeres rurales y urbanas.

No siendo suficiente la situación desigual que aumenta al ser mujer rural, la crisis por la Covid-19 ha exacerbado e impactado negativamente la vida de las mujeres rurales, incluyendo la seguridad alimentaria de sus comunidades (Martínez et al., 2020). Según el informe *El Impacto de la Covid-19 en la Economía de las Mujeres Rurales*, presentado por Corewoman y el ya mencionado informe sobre brechas de género en Colombia, se muestran las cifras sobre el trabajo de cuidado remunerado y el desempleo:

Las mujeres ocupadas pasaron de 9,2 millones en el segundo trimestre de 2019 a 6,7 en el mismo trimestre de 2020; es decir, más de 2,5 millones de mujeres perdieron su trabajo. En términos porcentuales, la ocupación de las mujeres disminuyó en un 27%, mientras que la de los hombres se redujo en 18%. (Martínez et al. 2020; p.2).

Las tres actividades con mayor pérdida de empleo para las mujeres se relacionan con las labores de cuidado: actividades de los hogares individuales como empleadores de personal doméstico, expendio a la mesa de comidas preparadas y otras actividades de asistencia social sin alojamiento, en las que se perdieron 692 mil empleos de mujeres (DANE, 2020: 5).

El número de mujeres ocupadas en el sector de cuidado remunerado pasó de 2,8 millones en el segundo trimestre de 2019 a 1,8 millones en el segundo trimestre de

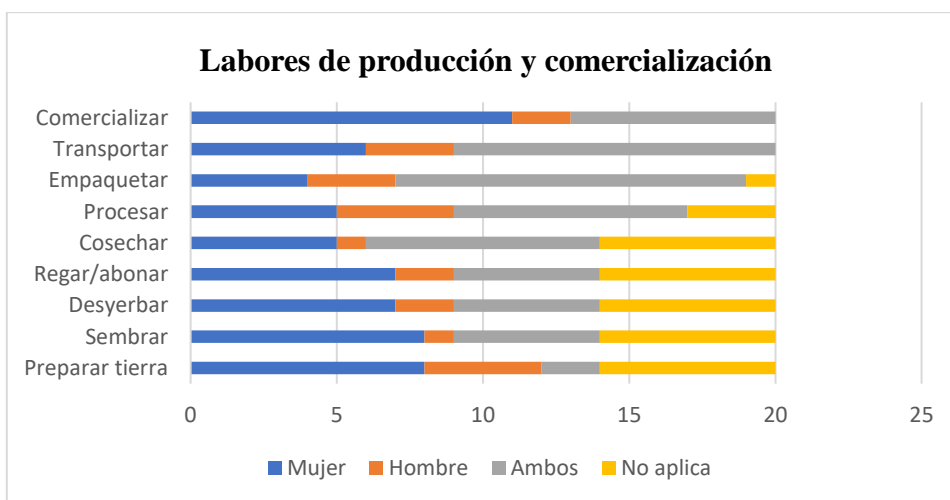
2020. Esto significa que se perdieron cerca de un millón de empleos femeninos en este sector (DANE, 2020, 8).

Los informes y análisis estadísticos con perspectiva de género que han sido desarrollados tras la crisis mundial por la pandemia de la Covid-19, han permitido visibilizar las inequidades de género más latentes tanto en el espacio privado -con los trabajos domésticos y de cuidado al reconsiderarse su importancia- como con el espacio público que muestra la participación y la precariedad laboral. Es claro entonces que los sectores económicos más vulnerables suelen ser los que emplean a la mayoría de las mujeres, generando fenómenos como la feminización de la pobreza, y que en un escenario de crisis económica y social mundial, son quienes se ven más afectadas.

Ahora bien, la agroecología y las mujeres que la practican si bien corresponden en su mayoría a mujeres rurales que viven las mismas desigualdades, investigaciones como las de Siliprandi (2014), García et al. (2014) y Siliprandi & Zuluaga (2014) han demostrado que los colectivos y redes de mujeres rurales que trabajan desde la agroecología tienen una carga laboral más equitativa en relación con los hombres, aunque sus roles domésticos sigan recayendo sobre ellas. Si bien las mujeres entrevistadas no corresponden a la categoría mujer rural, sus trabajos remunerados están relacionados con la producción de bienes primarios y con el trabajo en la tierra, por lo que los resultados de esas investigaciones se pueden contrastar con la presente.

En este sentido, con el fin de determinar quién ejerce las labores de producción en los hogares de los/as encuestados/as, se pidió especificar “hombre”, “mujer” o “ambos” según fuera el caso para cada una de las actividades. Se obtuvieron los siguientes resultados (Gráfica 2). De 20 encuestados/as ubicados en el eje x, se relacionan las labores de acuerdo a las 3 categorías posibles de respuesta. Por ejemplo, en la labor de comercializar 11 encuestados/as responden

que esta es realizada por una mujer en su hogar, 2 responden que un hombre la realiza y 7 responden que ambos.



Gráfica 2 Labores de producción y comercialización

La categoría “no aplica” corresponde al 30% de los/as entrevistados/as ya que estos/as no realizan tareas de producción pues venden alimentos procesados y compran las materias primas o alimentos sin procesar a otros productores agroecológicos. Respecto a quienes sí las realizan, entre el 50 y el 57% son mujeres. La labor de cosechar es realizada en un 57% por ambos sexos y las labores relacionadas con el empaquetamiento y el transporte en un 55-60% de igual forma. Por último, la comercialización es realizada en un 70% por las mujeres. Para las mujeres el tiempo para realizar las labores de producción es más reducido debido a la carga en las labores de cuidado ya mencionadas. Las prácticas mencionadas hasta ahora están interpeladas por las relaciones de género tanto en el hogar como en el mercado. En cuanto a las relaciones en el hogar, las mujeres encuestadas trabajan 45% de 4 a 7 horas y el 31% de 8 a 12 horas. Respecto a sus parejas, el 44% trabaja de 8 a 12 horas fuera del hogar. En los hombres el 60% reconoce que su pareja trabaja más de 8 horas fuera. El hecho de que gran parte de estas labores las realicen en sus mismos hogares resta claridad al tiempo total que dedican al trabajo productivo remunerado en los mercados. Frente a esto, Erika menciona

“hay algunas dificultades porque uno no puede estar dedicado a esta actividad solamente por todo lo que implica el ejercicio laboral y el ejercicio de ser mamá” (Erika, entrevista, 1 de junio de 2020). En general, las mujeres entrevistadas tienen menos tiempo para realizar otras actividades en su vida fuera del trabajo productivo remunerado, las labores de cuidado y labores domésticas. El tiempo que dedican a los proyectos o redes es uno de los espacios de encuentro que valoran, de ahí la necesidad de dividir tareas en el hogar con los demás miembros para poder participar activamente.

Respecto a la comercialización, una de las entrevistadas menciona que esta “...es como la educación y esa nos la delegaron mucho a nosotras. Las mujeres tienen más palabra de convicción, si a mí no me gusta el comercio pero tengo una necesidad pues lo ajusto, pero si al señor no le gusta pues no lo hace” (Teresa, entrevista, 30 de mayo de 2020). Al analizar este testimonio, es posible identificar algunas representaciones sociales de género ligadas a estereotipos sobre lo femenino y lo masculino, como que la mujer siempre está pensando en su familia y por tanto sus decisiones son menos individualistas que las de los hombres. Estereotipos como estos perpetúan comportamientos que generan desigualdades al asignar ciertos roles sobre lo que se debería o no se según el género.

Ahora bien, en el trabajo de campo realizado en el 2019 que tenía como fin identificar a la población, se les preguntó a varias de las entrevistadas por qué consideran que hay mayor participación de las mujeres en espacios de comercialización. Se observó que algunas de las mujeres jóvenes que participan en estos mercados se han repensado los roles tradicionales, pues consideran que tanto el género masculino como el femenino tienen igualdad de oportunidades y por tanto pueden llevar a cabo las mismas tareas. Sin embargo, al analizar los datos obtenidos en experiencia personal, surge una variable relacionada con el acceso a

espacios educativos formales de reflexión social, los cuales determinan en cierta medida que comprendan estos fenómenos desde una mirada analítica hacia las realidades sociales que se enmarcan en las cuestiones de género y las afecta, lo que podemos observar en lo que cuenta Estefanía, una mujer joven estudiante de trabajo social que vende miel orgánica y derivados con su familia en un Mercado Campesino;

Pienso que porque sean las mujeres quienes lo hagan es por el enfoque de alimentos que tiene la mujer como la experiencia del cuidado del hogar, si tú miras los proyectos productivos normalmente están enfocados a la alimentación o a manualidades, no en todos los casos. La sobreexplotación es otra causa, la mujer es doblemente explotada, las mujeres tienden a tener el rol de la persona que hace el oficio y la comida y ahora también son las que van y venden. Yo difiero porque lo que me he encontrado cuando hablo con las mujeres es que ellas se desentienden del hogar, entonces esto es una vía de emancipación para el trabajo doméstico porque muchas veces dicen no, yo no voy a hacer el almuerzo porque tengo que trabajar (Estefanía, entrevista, 13 de marzo de 2019).

Si bien la perspectiva de Estefanía podría caer en una generalización respecto a las sobrecargas laborales y al trabajo doméstico en el hogar, los datos institucionales expuestos anteriormente así como los resultados de las encuestas, sí muestran una división más equitativa de las labores que podría corresponder más allá de las prácticas agroecológicas al trabajo remunerado. Por otro lado, cuando dialogué con las mujeres mayores en el primer trabajo de campo, una de ellas quién vende postres y jugos en el Mercado Campesino narra:

En el caso de la agricultura urbana la que se hace cargo es la mujer, no sé si por costumbre que le delegaron a uno el tema de los alimentos [...] por eso yo siento que hay tantas mujeres acá, es un saber exitoso productivo, hay muchas agricultoras [...] antes yo no recibía nada por mi trabajo con mi hijo y ahora yo recibo y me siento autónoma porque puedo tomar mis decisiones sin tener que pedirle a nadie (Magdalena, entrevista, 06 de abril de 2019).

Ambas perspectivas identifican los roles tradicionales que relacionan al cuidado de la tierra y de trabajo productivo con lo femenino, pero también resaltan la independencia económica y las redes de apoyo, pues así el cuidado sea un rol tradicional, las mujeres que comercializan en mercados campesinos o agroecológicos están recibiendo remuneración y están en el espacio público relacionándose y construyendo redes y procesos comunitarios, lo cual las lleva a desligarse del hogar como el único espacio al que se permitía estar, que en el caso de las mujeres mayores es más evidente. En este sentido, la percepción sobre las labores tradicionales que desempeña una mujer está siendo cuestionada, sin embargo, estas percepciones cambian por factores como la diferencia intergeneracional y aspectos socioeconómicos, familiares y de clase.

De acuerdo con el análisis del programa Mercados Campesinos entre los años 2011-2013 realizado por la Universidad Nacional, “las mujeres consideran vender en los mercados campesinos como una primera ganancia, porque salir de sus hogares significó perder el miedo a hablar, ponerles precio a sus productos y negociarlos con potenciales compradores, participar en espacios de decisiones...” (Parrado, 2015: p.13). Ahora bien, revisando otros documentos referentes a esta la comercialización (Perilla, 2014) se afirma que el trabajo de comercializar se ha ligado a los roles tradicionalmente asignados a las mujeres, así como la

producción y el trabajo doméstico, mientras que la participación en espacios políticos y la venta de productos a nivel mayor corresponde a los hombres, ante lo cual la autora afirma que no se ha generado empoderamiento, sino más bien un acentuamiento de tales roles.

Sobre lo anterior debo decir que en mi investigación no logro estudiar las ventas a un nivel fuera de los mercados, pero sería interesante analizar si sucede lo mismo a nivel de la venta de productos agroecológicos, cuando además suele ser el mismo productor quien comercializa.

Zarama (2015) hace una crítica a estas investigaciones, argumentado que no han estudiado cómo esto afecta la participación de las mujeres en espacios de toma de decisión, donde encuentra que en los Mercados Campesinos, si bien las mujeres son quienes más participan en la comercialización y venta y esto les genera autonomía económica, no participan en los espacios de toma de decisión en las asociaciones y sus roles de género continúan con el cuidado del hogar, pero se les ha adicionado el trabajo remunerado.

Esta última afirmación resulta problemática pues desconoce las posibilidades y luchas ganadas al salir del espacio privado y construir redes de apoyo que repiensen los roles tradicionalmente femeninos, así como el conocimiento agrícola y de cuidado de la tierra que tienen muchas de las mujeres mayores que hacen parte de estos espacios. Sin embargo, es claro que la participación no se puede quedar allí, sino que debe avanzar hacia la inclusión de las mujeres en los espacios de toma de decisiones y directivos dentro de las redes y mercados. En los encuentros presenciales y virtuales de agroecología que asistí, sí se observa una mayor participación de las mujeres en espacios de toma de decisión así como un

liderazgo en las acciones y grupos de trabajo. Valdría la pena un estudio más riguroso para centrarse en el aspecto participativo de los espacios políticos públicos de agroecología.

La asignación de labores de cuidado y del hogar, así como la asignación de las labores relacionadas con la producción y comercialización, tienen patrones similares relacionados con los roles de género y la división sexual del trabajo. Sin embargo, se observa que en las mujeres y hombres que comercializan en mercados agroecológicos sus productos, la distribución equitativa de estos trabajos es mayor que en otros grupos campesinos que realizan las mismas actividades. Lo anterior, puede ser posible, como se ha mencionado, por los principios agroecológicos de cuidado. Ahora bien, es importante resaltar que esto/as productores/as son en su mayoría urbanos/as, por lo cual la apropiación del discurso agroecológico no es igual que con los estudios que se han realizado en poblaciones campesinas.

### **Relaciones de género**

Puesto que las relaciones de poder entre hombres y mujeres son relaciones sociales que trascienden lo material y lo ideológico (Agarwal, 1999) éstas se manifiestan no solo en la economía dentro y fuera del hogar sino en aspectos como el acceso a recursos, las actitudes, los deseos y los patrones de conducta entre hombres y mujeres. En este sentido, para comprender si hay elementos dentro de la práctica agroecológica que contribuyen a superar relaciones inequitativas de género vinculadas a la división sexual del trabajo, es necesario preguntarse por estas relaciones en el ámbito familiar, así como en el comunitario y en los mercados.

Teniendo en cuenta que quienes tienen pareja del grupo de entrevistados/as esta corresponde al género contrario, es decir son relaciones heterosexuales, se les preguntó por cuáles consideran son las labores que mejor realizan ellas y sus parejas. Respecto a las mujeres

entrevistadas, consideran que las tareas relacionadas la cocina, la reparación, los trabajos de limpieza y de la tierra, así como gestionar, liderar, comercializar y planear son las tareas en las que mejor se desempeñan. Por otro lado, en las mujeres que son pareja de los entrevistados, estos consideran que la cocina, las tareas de organización y relaciones comunitarias, la cocina y la crianza son las labores que ellas mejor desempeñan. En cuanto a los hombres entrevistados, las actividades de transportar, cocinar y trabajar en la tierra son las principales ramas en las cuales se consideran buenos, mientras que los hombres que son pareja de las mujeres entrevistadas se desempeñan mejor, según ellas, en la construcción, la planeación productiva y la cocina según ellas.

De acuerdo con lo anterior, tareas como cocinar y trabajar la tierra son tareas que comparten ambos géneros, pero al analizar espacios como la cocina, este es un lugar que continúa siendo femenino mientras sea en lo privado, cuando el cocinar es un trabajo productivo y que entra en las condiciones de mercado es el hombre quien más representación tiene. Desde el punto de vista de las labores rurales, el trabajo productivo lo realizan tanto hombres como mujeres, sin embargo, funciona de la misma manera, la mujer trabaja la tierra que genera alimento para la subsistencia de la familia, mientras que el hombre suele trabajar la tierra en grandes cultivos, como jornalero usualmente, para obtener una ganancia económica. Actualmente, hay más mujeres rurales que trabajan en la producción fuera de sus hogares, pero este porcentaje continúa siendo menor que el de los hombres. En el caso de Colombia, de las mujeres rurales solo el 37.4% trabaja en producción (agricultura, ganadería, caza y pesca), mientras que el 66% de los hombres rurales se desempeña en esta misma actividad.<sup>21</sup>

---

<sup>21</sup> Martínez, S., Useche, P., Ramírez, J., Cortés, P. & Castillo, A., (2020) El impacto de la Covid-19 en la economía de las mujeres rurales. Género y Covid-19. Corewoman.

Ahora bien, desde la mirada agroecológica y urbana, resulta más común que estas dos actividades sean compartidas por ambos géneros pues usualmente los productos que venden son emprendimientos familiares y ambas personas trabajan en las diferentes etapas desde la producción hasta la comercialización. Sin embargo, respecto a las demás actividades, se puede identificar qué: el trabajo comunitario es ejercido principalmente por las mujeres quienes tienen un papel de liderazgo en los temas de soberanía alimentaria al ser las principales garantes del alimento en los hogares (FAO, 2019); las labores relacionadas con la fuerza o potencia física son ejercidas por los hombres; y el trabajo doméstico que tiene escaso reconocimiento y valor económico no deja de ser realizado principalmente por las mujeres (Mingo, 2011). Aunque, a diferencia de los roles usuales en estudios de familias campesinas tradicionales (García, 1990) hay una división más equitativa de las labores y las prácticas dentro de las relaciones de género, donde las mujeres ya no están solo en el espacio doméstico sino que participan del trabajo productivo fuera del hogar, y en este caso en la comercialización.

Sobre esto último, los espacios públicos de relacionamiento de estas personas son en primer lugar los comunitarios; las huertas barriales por ejemplo y los encuentros de redes agroecológicas; y en segundo lugar los mercados agroecológicos como el espacio de encuentro y de construcción de redes y relaciones de género. Debido a la crisis económica y de salud generada por la pandemia de la Covid-19, no fue posible acceder a encuentros de huertas comunitarias, a reuniones de las redes de agroecología, agricultura urbana y semillas ni a mercados agroecológicos. La información que pude obtener sobre las relaciones de género en estos espacios surge de la investigación de campo realizada entre febrero y mayo de 2019 en diversos mercados como el Mercado Campesino Plaza de los Artesanos, Mercado

Agroecológico Tierra Viva y Mercado de los Pueblos, que fue previa a la elección de los sujetos y sujetas de investigación y a la delimitación de la pregunta.

A través de las conversaciones informales con los/as productores/as de los mercados mencionados, hallé un consenso sobre las buenas relaciones interpersonales dentro de cada mercado, que en sus discursos están ligadas a una cercanía con cada una de las personas que hacen parte y con el compartir unos modos de vida desde la agroecología. En este sentido, se evidencia cómo las representaciones – símbolos, prácticas, significados y valores- se dan en un ámbito colectivo e individual; desde el primero son compartidas, heterogéneas y constructoras de sentido, y desde lo individual son permeadas por la condición de género, raza y clase de cada uno. En este sentido, para Carmen, una mujer joven, urbana, con agrodescendencia y de clase media, sobre el liderazgo dentro de una organización o colectivo dice: “no siento que se trate de una cuestión de género sino de cómo trabajas en sociedad y como los dos vamos avanzando [...] desde que estoy sola me ha tocado asociarme porque tengo menos tiempo y no alcanzo a hacer todo” (Carmen, entrevista, 11 de marzo de 2020). Carmen, como varias de las mujeres que participan en el mercado son madres cabeza de familia que encuentran en la asociatividad y el trabajo colectivo una opción para su independencia económica.

Al igual que Carmen, para Rosa, la mujer encargada de la huerta del Mercado Campesino Plaza de los Artesanos, al hablar sobre esta dice “esto me lo dieron a mí, y luego fueron llegando las otras mujeres y yo les fui dando a cada una un pedacito para que trabajaran” (Diario de campo, 21 de marzo de 2019). Hay unas redes que se han tejido con las mujeres que han pertenecido a la huerta y hay un trabajo en equipo tanto en el espacio productivo como en el espacio de comercialización de los productos. Al hablar con otros y otras

comerciantes del Mercado, estos identifican a Rosa como una de las mujeres que más sabe sobre la historia y conformación de este, y que posee mayor conocimiento, siendo respetada por las demás personas. Magdalena, una productora de este mercado se refiere a las relaciones en el espacio resaltando que,

Todo el tiempo estás aprendiendo cosas de la agricultura, de los tratos con los campesinos, entonces aquí suceden cosas muy hermosas, por ejemplo, el trueque...Al final de la jornada el domingo, uno empieza a truequear...también suceden cosas como el apoyo al otro; que si un compañero no llega rápido uno le ayuda a montar el negocio para que no lo sancionen, entonces ellos lo llaman a uno y le pide el favor, es una familia productiva... (Entrevista a Magdalena, 6 de abril de 2019)

Como bien se evidencia en estas dos mujeres que trabajan en temas productivos en un espacio urbano con dinámicas más relacionadas con la producción y el trabajo rural, "...en el mundo rural de hoy las relaciones de género se están transformando. Ahora se hace más visible la participación de las mujeres en las actividades productivas y en la toma de decisiones relacionadas con las mismas" (Farah & Pérez , 2004: p.139) Si bien el Mercado Campesino no es un espacio rural y no parte de principios agroecológicos solamente, los trabajos productivos que hacen Magdalena y Rosa dan cuenta también de la mayor participación que las mujeres están teniendo en espacios como este y en la conformación de redes comunitarias. También, da cuenta de relaciones horizontales entre los y las productoras. En los mercados agroecológicos también se evidencian relaciones de género horizontales, al igual que en la mayoría de los hogares de las personas encuestas. Sin embargo, haría falta un análisis más profundo y de acercamiento a cada persona, para indagar en las relaciones de género al interior de los hogares.

### ***Percepción de igualdad de género en el espacio público.***

Las descripciones y análisis realizados hasta el momento dan cuenta de las representaciones sociales de género enmarcadas en las prácticas cotidianas que suceden en los espacios públicos y privados relacionados con la producción y comercialización. Sin embargo, además de estas prácticas, están otros elementos principales como los discursos, símbolos y significados a partir de los cuales se contradicen o refuerzan afirmaciones que no son tan fáciles de observar desde las prácticas. En este sentido, analizar los discursos permite identificar aspectos como la percepción de igualdad de género y los imaginarios relacionados con estereotipos de género. De igual forma, desde esta mirada son perceptibles intersecciones entre la clase, el género y la raza de las sujetas de investigación que parten de características de la historia de vida; sus motivaciones, obstáculos, proyectos de vida y expectativas, su contexto socioeconómico; el contexto familiar, el acceso a la educación y las normas; y su postura identitaria desde la agroecología. A continuación, analizo los discursos desde las categorías de percepción de igualdad y de imaginarios y posteriormente me centraré en los discursos entre género y agroecología.

### **Percepción de igualdad en la cotidianidad y en los mercados**

Indagar sobre las percepciones resulta pertinente pues generalmente en los discursos presentes en conversaciones informales y cotidianas hay una mayor consciencia o aceptación sobre la necesidad de una igualdad de género. Sin embargo, cuando se entran a ver las acciones e imaginarios de cada individuo para aportar o cambiar las dinámicas que perpetúan las desigualdades, estas acciones pueden ser contradictorias. Por esta razón, se realizó una serie de preguntas que buscaba identificar las percepciones de igualdad de los/as encuestados/as para posteriormente contrastarlas con sus imaginarios y con las prácticas cotidianas identificadas en el anterior apartado.

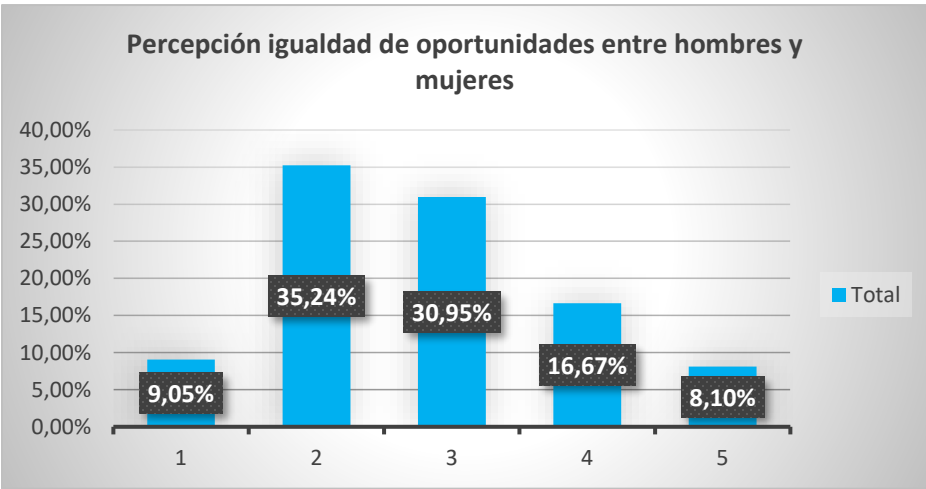
A la primera pregunta ¿quién considera más apto para desempeñarse en la dirección de una organización?, el 87% de los/as encuestados/as dice que cualquiera de los dos puede desempeñarse en el cargo, lo que evidencia un reconocimiento de hombres y mujeres como iguales para aplicar a un cargo de alto rango. Ahora bien, al preguntar sobre los criterios o características que debe tener la persona líder los principales fueron: administra mejor los recursos, tiene liderazgo y disciplina. En segundo lugar, al preguntar ¿cuál considera que es el principal obstáculo que enfrentan las mujeres para acceder a un cargo? 40% de los y las encuestadas concuerdan que es el machismo, luego con 35% señalan la discriminación por ser mujer y en tercer lugar con 25% marcan que no hay discriminación. De acuerdo con lo anterior, las dos respuestas principales le apuntan a las creencias que consideran que una mujer por el hecho de serlo no puede realizar o desempeñar ciertas tareas, sin embargo, se realizó la distinción por la connotación de machismo que no es clara o tiene sesgos par algunas personas.

Dentro del 25% que considera que no hay discriminación, una de las entrevistadas mencionó “en el mundo estamos como pareja; hombre y mujer, no estamos solos. El machismo lo ponemos las mujeres” (Teresa, entrevista, 30 de mayo de 2020). Esta afirmación corresponde a un imaginario que desconoce las condiciones históricas y actuales de desigualdad producto de construcciones sociales y vivencias propias, pero que terminan perpetuando ciertos roles de género.

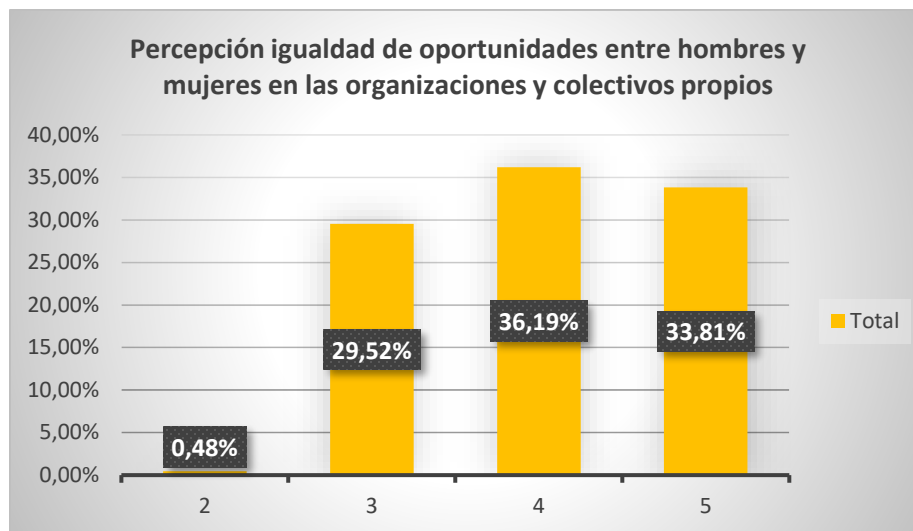
Otra de las preguntas sobre percepción buscaba que los encuestados-as eligieran en qué medida consideraban que hay igualdad de oportunidades entre hombres y mujeres a partir de una escala de 1 a 5, siendo 1 lo más desigualdad y 5 lo más igualitario. En la gráfica siguiente (Gráfica 3) se evidencian los resultados, según los cuales el 75.24% de los encuestados cree

que la igualdad está por debajo de 3, lo cual se asocia con la realidad donde si consideramos cifras de brechas de género para 2020 en aspectos como el sector laboral, las tareas de cuidado, las violencias y los imaginarios y estereotipos culturales aún hay desigualdades.

Ahora bien, al preguntarles en qué medida creen que en su organización o colectivo hay igualdad de oportunidades los datos son contrarios. De acuerdo con la gráfica 4, hay una percepción hacia la igualdad por encima de 4 en el 70% de los-as encuestados, lo cual es un porcentaje bastante alto frente a las cifras anteriores sobre la percepción general. Además, del 29% de quienes consideran que la igualdad en sus organizaciones es 2 o menor, hacían referencia a qué había de hecho más mujeres que hombres trabajando allí. La percepción de la desigualdad en abstracto, es decir, sobre un imaginario de lo que se considera está presente en la sociedad es distinta de la percepción en entornos cercanos, pues esta última es más concreta y permite tener certezas o hechos más claros que dan cuenta de esa igualdad.



Gráfica 3 Percepción de igualdad de oportunidades entre hombres y mujeres



*Gráfica 4 Percepción de igualdad de oportunidades entre hombres y mujeres en las organizaciones y colectivos de cada encuestad/a*

A quienes respondieron 4 y 5 en las dos preguntas anteriores, se les preguntó por las razones por las cuáles los señalaron, estas fueron: porque en organizaciones ya son mayoría mujeres, porque ya hay igualdad de condiciones, porque hombres y mujeres trabajamos por igual y tenemos el mismo reconocimiento, porque se valora la capacidad independiente del género, porque el género no define las habilidades dentro de nuestro emprendimiento, porque lo que importa es el interés y compromiso, porque no se discrimina a nadie y porque la organización es equitativa.

Posteriormente, se les preguntó si consideraban importante priorizar organizaciones y colectivos de mujeres en proyectos agroecológicos frente a lo cual el 90% dice que sí aludiendo a razones basadas en estereotipos como que las mujeres manejan mejor el dinero y saben cuidar mejor la tierra, que la organización es mejor en manos de mujeres y que el trabajo en equipo y la capacidad de liderazgo funcionan más armónicamente si lo maneja una mujer. Sin embargo, también argumentaron que estas medidas son un avance en el

empoderamiento de la mujer rural y agricultora urbana, que permiten tejer en red y, por último, que son necesarias para erradicar el machismo en la sociedad. Podría decirse entonces que entre las personas que se encuentran en espacios de comercialización de productos orgánicos o agroecológicos, y dentro de la economía solidaria, hay una mayor percepción de igualdad de género en lo que respecta a espacios de participación como los mercados, sin embargo los estereotipos de género son parte esencial de los discursos y por tanto de la toma de decisiones en los hogares y organizaciones.

Puesto que una percepción parte de una construcción cultural sobre un fenómeno común, las percepciones de igualdad se ven influenciadas por la historia familiar. En el caso de Carmen, ella menciona que en su familia “la que tomaba las decisiones era mi abuela y en mi familia pues somos un matriarcado [...] pero sin embargo se ve el machismo, mi abuela por ejemplo tiene una predilección por sus hijos [...]” (Carmen, entrevista, 11 de marzo de 2020). Puesto que la historia familiar hace parte de una cultura, que en este caso es rural y además machista, las percepciones si bien cambian en el tiempo, lo hacen de forma lenta y paulatina, donde se conservan ciertos imaginarios y se deconstruyen otros.

Los datos hasta ahora presentados permiten observar un panorama general sobre quienes participan en estos espacios, sin embargo, una mirada más profunda a las representaciones sociales de las mujeres entrevistadas clarifica, reafirma o contradice las generalidades. En este sentido, indagué en los obstáculos que ellas consideran han tenido que superar como mujeres para lograr sus metas y proyectos. Algunos de los testimonios dicen:

Yo trabajo con operarios entonces por lo general es un trabajo de ingenieros, de hombres. Entonces primero soy una ecóloga, una ecóloga infiltrada entre ingenieros

[exclamando] que la ingeniería es una rama, que ahora hay muchas mujeres pero antes habían muchos hombres, entonces [decían] pero usted si va a poder con 10 personas a cargo, o sea con 10 operarios además que es gente que viene del campo...y lo he logrado pero porque también me ha tocado ganarme ese espacio para que se den cuenta que yo puedo manejar gente y que siento que no es una cuestión de fuerza, sino de saberse acercar a las personas y entender sus necesidades y trabajar en equipo.

(Carmen, entrevista, 11 de marzo de 2020)

Me he sentido discriminada cuando voy a trabajar con campesinos convencionales. Me toca ir con un hombre que hable porque a mí no me escucha o me invalidan”

(Ana, entrevista, 3 de junio de 2020)

A mí me ha pasado en espacios incluso de la Red de Semillas, en espacios académicos, en espacios laborales, me ha pasado en el campo. A mí me gusta mucho trabajar con comunidades y pues son espacios donde hay mucho machismo entonces cuando te ven a ti como mujer y hay un montón de hombres dicen ‘¿y esta qué?’

(Carmen, entrevista, 11 de marzo de 2020)

Estos relatos muestran cómo los estereotipos de género binarios generan obstáculos en el desarrollo laboral de las mujeres en el campo. El hecho de considerar que unas carreras o labores solo puedan desempeñarse por un hombre o una mujer genera falta de credibilidad y poco respeto o excesiva felicitación cuando son realizadas por el otro sexo. Estos imaginarios se refuerzan en la población campesina tradicional donde los roles de género son más marcados (CEDAW, 2019), pues como señala Ana, líder comunitaria y comercializadora agroecóloga, “la agricultura familiar todavía está en este modelo donde el hombre es el que

trabaja y el que maneja el dinero y se invisibiliza el trabajo de la mujer” (Ana, entrevista, 3 de junio de 2020).

Otro de los obstáculos que identifican las mujeres entrevistadas está relacionado con la participación en los espacios de toma de decisiones ya que si bien hay apertura a estos espacios para las mujeres que trabajan desde la agroecología, los roles que asumían los hombres y mujeres antes de pertenecer o vincularse a estos espacios, así como los de las poblaciones con las que trabajan y se relacionan imposibilitan una igualdad. Como menciona Lucía, “uno se mantiene con ese liderazgo de mujer pero es duro y es que hasta uno cede, uno dice ‘no voy a hablar, hable usted’, le dice eso a los hombres porque dizque son más valientes, cuando uno puede hacer tantas cosas” (Lucía, entrevista, 27 de agosto de 2019).

Al igual que Lucía, Ana identifica desde una perspectiva más académica estas desigualdades;

Aquí [en la agroecología] hay más presencia masculina pues porque históricamente son los hombres los que salen a los espacios públicos y eso, pero también porque están como en esa transición, pero cuando está la mujer ya empoderada haciendo su producción agroecológica sale y participa libremente en todos estos espacios (Ana, entrevista, 3 de junio de 2020).

Relatos como este reflejan el peso de los estereotipos en la percepción de igualdad y en el logro de las metas y proyectos propios, pero también muestra cómo hay un cambio en el pensamiento. Sin embargo, además de los espacios públicos, dentro de lo privado hay muchos obstáculos que se relacionan con los roles y metas dados culturalmente a las mujeres, como el ser madres y formar una familia para sentirse completas.

Por otro lado, quienes han accedido al espacio público y tienen un rol activo en el liderazgo y la participación comunitaria este puede convertirse también en un obstáculo cuando dejan

de lado su desarrollo profesional. Una de las mujeres cuenta que dentro de sus obstáculos ha tenido que ceder a,

Mi desarrollo profesional por poder estar en espacios comunitarios y familiares que son para mí de gran importancia, como participar en la Red, y creo que a muchas mujeres les ha pasado, sacrificarse profesionalmente para poder estar con sus familias [...] además yo soy la columna vertebral pues de la casa, porque vivo solo con mi hijo e igual mi mamá se apoya mucho en mí (Carmen, entrevista, 11 de marzo de 2020).

Según la Encuesta Nacional de Uso del Tiempo (ENUT) 2020, las mujeres suelen dedicar más horas a las labores de cuidado en el hogar por lo que, generalmente, quienes tienen trabajos remunerados son cabezas de hogar y además, participan en espacios comunitarios. Tal es el caso de algunas de las mujeres que están en los mercados agroecológicos, su tiempo es limitado y está siempre ocupado, dejando poco o nulo espacio para otras actividades. En este orden de ideas, al preguntarles por la percepción de las cargas laborales que tienen las mujeres, en tanto son madres, en algunos casos cabezas de hogar, y manejando su propia organización o colectivo, Teresa, una productora y comercializadora que hace parte del mercado de los Pueblos, menciona:

Las mujeres tienen una doble carga porque si tienen una familia tienen que esforzarse más porque el solo sueldo de su compañero no le da, y lo veo en todas partes no solo en lo rural sino en la ciudad [...] en este momento que las fuerzas son más que todo en las mujeres (Teresa, entrevista, 30 de mayo de 2020).

De igual forma, Lucía señala “una mujer es la que más lleva del bulto porque bajo nosotras hay muchísimas responsabilidades, está la familia, está el estudio, todo es la mujer” (Lucía, entrevista, 27 de agosto de 2019) Es evidente dentro de las percepciones de Teresa y Lucía

que hay mayores cargas para las mujeres, sin embargo desde su discurso las asumen argumentando que es así como funciona la sociedad, es decir legitimando y respondiendo a la representación social según la cual esas cargas corresponden a las mujeres sin llegar a cuestionarlas aunque en sus acciones puedan estar cambiándolas. A continuación, me centro en cómo estas percepciones que pueden estar sesgadas por el espacio y por darme como entrevistadora una respuesta éticamente correcta, se interrelacionan con los imaginarios y estereotipos que van más allá de considerar un grado de igualdad.

### ***Estereotipos de género.***

Según el DANE en su investigación sobre participación de las mujeres colombianas en el mercado laboral 2020 se analizan los riesgos de profundizar la división sexual del trabajo cayendo en estereotipos de género. En el análisis, se identifica el porcentaje de hombres y mujeres que están de acuerdo con afirmaciones sobre ciertos roles tradicionales. Para afirmaciones como “las mujeres son mejores para el trabajo doméstico que los hombres” el 69% de los hombres y el 67.1% de las mujeres están de acuerdo; en la afirmación “una madre que trabaja puede formar una relación tan cálida y segura con sus hijos como una madre que no trabaja” el 57.7% de los hombres y el 60% de las mujeres están de acuerdo; en la afirmación “la cabeza del hogar debe ser el hombre” 47.2% hombres y 36.6% mujeres están de acuerdo; por último en la afirmación “el deber de un hombre es ganar dinero, el deber de una mujer es cuidar del hogar y la familia” 40.9% hombres y 36.2% mujeres están de acuerdo<sup>22</sup>.

---

<sup>22</sup> DANE (2020) Informe sobre cifras de empleo y brechas de género. Cambios en el empleo en actividades de cuidado remunerado a raíz del COVID-19.

Según estas cifras, los estereotipos de género continúan reforzando aspectos y comportamientos que dificultan el acceso a la participación en espacios de toma de decisiones para las mujeres y refuerzan la idea de su rol como cuidadoras y madres. Si bien hay una disminución en la creencia de que una mujer que trabaja no es una buena madre y de que tanto hombres como mujeres pueden trabajar para sostener una familia, un 40% (aproximadamente) de la población piensa que esto es verdadero, lo cual continúa siendo un porcentaje bastante grande. Es alarmante además, porque estos estereotipos son parte de unas prácticas y unos discursos según los cuales la sociedad tomará decisiones en sus hogares para responder y adaptarse a las situaciones cotidianas.

Por esta razón, y teniendo en cuenta el contexto discursivo de los y las entrevistadas, se realizaron una serie de preguntas con afirmaciones estereotipadas para identificar si estaban o no de acuerdo con estas. Se obtuvieron los siguientes resultados:

- Respondiendo la pregunta “en su barrio, vereda o entorno usted observa que las mujeres se sienten más realizadas cuando:” el 35% dice “Forman una familia y estudian una carrera” y el 32% dice “Trabajan, se casan y son mamás”. Ninguno-a respondió la opción “se casa y son mamás” por lo que dentro el trabajo productivo se reconoce como algo casi igual de importante para una mujer trabajar como construir una familia.
- A la pregunta “las mujeres que se quedan en casa con los hijos-as:” el 77% respondió “Trabajan en el hogar y deberían pagarles por ello, pues hacen una labor muy importante” y el restante 23% respondió: “Hacen una labor muy importante porque mantienen el hogar y crían a los niños, pero eso no es un trabajo propiamente dicho.” Así pues, parece haber una contradicción entre el discurso que reconoce el trabajo

doméstico y de cuidado como un trabajo, y las prácticas cotidianas de división sexual del trabajo donde estas labores no se distribuyen de forma equitativa.

- Sobre las siguientes afirmaciones: “entre las mujeres suele haber competencia”, “a los hombres les cuesta especial trabajo demostrar y hablar de sus sentimientos” y “las mujeres se dejan llevar por los sentimientos usualmente” el 72% cree que son falsas, lo cual muestra que se están cuestionando y repensando estos estereotipos.
- Frente a la pregunta “cuando un niño llora usted:” el 68% respondió “lo consuela y le dice que está bien” o “le preguntan e intentan comprender”. Según esto en muchos casos la forma de crianza también ha sido deconstruida y repensada desde el afecto y desde posiciones más comprensivas ligadas a un discurso de cuidado con el entorno como lo plantea la agroecología. Sin embargo, esto es algo que apenas se está visibilizando y quedan por investigar las nuevas formas de crianza relacionadas con estos discursos.
- Respondiendo quien considera que es más apto para la crianza, el 84% del total considera que ambos (hombres y mujeres) son igual de aptos para la crianza. Sobre las razones de esta respuesta marcan que no hay diferencia de género, más si la hay en quien cría desde el cuidado y que tenga conocimientos útiles para afrontar la vida.

De acuerdo con las respuestas obtenidas, hay una tendencia al cambio discursivo en los estereotipos de género, lo cual evidencia un cambio progresivo en las representaciones sociales de género. Sin embargo, esto se puede evidenciar en lo discursivo pero queda por investigarlo en la práctica pues podrían no corresponder. Por otro lado, hay una clara relación entre los imaginarios femeninos y la participación asociativa en estos espacios agroecológicos, sobre esto se desarrollará el siguiente apartado.

## **La mujer cuidadora y garante de la soberanía alimentaria en el espacio de comercialización.**

“para mí la agroecología son las dinámicas que hacemos en el territorio para poder sembrar adecuadamente, con técnicas, tecnologías que no dañan la tierra, que no pelea con los otros ecosistemas, que cabemos todos y todas, tanto animalitos que vemos y que no vemos, como los seres humanos, el agua, el sol, el aire, los árboles que son tan fundamentales en nuestro ecosistema. Eso es para mí la agroecología, ser compatibles, ser coherentes, ser amigables, no devastadores. Para mí la agroecología es todo y es mi proyecto de vida” (Lucía, entrevista, 27 de agosto de 2019)

Previamente he identificado los discursos y prácticas de género que conforman las representaciones de género de quienes practican la agroecología. A continuación me centró, en primer lugar, en algunos imaginarios y estereotipos colectivos sobre la mujer en la agroecología que se relacionan con las prácticas y discursos de género. El primero, la mujer cuidadora y sabedora; el segundo la construcción de soberanía alimentaria desde los roles tradicionales de las mujeres y tercero la relación esencialista entre mujer y naturaleza. En segundo lugar, analizo tres categorías transversales a la práctica agroecológica pero que están generando transformaciones en los estereotipos de género; estas son **empoderamiento y liderazgo, independencia económica y asociatividad y reconocimiento de la economía del cuidado**. Por último, me centro en los espacios del mercado agroecológico como espacios de construcción, apropiación y transformación de las representaciones sociales de género.

Para analizar las representaciones de género en el campo de la agroecología es primordial identificar cuál es el discurso o los principios agroecológicos bajo los cuales se representan las mujeres. Así como las representaciones sociales del género o de lo rural, hay una serie de

significados que construyen la agroecología y que varían según los/as sujetos/as, sus conocimientos, experiencias, sus condiciones socioeconómicas y culturales y las diferencias interseccionales que las caracterizan. Sin embargo, si bien estas representaciones pueden variar, hay unos elementos que son comunes y colectivos, que constituyen maneras de interpretar y pensar la realidad cotidiana, y a partir de los cuales se comunican los miembros del grupo e intercambian y clasifican informaciones.

La agroecología surge como un modelo de desarrollo alternativo al sistema agroalimentario actual enfocado en la reivindicación de la soberanía alimentaria, la lucha por el acceso, la libre circulación y el control de las semillas nativas y criollas en manos de campesinos/as, agricultores/as y pueblos indígenas, la preservación del conocimiento campesino y de la biodiversidad, la promoción de mercados locales que promuevan formas solidarias de vincular el campo y la ciudad y la valoración de saberes locales como patrimonio intangible de los pueblos (Chiappe & Noel, 2014). Ahora bien, estas problemáticas responden a significados sobre conceptos como *lo ancestral*, *lo nativo*, *lo ecológico*, *lo sostenible* y que se construyen sobre un *otro* hegemónico, colonizador, occidental y dominador (conceptos cargados de significados igualmente) contra el que hay que resistir.

A partir de estos significados y problemáticas describo al discurso agroecológico como el postulado teórico sobre el cual se basa la propuesta alternativa que cuestiona el modelo de producción alimentaria con el fin de cambiarlo hacia uno más justo y sostenible. Las mujeres que se han adentrado en este sistema de representación apropian el discurso y lo llevan a la cotidianidad mediante otros significados y discursos que han apropiado como el del género. Los siguientes son los principales discursos que se evidenciaron en las entrevistas con las mujeres que participan del Mercado Agroecológico.

### *La mujer cuidadora del alimento*

Al indagar las razones por las cuales consideran que hay mayor participación e involucramiento de mujeres en espacios agroecológicos, las mujeres entrevistadas identifican algunos elementos que construyen y reafirman los imaginarios y estereotipos sobre los roles femeninos ligados al cuidado. En este sentido, resaltan el cuidado y la maternidad, así como un gran sentido comunitario y colaborativo como impulsores que las llevan a salir de sus espacios domésticos y apropiarse de los espacios de comercialización. En los mercados el alimento es el punto central del encuentro y la creación y consolidación de un negocio o colectivo para comercializar un producto orgánico o agroecológico. Algunos de los testimonios dan cuenta de esto:

Las mujeres tenemos más facilidad para relacionarnos con la gente o con otras mujeres por esa capacidad que tenemos o ese mismo don de maternidad de la que hablamos hace un momento. A la mujer en especial le gusta mucho entender lo que pasa en su entorno y cuando por ejemplo están en un mercado, es un espacio social super interesante porque conoces no solo otros productores que están haciendo otras cosas que a ti te pueden interesar porque tú estás en ese espacio sino que conoces personas que van a comprar y que también tienen una necesidad y tú por ser mujer y entendiendo como esa necesidad puedes acercarte más fácil hacia las personas a contarles sobre tu experiencia [...] (Lucía, entrevista, 27 de agosto de 2019)

Hay muchas mujeres que están solas, y como están solas buscan espacios donde ellas puedan ser autosuficientes y los mercados son espacios donde por lo general tú ves mujeres que están haciendo proyectos de vida personal, que tal vez no tuvieron oportunidades laborales, que eso también influye, entonces buscan cómo

autogestionar sus ingresos y los mercados son sus espacios óptimos. (Carmen, entrevista, 11 de marzo de 2020)

Hay más mujeres, las mujeres son las que llevan todo...las mujeres somos las que rompemos el viento y después nos hacemos atrás...hay hombres que han tratado de callarnos y gracias a dios uno se mantiene con ese liderazgo de mujer pero es duro, y es que uno hasta cede, uno dice 'no voy a hablar, hable usted' le dice a los hombres porque dizque son más valientes, cuando uno puede hacer tanta cosa (Lucía, entrevista, 27 de agosto de 2019).

Yo creo que la mujer tiene dividido el corazón y el cerebro de la misma manera, mientras que el hombre es más racional, la mujer tiene en su corazón el cuidado, entonces es muy buena administradora, más que el hombre, no digo que no haya hombres que no los sean, pero la mujer es muy racional [...] las mujeres tenemos la capacidad de saber que si vamos a invertir en algo hay que guardar por si acaso (Carmen, entrevista, 11 de marzo de 2020)

Los roles de reproducción que se relacionan con el cuidado y la sobrecarga de labores hacia la mujer son evidentes en las citas anteriores al enunciar cualidades colaborativas, amorosas y diligentes desde lo maternal y el cuidado. Ser madre cabeza de familia es un recurrente en algunas de las mujeres que se asocian, ya que al necesitar proveer a sus familias ven en la producción y comercialización del alimento una posibilidad de lograr sus proyectos de vida y generar ingresos mediante sus saberes y quehaceres en colaboración con otras mujeres en la misma situación (Teresa, entrevista, 30 de mayo de 2020). Las experiencias compartidas como mujeres y sobre el alimento en el Mercado suponen un cambio en la adscripción a espacios de género, ya que al acudir a este las mujeres desarrollan actividades que consideran propias y que implican acceso al control del dinero, remuneración de su trabajo en la huerta

en un espacio cooperativo y construcción de relaciones y redes de apoyo tanto al interior del mercado como con las consumidoras, lo que se traduce en empoderamiento y transformación de la división sexual del trabajo.

Estos espacios ignoran que las mujeres encuentran cómo expresar o cómo aprender a entender sus emociones, no solo una salida económica [...] sino desde lo emocional y lo espiritual logran encontrarse y resolver muchas cosas a nivel interior [...] cuando te encuentras con otras mujeres eso ayuda a empoderarse, a ser más fuertes, a encontrar espacios donde ellas pueden también desahogarse (Carmen, entrevista, 11 de marzo de 2020)

Los mercados agroecológicos enmarcados en la economía solidaria son un espacio que incentiva este tipo de relaciones ya que buscan conectar a productores y consumidores dando prioridad a productos locales y creando vínculos cercanos. La diferencia entre la economía solidaria y otros tipos de intercambios que solo se enfocan en el dinero como forma de transacción, es que el enfoque agroecológico de la economía circular y solidaria fortalece los circuitos alimentarios cortos y puede incrementar los ingresos de los productores de alimentos al tiempo que mantiene un precio justo para los consumidores y promueve soluciones basadas en las necesidades, los recursos y las capacidades locales generando mercados más equitativos y sostenibles. Además, la economía circular puede ayudar en reducir el desperdicio mundial de alimentos al acortar las cadena de valor de los alimentos y aumentar la eficiencia en el uso de recursos (FAO, s.f.).

Para las mujeres que comercializan sus productos en los mercados, el verse representadas y representar a otras por imaginarios como la mujer cuidadora y líder comunitaria, la que sabe gestionar y comercializar resulta beneficioso en tanto reconocen su liderazgo y sus capacidades en espacios públicos y comunitarios, y pueden compartir experiencias comunes.

Sin embargo, es importante revisar en qué medida estos mismos imaginarios son obstáculos para el acceso a otro tipo de espacios como los de participación política y toma de decisiones al interior de los mercados y las redes de agroecología, lo cual excede los límites de esta investigación.

De acuerdo con las referencias sobre los roles femeninos mencionados anteriormente, se entiende que la mujer que cuida piensa en el otro. En este sentido, el tiempo que dedica a espacios propios o en este caso de participación suelen ser pocos o nulos, como se evidenció en la Encuesta Nacional de Uso del Tiempo. En este sentido, Carmen, una de las entrevistadas que produce, comercializa y hace parte de procesos comunitarios de agroecología, menciona que en los espacios comunitarios donde hay asociaciones de mujeres ellas dicen “ah, pero acuérdense de los niños, acuérdense de los abuelos... la mujer siempre está pensando en la vecina o el compañero por relación de maternidad” (Carmen, entrevista, 11 de marzo de 2020), lo que construye espacios más inclusivos. Sin embargo, esto puede perpetuar imaginarios del cuidado donde lo doméstico sigue siendo el campo principal de las mujeres y por tanto salirse de allí puede implicar juzgamiento y obstáculos para acceder a otros espacios.

### *La soberanía alimentaria en manos de mujeres*

Los programas y políticas de seguridad alimentaria han incluido a las mujeres por su rol como cuidadoras y productoras de los alimentos básicos dentro de la agricultura familiar. Sin embargo, en muchos casos, antes que disminuir las brechas de género esto ha generado un aumento en la sobrecarga laboral y un acentuamiento en los estereotipos que mantienen la división sexual del trabajo donde lo femenino y lo doméstico corresponden a un mismo espacio (Vizcarra, 2008). Desde el movimiento agroecológico y las redes de mujeres que lo

integran, como el caso del Movimiento Agroecológico de América Latina y el Caribe (MAELA), se busca la equidad de género como eje estratégico para la defensa de la soberanía alimentaria, donde se visibilice el aporte de las mujeres en el desarrollo rural campesino y en la cadena agroecológica. Para alcanzarlo, hace falta revisar las demandas y propuestas de las mujeres que en la práctica cotidiana están llevando a cabo. En palabras de Lucía y Carmen,

Una mujer es la que lleva del bulto porque bajo nosotras hay muchísimas responsabilidades, está la familia, el estudio, la casa, todo es la mujer... la mujer es el centro de la sociedad, si un chico es malo es culpa de la mamá, ni siquiera de la pareja, y si usted tiene un hijo, ahí si no, entonces yo a mis hijas las formo para que sean autónomas, para que ellas tengan su propio dinero y no tengan que depender de nadie” (Lucía, entrevista, 27 de agosto de 2019).

Para mí igualdad de género es que la mujer [...] está en el aspecto de oportunidades para hacer las cosas, que una mujer si pudiera hacerlo, puede echar azadón y si lo quiere puede jugar al fútbol, pero que tenga la misma posibilidad de hacerlo porque a la mujer le ha tocado buscarse ese lugar a punta de mucho esfuerzo [...] energéticamente nuestra fuerza y nuestro espíritu tiene ciclos y necesitamos reposo, entonces es tener las mismas oportunidades sabiendo que nosotras tenemos tantos estados de ánimo... (Carmen, entrevista, 11 de marzo de 2020).

Las mujeres entrevistadas como Carmen y Lucía al ser líderes de procesos comunitarios agroecológicos y llevar varios años participando en mercados, en espacios y redes, han adquirido una mayor consciencia sobre las inequidades de género, tal como menciona Lucía. Sin embargo, las prácticas no se transforman de la misma manera pues ameritan de un cambio en las representaciones y significados de los grupos donde ellas se desenvuelven

cotidianamente, de las instituciones y de la comunidad. Adicionalmente, debe enfocarse en las limitaciones que ellas señalan para avanzar en igualdad; algunos de los mencionados por las mujeres fueron la falta de tiempo y de recursos económicos, el no contar con alguien para cuidar a sus hijos e hijas, la sobrecarga de trabajo, las dificultades para transportarse y la falta de apoyo estatal para la producción agroecológica.

El hecho de definir la perspectiva de género como eje transversal y estratégico en el movimiento agroecológico es un avance que debe llegar más allá de las instancias decisorias y que debe socializarse y construirse con las mismas mujeres que participan en los mercados. Hacer partícipes a las mujeres base de los territorios y procesos agroecológicos implica reconocer la importancia que tiene el conocimiento empírico y práctico cotidiano de las mujeres en la vida doméstica y privada que se desarrolla al interior de las huertas y cocinas, el cual fue en gran parte desconocido y subvalorado por la racionalidad científica. Misma racionalidad que subestimó las prácticas agro ecosistémicas alternativas al modelo imperante enmarcado en la Revolución Verde. Los alimentos fueron considerados mercancías y bienes, pero la materialidad social y cultural del alimento que contiene aspectos como la subsistencia, el afecto, la participación, el ocio y la identidad (McMichael, 2009) es rescatada por soluciones alternativas como la agroecología y el ecofeminismo. Reconocer el papel de las mujeres y del alimento como constructores de comunidad es darle valor y por tanto remuneración al trabajo realizado en el espacio doméstico, familiar y comunitario de cuidado y subsistencia.

### ***Relación esencialista mujer/naturaleza***

Por otro lado, la relación entre cuidado y naturaleza puede comprenderse desde el ecofeminismo. Hay convergencia entre las ecofeministas sobre la demanda de

transformación del orden androcéntrico y neoliberal, en la elaboración de alternativas al desarrollo y a la crisis de la sociedad consumista e individualista actual, demandas que también se encuentran en la agroecología. Sin embargo, los vínculos entre mujer y naturaleza que identifican las mujeres entrevistadas corresponden a un ecofeminismo clásico principalmente. En este tipo de ecofeminismo se afirman rasgos específicos que emparentan estrecha e íntimamente a la mujer con la naturaleza y donde se valoran imaginarios culturalmente relacionados con lo femenino como la maternidad, la crianza, el mantenimiento de los hábitats de las comunidades locales (Zuluaga, 2014). La importancia que le dan a las tareas de cuidado de la huerta, por ejemplo, como algo que hacen las mujeres porque hace parte de nuestra naturaleza cae en el esencialismo.

Las percepciones frente a la igualdad de género y los estereotipos e imaginarios sobre las labores domésticas y de cuidado están relacionadas con la economía del cuidado. Para Carmen, una de las mujeres entrevistadas que comercializa, produce y participa en procesos agroecológicos relacionados principalmente con las semillas nativas, es clara esta relación; “el ecofeminismo está muy relacionado con el cuidado de la tierra, la relación de la mujer con el cuidado y el cuidado incluso de la tierra. Entonces como que eso ha permitido que la mujer tenga un poco más de apertura que antes, que haya más sororidad entre las mujeres y que haya asociaciones” (Carmen, entrevista, 11 de marzo de 2020).

Ahora bien, tanto Carmen como Lucía, Ana y Teresa reconocen que la agroecología les ha permitido observarse como mujeres desde otra perspectiva. Para Lucía:

Yo me empecé a reconocer como mujer cuando empecé con esto, yo dije que chévere, y cuando uno empieza a tener ese contacto con la tierra entonces uno empieza a tener el autoestima alta, porque antes uno piensa que sí, que una es la tiene que hacer caso,

pa' hacer oficio, pa' cocinar, para atender a los hijos y no, uno cree que esa es la labor de uno (Lucía, entrevista, 27 de agosto de 2019).

El problema de concebir las relaciones mujer-naturaleza con base en imaginarios esencialistas como los que se evidencian en la cita anterior, es que si bien se reconoce este trabajo como el más productivo e importante en la sociedad, no se cuestiona su desvalorización en aspectos económicos y políticos (Puleo, 2007). La presuposición de una “esencia femenina” o de un “instinto maternal” refuerza e instala estereotipos que perpetúan la cultura patriarcal y desligan a los hombres de las tareas de cuidado y domésticas y encierra a las mujeres en las funciones reproductivas. El ecofeminismo clásico en el que destacan las teóricas Mary Daly y Susan Griffin plantea principalmente que las mujeres tienen rasgos específicos que las emparentan estrecha e íntimamente con la naturaleza, argumentando que el patriarcado ha conducido a la crisis ecológica y que la solución pasa por la ética del cuidado femenino (Brú, 1997; Puleo, 2011).

No obstante, este tipo de ecofeminismo es el más criticado teóricamente (Brú, 1997; Puleo, 2011; Mellor, 2000), es el que más se evidencia en las mujeres de comunidades campesinas e indígenas, lo cual incide en que sus experiencias y por tanto sus representaciones sociales de género están ligadas a los roles, creencias, valores y costumbres que han aprendido en la cultura patriarcal. El ecofeminismo constructivista o ecológico, por otro lado, que plantea una mirada sociohistórica e interseccional de la opresión a la naturaleza y a las mujeres se ha quedado en las discusiones teóricas y de ámbito filosófico y no está llegando a los millones de mujeres en el mundo que se movilizan por la conservación y el acceso a los recursos naturales (Sabaté, 2000; Puleo, 2007). Considero que las miradas esencialistas del ecofeminismo clásico deben transformarse mediante un trabajo comunitario y educativo que involucre el diálogo de saberes sobre las condiciones y estructuras socioeconómicas que han

acercado a las mujeres a la naturaleza y que se soportan en un sistema patriarcal de explotación y consumo.

Mientras no se generen espacios desde las políticas institucionales y el trabajo comunitario con las mujeres para transformar los estereotipos, más que como instrumentos para la consecución de objetivos (como en el caso de los programas de soberanía alimentaria) las mujeres seguirán sacrificando sus reivindicaciones y poniéndolas en segundo lugar, extendiendo sus roles de cuidadoras, ocupando los espacios domésticos privados y feminizados, y sobre todo cargándose de una nueva lucha concerniente a lo ambiental.

***Entre el empoderamiento, la independencia económica y la economía del cuidado***

De acuerdo con las problemáticas y discusiones que generan los significados y prácticas relacionadas con los estereotipos de género en las representaciones sociales de género de las mujeres líderes de procesos agroecológicos y que comercializan en el Mercado Agroecológico de la Universidad del Rosario, identifiqué, tras la categorización y sistematización de las entrevistas, tres categorías que evidencian ciertos cambios en el discurso y la práctica de las mujeres y que se relacionan con su participación en el Mercado. Estas categorías constituyen avances en la incorporación de la perspectiva de las mujeres en los procesos y políticas relacionadas con la alimentación, principalmente en el espacio de comercialización. La primera categoría es empoderamiento y liderazgo, la segunda es independencia económica y la tercera es reconocimiento de la economía del cuidado en el espacio público.

El empoderamiento ha significado para las mujeres un mayor poder para tomar decisiones, una estrategia para lograr la promoción de la salud, una forma de protección en distintas áreas de la vida y un crecimiento favorable en los efectos sociales y psicológicos de la opresión histórica, la marginalización y la desventaja (Haswell et al., 2010; Canaval, 1999; Casique,

2010). El empoderamiento femenino, específicamente, implica múltiples dimensiones; familiares, sociales, individuales; y relaciones de poder que ameritan distinguir los recursos y casos específicos de cada caso para acceder a los recursos materiales y simbólicos que puedan fortalecer las capacidades de las mujeres y que les permitan salir de las situaciones de opresión y transitar hacia la equidad en la asignación de responsabilidades (Junta Ejecutiva de la Entidad de las Naciones Unidas para la Igualdad entre los Géneros y el Empoderamiento de la Mujer, 2011; Hortera et al., 2013). Una categoría esencial para el empoderamiento son las redes de apoyo, las cuales tienen una relación directa con la autonomía, entendida como un proceso de negociación con otros espacios, incluyendo el propio (León, 2000). Tener en cuenta estos elementos teóricos permite situar los procesos de empoderamiento que surgen al interior de las relaciones que se dan en los mercados agroecológicos.

En el caso de las mujeres entrevistadas que comercializan en los mercados agroecológicos, el empoderamiento es visible desde las redes de apoyo y desde el liderazgo que tienen en el trabajo comunitario y en la participación en espacios de toma de decisión. En estos casos, ellas reconocen que la agroecología además de proporcionarles un espacio en el mercado para comercializar sus productos les ha permitido construir identidad a partir de unas formas de actuar y de relacionarse con el entorno, y tejer relaciones sociales en los mercados, huertas, reuniones y encuentros de redes. Al ser más que un espacio para comercializar, los mercados y las huertas agroecológicas comunitarias favorecen el empoderamiento y el liderazgo de las mujeres pues les proporcionan un ingreso y control sobre este y espacios de diálogo que aumentan su autoestima y valoran el trabajo reproductivo y productivo.

En el caso de Teresa, por ejemplo, ella ha participado de procesos agroecológicos como la creación de una huerta en el barrio Cerro Norte en Bogotá, donde tiene junto con otras mujeres y habitantes del barrio un proceso de conservación y celebración del maíz como

alimento y semilla ancestral y nativa que debe ser preservada por las generaciones más jóvenes. También ha participado en espacios y procesos políticos como la conformación de su barrio y en la construcción y desarrollo de la huerta que se encuentra en la Plaza de Artesanos y cuyos alimentos se comercializan en el Mercado Campesino ubicado en el mismo lugar. Teresa comercializa la quinua en el Mercado de Los Pueblos y en otros espacios de comercialización y menciona que: “la agroecología es mi forma de vida pues me dio ha proporcionado alimento, ingresos y me hizo consciente de la importancia de cuidar la tierra y trabajar en comunidad” (Teresa, 30 de mayo de 2020). Al igual que ella, el testimonio de Carmen ilustra estos aprendizajes:

Cuando tú eres una mujer empoderada y que logras encontrar un espacio en el mundo donde puedes desarrollarte espiritual y emocionalmente como mujer, estás en armonía contigo misma. Mientras que hay mujeres que están solas, que trabajan, que tienen a cargo a sus hijos, que ni siquiera se pueden ver con ellos [...] son mujeres que tienen vidas muy difíciles, pues obviamente que en su entorno va a incidir. En el mercado nos acompañamos y apoyamos entre nosotras. (Carmen, entrevista, 11 de marzo de 2020).

Es importante anotar que si bien las mujeres con las cuales se realizaron las entrevistas llevan bastantes años en los procesos agroecológicos urbanos y quienes participaron de la encuesta hacen parte en su mayoría de pobladores urbanos y neorrurales con mayor acceso a educación, facilidad en el transporte y condiciones de clase, la gran mayoría de las mujeres que trabajan la agroecología son mujeres de origen campesino cuyas condiciones socioeconómicas, culturales, de género y de origen, entre otras no les han permitido alcanzar los mismos niveles de empoderamiento y liderazgo a los que acceden las mujeres en primer lugar mencionadas.

Sobre la segunda categoría; la independencia económica, esta se considera una condición principal en el logro de la equidad de género. Los ingresos que obtienen las mujeres por la comercialización les garantizan un reconocimiento económico por su trabajo productivo, un mayor control sobre sus gastos, la oportunidad de decidir o participar en la toma de decisiones sobre el gasto de ese dinero sin depender de un hombre (García et al., 2014) y el acceso a un espacio cooperativo y solidario como es el mercado. La independencia que tienen las mujeres al poder comercializar y recibir una retribución económica por sus productos implica un avance en la igualdad. En condiciones socioeconómicas con altos niveles de desempleo que se acrecientan en población migrante en las periferias urbanas, la necesidad económica es uno de los motivos que lleva a varias mujeres a producir, comercializar y luego a conocer la agroecología. Al preguntarles sobre sus razones respondieron:

Lo hice por necesidad, realmente mi mamá sembraba y ella viene de rasgos boyacenses (Teresa, entrevista, 30 de mayo de 2020).

Yo estaba sola cuando comencé y eso fue una situación tremenda, salirse una de trabajar y no tener una estabilidad económica, empezar a mirar uno que se rebusca (Erica, entrevista, 1 de junio de 2020).

A mí me tocó sola pero menos mal la mujer es más racional para administrar el dinero, por su sentido maternal y de cuidado de los otros... (Carmen, 11 de marzo de 2020).

La descendencia y el conocimiento campesino que traen las mujeres urbanas y periurbanas que se involucran en la agroecología es también una valoración y un reconocimiento a esos saberes que son considerados menos en un nivel jerárquico del sistema occidental capitalista y que las posicionan en espacios de pobreza. El contacto directo con los consumidores en los mercados así como la venta directa de sus alimentos y productos reduce las brechas entre el

ciudadano urbano y el campesino, pues se comparte información referente al proceso del producto que se está comprando lo cual amplía la información que se tiene sobre lo que se consume, algo que habitualmente no sucede por las lógicas urbanas y el sistema agroalimentario dominante. En este sentido, las mujeres que participan de los mercados agroecológicos se apropian de un espacio que sienten propio y generan transformaciones en las dinámicas y las representaciones sobre lo rural y lo doméstico.

Sobre esto último, el trabajo en los mercados ha generado un avance en el reconocimiento de la economía del cuidado en el espacio público. El hecho de llevar sus productos al espacio de comercialización es una vinculación de sus labores cotidianas de producción, cuidado del alimento y subsanación de las necesidades básicas alimentarias de sus familias con la economía y el reconocimiento del valor que tienen estas actividades. Aunque esto no ha implicado cambios estructurales en las representaciones sociales y los estereotipos continúan reproduciéndose, lo identifico como categoría de transformación pues llevar lo privado a lo público es un paso en el reconocimiento del valor del trabajo de reproducción y producción doméstica. Los testimonios dan cuenta de ello:

Somos criadoras desde siempre, entonces la creatividad, la administración, nació con nosotras. Antes, 30 años atrás, la crianza era más marcada en todos los ámbitos de un hijo, la educación estaba más delegada solo a las mujeres y ahora a todo el grupo familiar (Teresa, 30 de mayo de 2020).

Es algo innato con lo que nace una mujer, porque cuando tú naces como mujer el trato que te dan como mujer, es diferente al que te dan como hombre. Incluso cuando eres un niño, siempre la niña es más delicada, la deben cuidar más, la niña cuando le llega el periodo es más de cuidado, a una mujer la pueden violar [...] las mujeres somos diferentes a los hombres pero también pues por cómo se mueve la sociedad y nuestro

entorno también es algo que se nos ha enseñado, pero también creo que hay algo que está pasando ahora con las mujeres, porque yo me acuerdo cuando yo era pequeña, a mí me gustaban las cosas de los niños, a mí me gustaba jugar con carritos, lanzarme en el puentecito con mi primo, era super extrema. Y ahora veo que la mujer ha perdido un poco más de miedo a esas incapacidades que nos daban cuando éramos pequeñas (Carmen, entrevista, 11 de marzo de 2020).

Las mujeres que yo conozco que producen a través de la agroecología son mujeres independientes, autónomas, posicionadas de su rol femenino, entonces se desvirtúa el papel de la mujer simplemente como la cuidadora en los predios rurales, sino que las mujeres agroecológicas que yo conozco tienen un reconocimiento de sí mismas, un orgullo, un valor por su trabajo, enseñan, son líderes, a mí me parece que la agroecología libera en ese sentido (Ana, entrevista, 3 de junio de 2020).

Los significados que otorgan las mujeres a los roles de género continúan perteneciendo a representaciones sociales hegemónicas donde lo binario construye alteridad e identidad. Esta forma antagónica y dual de ver el mundo también se aplica a las representaciones sobre lo urbano-rural pues lo rural suele reconocerse como lo tradicional, lo atrasado, lo menos valorado en el sistema económico, mientras lo urbano es lo moderno e industrial, lo que genera desarrollo y lo que produce más dinero (Bejarano, 2011). El reconocimiento de las labores de cuidado en lo público mediante la participación en los mercados y la eliminación de algunas diferencias entre lo rural y lo urbano que se evidencian en las mujeres que practican agroecología en la ciudad deconstruyen las representaciones binarias y rompen con estereotipos naturalizados. De esta manera, resignifican el cuidado y refuerzan cambios en la división sexual del trabajo en el espacio de comercialización.

En el espacio privado, más el doméstico que el productivo en este caso, aún se evidencia sobrecarga para las mujeres pues a pesar de que los hombres ahora dedican más tiempo a la crianza, las labores domésticas y de crianza recaen especialmente sobre las mujeres, lo cual no ha cambiado con la agroecología. El empoderamiento de las mujeres, la independencia económica y la valoración del cuidado en lo público deben pasar por una transformación en los roles no solo de las mujeres sino de los hombres. La agroecología es un medio que favorece estos cambios, pues involucra un sentido colaborativo, responsabilidad con el medio ambiente y con las personas que lo cuidan y lo trabajan. Su postura política sobre el cuidado y la sostenibilidad también implica cambios dentro de las estructuras hegemónicas y dominantes como lo es el patriarcado. El reto es incorporar estos enfoques alternativos en un sistema convencional de desarrollo rural (Zuluaga, 2011). Por ahora, la percepción de las mujeres al interior de los procesos agroecológicos indica una mayor consciencia sobre la importancia de una perspectiva de género.

Casi todas las entrevistadas consideran que quienes producen desde las prácticas agroecológicas en la ciudad tienen un mayor nivel de igualdad frente a sus pares. Lo anterior lo relacionan principalmente con el acceso a las mismas oportunidades, la independencia económica y la división de labores domésticas equitativas, como se observa en el siguiente fragmento:

Yo hago la comparación entre una mujer que practica agroecología, cómo maneja su hogar, cómo maneja la relación con sus hijos, su independencia, con su esposo, es totalmente diferente. [...] por esa visión política que tiene la agroecología de reivindicar e incluso magnificar el rol de la mujer, la importancia por ejemplo de ser cuidadora de semillas [...] el hecho de mimar esas semillas, esas plantas, se le da ese valor tan bonito a la mujer. No había pensado en eso, pero me pongo a pensar en las

mujeres que conozco y que hacen agroecología y son totalmente empoderadas [...] tampoco son mujeres con dolor por el hombre, ni amenazantes como en la cultura machista. No, las mujeres agroecólogas que yo conozco tienen un discurso moderado, respetan ese sentido de la diferencia entre el ser hombre y ser mujer.” (Ana, entrevista, 3 de junio de 2020)

Esta percepción de igualdad, aunque tiene ciertas características de un ecofeminismo clásico que enaltece los roles tradicionales de la mujer, establece unas diferencias con las mujeres campesinas tradicionales, donde los roles son mucho más marcados y donde el trabajo productivo y reproductivo es menos reconocido. En este orden de ideas, es posible identificar una representación de *lo agroecológico* con base en la construcción del otro. Esta construcción desde *el otro* es clara en el relato de Ana, para quien “en las familias campesinas sigue manteniéndose ese rol subyugado pero si es en lo agroecológico no, [las mujeres son] muy autónomas, son como unidades de negocios aisladas en su predio...” (Ana, entrevista, 3 de junio de 2020). Uno de los elementos principales de las representaciones es la construcción de significados a partir del *otro* (Hall, 1997) y que conlleva siempre una relación de poder, en este caso *lo agroecológico* es la alternativa por tanto *lo campesino tradicional* es eso con lo que ya no se quiere identificar pues implica un retroceso en la igualdad de género y en la relación con el ambiente.

Por otro lado, los obstáculos a los que hacen referencia se relacionan con aspectos económicos, de acceso a espacios para realizar los mercados, de dificultades con el transporte o de participación en los espacios de toma de decisiones, pero no hay un relacionamiento directo de estos con el género. Donde sí lo mencionan, es en el trabajo con comunidades, pues resaltan que muchas veces han sido rechazadas o ignoradas por campesinos, por el simple hecho de ser mujeres, se da menos valor a su palabra y a su conocimiento. Esto resulta

problemático pues implica un cambio en las representaciones y en los imaginarios donde debe primar el conocimiento o la experticia de una persona en el tema, sin importar su género. Sin embargo, en este caso se demuestra que esos imaginarios que delegan unos roles femeninos y otros masculinos terminan siendo representaciones colectivas, heterogéneas, compartidas y poco cuestionadas dentro de las mismas comunidades. De allí la importancia de realizar procesos de sensibilización de género, algo que valdría la pena profundizar en una futura investigación.

Para finalizar, de acuerdo con las percepciones obtenidas en las entrevistas y las obtenidas en la encuesta, es claro que las respuestas de ambos instrumentos dan cuenta de cómo los espacios agroecológicos promueven relaciones de género más equitativas y solidarias que llevan a transformar ciertas representaciones sociales sobre lo femenino, al tiempo que perpetúan y refuerzan otras. Siendo esto último complejo, ya que es con base en algunos estereotipos que las mujeres se empoderan o tienen mayor independencia económica, como por ejemplo al esencializar el rol de madre y cuidadora es que se reúnen y crean redes de apoyo que les permitirán acceder a espacios públicos de incidencia. En síntesis, no se trata de eliminar y reformular todos los roles que se asumen desde lo femenino y lo masculino en la sociedad, sino de identificar por qué el asumir uno u otro es desigual e inequitativo y buscar la transformación de esas inequidades mediante la distribución equitativa de roles, responsabilidades, y el reconocimiento de las labores que han sido desvalorizadas históricamente.

#### **Análisis del espacio del mercado y de las diferencias con las políticas institucionales como mercados campesinos**

El análisis realizado hasta ahora ha mostrado la configuración de las representaciones sociales de género en los mercados agroecológicos, principalmente, y en espacios domésticos

como las huertas. Este último apartado pretende reflexionar sobre las políticas institucionales locales e internacionales relacionadas con la aplicación de un enfoque de género en programas que apoyan o promueven la agroecología y la soberanía alimentaria en Colombia. El objetivo de esto es observar si desde las instancias de decisión se tienen en cuenta los estereotipos e imaginarios al interior de las comunidades en las que se incide y se busca una transformación hacia espacios más equitativos al interior de los hogares, o si por el contrario no se tiene en cuenta estos elementos y se parte de otros supuestos, pues es allí donde identifiqué los principales obstáculos.

En el ámbito internacional latinoamericano, el Movimiento Agroecológico de América Latina y el Caribe (MAELA) y la Coordinadora Latinoamericana de Organizaciones del Campo (CLOC) han visibilizado la participación de las mujeres en la construcción de la agroecología en América Latina y han buscado adoptar un enfoque de equidad de género como eje de trabajo (Chiappe & Noel, 2014). En este sentido, desde el año 2017 han surgido espacios como la Alianza de Mujeres en Agroecología (AMA-AWA), el Encuentro Latinoamericano de Mujeres Agroecólogas y el Encuentro de Mujeres por la Soberanía Alimentaria y las redes de mujeres agricultoras, profesionales y académicas que se interesan en la agroecología en Latinoamérica.

Por otro lado, en un informe de 2019 sobre soberanía alimentaria la FAO reconoce que las políticas que se han venido implementando en países en vías de desarrollo y subdesarrollados en materia de alimentación han tenido consecuencias negativas, pues no se analizaron las causas estructurales que causaban el hambre y la falta de acceso a recursos, omitiendo aspectos fundamentales como el género y con ello el reconocimiento de las labores e impactos diferenciados de las mujeres como productoras (FAO, 2019). Moreira & Castro

(2017) en un amplio estudio sobre la mujer rural y su rol en la seguridad alimentaria, concluyen que es fundamental, al analizar un sistema productivo, estudiar aspectos como los roles de género, los estereotipos, la división sexual del trabajo, la masculinidad y las brechas de género, entre otros, puesto que estos aspectos permiten analizar su efectividad e impactos. A partir de esto, plantean la necesidad de incorporar una perspectiva de género en todos los programas de alimentación, haciendo referencia a la sobrecarga laboral y el trabajo sobre los roles de género como uno de los temas a trabajar.

En Colombia, en 2017 se creó la Política Pública para la Agricultura Familiar, Campesina y Comunitaria (ACFC), donde se establecen por primera vez lineamientos relacionados con la agroecología, sin embargo, no se ha avanzado en la incorporación de una política pública de agroecología propia. En 2019 se llevó a cabo un Seminario Internacional de Organizaciones Sociales en la Universidad Nacional de Colombia donde se trabajó en la construcción de esta propuesta de política pública y se incluyó la mujer rural como uno de los ejes temáticos teniendo representación de diferentes organizaciones campesinas y de instituciones del Estado. En el año 2020, se creó un programa denominado INÉS (Iniciativa Nacional de Equidad para las Mujeres en Sectores Rurales) el cual hace parte del Pacto por la Equidad para la Mujer Rural lanzado en 2019 por la Vicepresidencia de la República y la Consejería Presidencial para la Equidad de la Mujer. En este programa se establecieron los lineamientos para trabajar sobre los estereotipos y prejuicios de género así como sobre las masculinidades no violentas y responsables al interior de las comunidades y los hogares rurales. Si bien este programa no diferencia a la agroecología, el incorporar estas temáticas en las políticas hacia la mujer rural indica el reconocimiento de obstáculos estructurales relacionados con los estereotipos e imaginarios.

Desde lo local, en Bogotá hay una Red de Mercados Agroecológicos que funciona desde 2016 y en sus principios hace mención sobre la inclusión y la diversidad, pero no profundiza o detalla algún enfoque o perspectiva de género. Institucionalmente, el Distrito trabaja con Mercados Campesinos, uno de los proyectos dirigidos al reconocimiento de la economía campesina y la seguridad alimentaria, que surge en el 2004 como parte del Plan Maestro de Abastecimiento de Alimentos y Seguridad Alimentaria de Bogotá impulsado por el exalcalde Antanas Mockus y continuado por Luis Eduardo Garzón bajo su programa Bogotá sin Hambre. El objetivo de este programa era comercializar alimentos de la economía campesina de varios municipios de Cundinamarca, Boyacá, Tolima, Meta, Huila, Santander, Casanare y Guaviare en Bogotá. Dentro de las instituciones que lo lideraban estaban ALCAMPO y el Comité de Interlocución Campesino Comunal (CICC). De acuerdo con el análisis realizado del programa entre los años 2011-2013<sup>23</sup>, este cuenta con un enfoque de género.

En contraste con la mayor presencia de mujeres en Mercados Campesinos, al analizar los hogares según el sexo del jefe del hogar, se encuentra que el 66% manifestaron que el jefe del hogar es hombre y el 34% que era mujer (Parrado, 2013, p.13)

En este sentido, si bien el programa ha generado una mayor participación de las mujeres a nivel de la comercialización y la producción, aún quedan otros aspectos a revisar. Por ejemplo, los roles de mujeres y hombres en el desarrollo rural continúan mayoritariamente separando lo doméstico, lo productivo y lo comercial para las mujeres y lo político y el

---

<sup>23</sup> Parrado, Alvaro (2013) Cuadernos de Mercados Campesinos. Cuaderno No.1 Caracterización del proceso Mercados Campesinos en la Región Central de Colombia (período 2011-2012). Universidad Nacional de Colombia. Facultad de Ciencias Agrarias. Recuperado de: <https://es.scribd.com/document/238011793/Cuaderno-Numero-1-de-Mercados-Campesinos>

trabajo productivo a mayor escala para los hombres. Es importante revisar todos los aspectos que puedan involucrarse para la disminución en las brechas de inequidad y desigualdad de género desde una mirada multidimensional e interseccional.

En general, tanto los programas institucionales como las iniciativas privadas y comunitarias relacionadas con la agroecología urbana no registran lineamientos claros relacionados con la equidad de género. Algunas de las razones pueden estar ligadas a la reciente creación de estos mercados (no más de 10 años) y al enfoque de comercialización que tienen. Los programas rurales relacionados con la agroecología tienen elementos más claros sobre la necesidad de una perspectiva de género que incluya la transformación de los estereotipos de género que obstaculizan la igualdad de oportunidades y mantienen a las mujeres en el espacio doméstico y de cuidado sin valorarlo. En este sentido, es importante revisar e incluir dentro de una posible política pública de agroecología el papel de la mujer urbana y periurbana en la producción y comercialización de productos agroecológicos.

## Conclusiones

La observación, el acercamiento y el interés por comprender e indagar en dos temas que configuran las relaciones que tejemos entre humanos y con el entorno fueron mi principal motivación para desarrollar la investigación. El alimento y el género como categorías que definen las formas en que nos acercamos y habitamos el territorio me llevaron a participar como consumidora frecuente en diferentes mercados campesinos y agroecológicos de la ciudad de Bogotá. Siendo observadora y consumidora de estos productos y con algunas preguntas que me surgían como investigadora social, me acerqué al Mercado Agroecológico de la Universidad del Rosario donde me uní al Semillero de Acción Política del Bienestar apoyando la gestión logística para realizar cada mes un mercado.

Este acercamiento me permitió conocer y conversar con varias productoras y comercializadoras de los mercados. De estas charlas y observaciones surge mi interés en la agroecología y en las representaciones de género que se configuraban al interior de los mercados, los encuentros, las huertas y los hogares de las personas que se identificaban como parte del movimiento y las prácticas agroecológicas. Al constituirse como un movimiento/ciencia/disciplina alternativa al régimen agroalimentario dominante, era posible indagar si dentro de la agroecología se estaban cuestionando otros sistemas dominantes, no en la misma medida pero al menos como parte de sus luchas y reivindicaciones. En este sentido, me pregunté ¿de qué manera se configuran las representaciones sociales de género en las mujeres comercializadoras del Mercado Agroecológico de la Universidad del Rosario?

Si bien dentro de los mercados agroecológicos participan hombres y mujeres, estas últimas en un porcentaje mayor, entre un 60 y 70% aproximadamente, mi pregunta iba enfocada en la población femenina pues pretendía indagar en las razones de esa mayor participación y en

los significados, prácticas y percepciones que han relacionado las labores de cuidado de la tierra, de producción y reproducción como tareas femeninas. Para esto, era necesario analizar a profundidad algunas trayectorias de vida de las mujeres que participan en estos mercados, pero que además tuvieran la característica de llevar un tiempo mínimo de 2 años de participación en el mercado y lideraran o hubieran liderado procesos o proyectos agroecológicos comunitarios. En este orden de ideas, desarrollé una metodología cualitativa, principalmente entrevistas a profundidad, conversaciones informales y observación participante, con un instrumento cuantitativo; una encuesta que incluyó a 20 productores y comercializadores, hombres y mujeres, con el fin de contrastar los datos de las entrevistas con un panorama general de las representaciones sociales en el Mercado Agroecológico.

El primer capítulo de esta investigación constituye el abordaje teórico de las categorías principales; representaciones sociales, género y agroecología. Las representaciones sociales las entiendo a partir de algunos enfoques provenientes de la psicología social, la sociología y los estudios culturales. Me centro en Durkheim (1895) y Moscovici (1961) para la definición de representaciones sociales como un conjunto de valores, símbolos, prácticas y significados comunes, heterogéneos y permeados por la individualidad, y en Hall (1997) para observar cómo se genera la construcción de las representaciones sociales desde los conceptos de otredad y de estereotipo. Para el concepto de género parto de la utilización de este como categoría social desde Scott (1996) y desde la problematización que realiza Lamas (1994) y Viveros (1996) para entender al género desde la interseccionalidad y las relaciones de dominación en un sistema patriarcal. Por último, desarrollo el concepto de agroecología desde Altieri (1996) y Altieri y Toledo (2011) quienes hacen una revisión que agrupa las diferentes definiciones que se le han dado a la agroecología, entendiéndola en tanto ciencia

y en tanto propuesta alternativa y transdisciplinar de prácticas agroalimentarias. A lo largo del texto reflexiono alrededor de otros conceptos esenciales como la soberanía alimentaria y el ecofeminismo, los cuales me permitieron situar la información dentro de categorías que ya se han definido.

El ecofeminismo fue útil para la comprensión de las representaciones sociales de género en la agroecología en tanto entiende las relaciones sociales desde la afectación ecosistémica y el cuestionamiento a la economía de mercado consumista, coincidiendo con la agroecología en la importancia de una transformación social que ponga el cuidado, la vida y la dignidad como la base de la sociedad. Además, le aporta la visión feminista a la agroecología al criticar las desigualdades y opresiones de género, raza, etnia, clase, etc. que son invisibilizadas en muchos movimientos y organizaciones rurales y que perpetúan la división sexual del trabajo inequitativa. Me centro en el ecofeminismo constructivista teniendo en cuenta los aportes que brinda desde el abordaje de la explotación a la naturaleza y a la mujer como cuestiones históricas y culturales ligadas a un sistema patriarcal y capitalista y planteo las críticas que se le han hecho en tanto la dificultad de entenderlo desde las mujeres en los territorios pues sus luchas suelen reivindicarse, en muchos casos, desde el esencialismo y la identificación de la mujer como un ser maternal y cuidador por naturaleza.

Por otro lado, un análisis interseccional fue clave para identificar cómo las diferencias que tienen las mujeres que hacen agroecología en un contexto urbano (de clase, de acceso a niveles educativos, de edad y de origen rural o urbano) determinan su incidencia en los espacios de decisión, su conocimiento y apropiación del discurso agroecológico, su participación en proyectos comunitarios como huertas, la migración a la ruralidad para desarrollar organizaciones o colectivos agroecológicos y sus percepciones sobre la igualdad

de género. Las representaciones sociales de género no pueden ser entendidas solo desde allí, pues si no se observan los demás factores y categorías sistémicas que atraviesan las experiencias de vida se quedan por fuera elementos como la clase y la etnicidad que determinan cultural y colectivamente estereotipos e imaginarios de género.

En este sentido, no es igual la percepción de igualdad de género que tiene una mujer que ha migrado a la ciudad, no tuvo acceso a educación superior y llegó a la agroecología por procesos barriales de apropiación del territorio desde la agricultura, a una mujer que nace en la ciudad, tiene acceso a educación superior y decide migrar al campo. Hay puntos en común frente a las posiciones políticas sobre la agroecología como los derechos y la autonomía de los pueblos, la soberanía alimentaria y la relación humano-ecosistema, así como sobre los imaginarios que llevan a que las mujeres se relacionen con la naturaleza y la tierra desde un rol específico. Sin embargo, los estereotipos y prácticas relacionados con las labores de cuidado, de reproducción y producción cambian; las diferencias intergeneracionales también inciden en estos imaginarios, en las mujeres jóvenes es más clara la importancia de obtener una igualdad de género y la dificultad de conseguirla en ciertos espacios, mientras que para las mujeres adultas hay más estereotipos y las percepciones de igualdad son difusas entre lo colectivo y lo cotidiano.

Ahora bien, en los siguientes dos capítulos me refiero en primer lugar al análisis de los mercados agroecológicos y la caracterización de las mujeres que fueron entrevistadas y, en segundo lugar, a los resultados obtenidos tras la sistematización de los datos y a las políticas institucionales relacionadas con la agroecología y el enfoque de género. En cuanto al capítulo dos, uno de los principales hallazgos fue la identificación de los mercados agroecológicos como espacios públicos y mercantilizados, pero que tienen un enfoque en economía solidaria,

el cual permite acercar el sentido de comunidad al espacio urbano, aproximar la relación consumidor - productor y llevar el cuidado del entorno y del otro a lo público. Esto último, se logra cuando las labores relacionadas con el alimento por parte de las productoras y comercializadoras de estos mercados, que son actividades de producción que realizan en sus hogares, pasan a ser labores remuneradas y que cobran valor simbólico y económico al instaurarse en el espacio público mediante los productos que ellas mismas venden. En este sentido, en la medida en que obtienen mayores ingresos, además de ser un espacio de socialización, encuentro y apoyo colectivo, se reconfigura la división sexual del trabajo y algunos estereotipos de género.

Sobre la caracterización de las mujeres que hicieron parte de la investigación, uno de los principales hallazgos corresponde a la importancia que toma la historia familiar campesina de cada una de ellas en el proyecto de vida que llevan actualmente. Todas tienen un interés en el trabajo con la tierra relacionado con un recuerdo del campo que viene de la familia, ya sea porque nacieron allí y migraron a la ciudad o porque nacieron en la ciudad pero su padre y/o madre fueron campesinos y les dejaron un conocimiento y un conjunto de representaciones y prácticas sobre las cuales les interesa retornar. Los mercados agroecológicos que se realizan en la ciudad y los procesos comunitarios que llevan a cabo estas mujeres buscan reivindicar espacios urbanos desde significados y prácticas agroecológicas que aboguen por la soberanía alimentaria y acerquen a los consumidores al campo mediante el relato del alimento o el producto que comercializan.

La población que trabaja y comercializa en mercados agroecológicos es poca frente a quienes comercializan en mercados campesinos y en plazas de mercado. Desde la muestra con la que realicé la investigación evidenció que algunas personas participan de ambos espacios de

mercados por lo que una caracterización de solo los productores y comercializadores de productos agroecológicos a nivel urbano o departamental sería compleja. Sin embargo, valdría la pena un análisis de la población que participa en ambos escenarios ya que permitiría enfocar y fortalecer políticas públicas dirigidas a transiciones agroecológicas desde lo urbano. Adicionalmente, un enfoque de género aplicado a una política pública de la agroecología, como la que se propuso desde el 2019, sería eficaz y lograría una gran incidencia si se piensa y ejecuta desde la complejidad e interseccionalidad que plantea la agroecología en relación con los ecosistemas, los sistemas de comercialización y las formas de producción.

El fenómeno de la neorruralidad fue otro de los hallazgos resultantes de la caracterización de las mujeres comercializadoras jóvenes que accedieron a educación superior. Los imaginarios frente al campo y a la vida rural inciden en el interés o deseo de retornar o vivir en el campo (Méndez, 2012), que en el caso de estas mujeres está atravesado por el discurso agroecológico y la posibilidad de una vida más sostenible en relación con la afectación al ecosistema y al territorio. Este fenómeno resulta complejo en tanto las relaciones de poder que pueden llegar a darse tanto en los mercados agroecológicos en las ciudades como en los territorios donde migran mujeres urbanas puede llevar a la invisibilización de las experiencias de mujeres campesinas que también participan de espacios agroecológicos o que han llevado a cabo procesos comunitarios rurales de resistencia y reivindicación frente al sistema y las políticas agroalimentarias en los territorios rurales.

Desde lo que pude observar en esta investigación, los productores/as agroecológicas urbanos y neorrurales son la mayoría de quienes comercializan en los mercados estudiados, sobre todo en el Mercado Agroecológico de la Universidad del Rosario, siendo muy pocas las

mujeres campesinas de las zonas rurales de la ciudad y de sus cercanías que comercializan. En cuanto a las comercializadoras que han migrado a las zonas rurales, no es posible observar si han generado relaciones de poder desiguales al interior de las redes o mercados, por el contrario, puede observarse que han generado transformaciones positivas ligadas a la adopción de valores socioambientales y agroecológicos en los encuentros de redes. Sin embargo, esto podría suceder con el surgimiento de más pobladores de este tipo en la ruralidad.

En cuanto al análisis de los resultados, el capítulo tres, pude observar que hay unas representaciones dominantes sobre el trabajo de cuidado y reproducción hacia las mujeres. Encontré que las tareas domésticas como cocinar y limpiar la casa están siendo distribuidas de forma más equitativa entre hombres y mujeres, salvo lavar que sigue siendo una tarea mayormente desarrollada por las mujeres. Sin embargo, el cuidar a los hijos/as continúa siendo una labor mayormente femenina. De igual forma, tareas como pintar o arreglar cosas continúa siendo una labor mayormente masculina. Ahora, sobre las labores en la producción, las relacionadas con las huertas son realizadas por mujeres principalmente al igual que la comercialización. Tanto en el hogar como en la producción, la mayoría de la tareas son realizadas por ambos géneros pertenecientes al hogar, en segundo lugar por mujeres y por último solo hombres.

En este sentido, las representaciones sociales relacionadas con las prácticas cotidianas dan cuenta de que en las familias donde al menos un miembro practica la agroecología hay una distribución más equitativa de las labores domésticas respecto a las cifras nacionales y los centros poblados y zonas rurales dispersas. Este dato puede cambiar si es la mujer la única

persona que practica la agroecología y si además es madre cabeza de familia, lo cual es un caso recurrente en al menos un 50% de las mujeres encuestadas.

En cuanto a las representaciones sociales dominantes en los discursos, hay una creencia común a que hombres y mujeres tienen las mismas capacidades para acceder a espacios de toma de decisión, pero no las mismas oportunidades para entrar a ellos. Entre las personas que se encuentran en espacios de comercialización de productos orgánicos o agroecológicos, y dentro de la economía solidaria, hay una mayor percepción de igualdad de género en lo que respecta a espacios de participación como los mercados, sin embargo, los estereotipos de género como, por ejemplo, los que refuerzan que la mujer maneja mejor el dinero pues piensa en su familia, son aún marcados en la población, son parte esencial de los discursos y por tanto de la toma de decisiones en los hogares y organizaciones.

Es evidente dentro de las percepciones de igualdad que hay mayores cargas para las mujeres, sin embargo, desde su discurso las asumen argumentando que es así como funciona la sociedad, es decir, legitimando y respondiendo a la representación social según la cual esas cargas corresponden a las mujeres sin llegar a cuestionarlas aunque en sus acciones puedan estar cambiándolas. En este sentido, si bien hay apertura a espacios públicos para las mujeres que trabajan desde la agroecología, los roles que asumían las familias antes de pertenecer o vincularse a estos espacios, así como los de las poblaciones con las que trabajan y se relacionan imposibilitan avanzar hacia una mayor igualdad.

Los cambios en las representaciones apenas están surgiendo y estos no se perciben en todas las mujeres que tienen prácticas agroecológicas. La historia familiar hace parte de una cultura, que en este caso es rural y machista, las percepciones si bien cambian en el tiempo,

lo hacen de forma lenta y paulatina, donde se conservan ciertos imaginarios y se deconstruyen otros. Por tanto, es fundamental revisar una mayor población que incluya hombres y ampliar la investigación al contexto rural donde las dinámicas pueden variar. Incluso, aportaría mucho hacer un contraste entre familias que realizan agroecología y familias campesinas tradicionales.

Las prácticas agroecológicas inciden en una distribución más equitativa de las labores pues hay una reflexión desde el discurso sobre relaciones más armónicas y sostenibles con el medio ambiente, lo que puede implicar que esto se traslade al hogar y a las relaciones de género. Sin embargo, estas percepciones también cambian por factores como la diferencia intergeneracional y aspectos socioeconómicos, familiares y de clase. En el caso de esta investigación se observa que las mujeres jóvenes son más conscientes de las desigualdades de género en los espacios privados y en representaciones sobre los roles y estereotipos de género, mientras que las mujeres adultas se centran en la independencia económica y el acceso a participar en espacios públicos.

Desde las prácticas y el discurso agroecológico, se encontraron algunos imaginarios y estereotipos de género que cuestionan los roles de género, pero acentúan ciertos roles patriarcales. En general, entre las mujeres entrevistadas hay una representación de la mujer cuidadora que siempre piensa en su familia y por tanto cuida y toma decisiones, desde lo productivo hasta lo económico, basadas en otros y no en su individualidad. Este imaginario se relaciona con el segundo; el rol esencialista que une a la mujer y a la naturaleza y que por tanto encasilla algunas prácticas como el trabajo con la tierra, especialmente en la huerta familiar o la chagra, como algo que deben realizar las mujeres. Lo anterior, se refleja en el

tercer imaginario; el papel esencial que tienen las mujeres en la soberanía alimentaria como garantes del alimento de sus familias y comunidades.

El imaginario de la mujer cuidadora resulta complejo ya que, al igual que en un estudio realizado en la Amazonía brasileña sobre el trabajo de las mujeres campesinas en proyectos agroecológicos, en mis hallazgos encuentro que “las mujeres se empoderan reafirmando su rol exclusivo y no compartido de cuidadoras y sostenedoras de la vida humana” (García, Soler & Sabuco. 2014; 190) con la característica de que en el caso que estudio se genera un valor económico y un reconocimiento. En este sentido, sí hay un empoderamiento y por tanto una mayor percepción de igualdad, pero a la vez se mantienen las representaciones sociales de género de lo reproductivo y el cuidado como algo prioritariamente femenino. Lo anterior, me lleva a reconocer que mi interés en una reflexión analítica profunda sobre el género en un contexto urbano con prácticas rurales implica una valoración del espacio doméstico y de las labores de cuidado como actividades y lugares igualmente valorados en todos los ámbitos de una sociedad, lo cual resulta en una posibilidad más cercana que lograr un cambio en la división sexual del trabajo para reducir las desigualdades e inequidades de género.

Sobre el segundo imaginario, el ecofeminismo esencialista es complejo pues es el más presente en comunidades campesinas pero perpetúa los roles de cuidado y las labores domésticas al considerarlas algo natural. Considero que las miradas esencialistas del ecofeminismo clásico deben transformarse mediante un trabajo comunitario y educativo que involucre el diálogo de saberes sobre las condiciones y estructuras socioeconómicas que han acercado a las mujeres a la naturaleza y que se soportan en un sistema patriarcal de explotación y consumo.

En este orden de ideas, la participación en proyectos agroecológicos puede potenciar cambios en las relaciones de género más igualitarias y en la valoración del trabajo productivo de las mujeres, pero no subvierte estructuras androcéntricas de poder; el cuidado es concebido naturalmente como una vocación de la madre solo por el hecho de parir. Por tanto, se cae en el ecofeminismo esencialista de la relación entre femenino-naturaleza y masculino-cultura, que naturaliza la subordinación y perpetúa las concepciones dualistas jerárquicas de comprender el mundo. Tener claras estos puntos de reflexión en torno al cuidado resulta necesario e importante para futuros análisis sobre escenarios, como la producción y comercialización agroecológica, que impliquen un análisis de las representaciones, roles o prácticas y su posible incidencia en la formulación y ejecución de programas y políticas.

Así como analicé algunas representaciones dominantes que mantienen algunos roles de género dentro del sistema binario y la división sexual del trabajo dentro de las prácticas agroecológicas, encuentro algunas categorías transversales que están generando transformaciones en los estereotipos de género; el empoderamiento y el liderazgo, la independencia económica y el reconocimiento de la economía del cuidado en el espacio público. Sobre el empoderamiento económico y el liderazgo en los espacios comunitarios, relacionados con la soberanía alimentaria y representados en las huertas, encontré que estos impulsan a una mayor participación en espacios de toma de decisión y en independencia y autonomía para algunas mujeres. Sin embargo, puesto que muchas de las mujeres que participan en los mercados son cabezas de hogar, hay una sobrecarga de labores en tanto su rol de cuidadoras continúa, pero ahora asumen roles en el espacio público tanto en sus trabajos en los mercados, como en los espacios de toma de decisiones en las redes.

La agroecología además de proporcionarles un espacio en el mercado para comercializar sus productos les ha permitido construir identidad a partir de unas formas de actuar y de relacionarse con el entorno, y tejer relaciones sociales en los mercados, huertas, reuniones y encuentros de redes. Al ser más que un espacio para comercializar, los mercados y las huertas agroecológicas comunitarias favorecen el empoderamiento y el liderazgo de las mujeres pues les proporcionan un ingreso y control sobre este y espacios de diálogo que aumentan su autoestima y valoran el trabajo reproductivo y productivo. Adicionalmente, la independencia que tienen las mujeres al poder comercializar y recibir una retribución económica por sus productos implica un avance en la igualdad. En condiciones socioeconómicas con altos niveles de desempleo que se acrecientan en población migrante en las periferias urbanas, la necesidad económica es uno de los motivos que lleva a varias mujeres a producir, comercializar y luego a conocer la agroecología.

El discurso agroecológico relacionado con conceptos como lo limpio, lo orgánico, lo sustentable, entre otros, corresponden a representaciones que clasifican un fenómeno y permiten diferenciarlo de otro. En este caso, ese otro corresponde al sistema dominante alimentario. En este sentido, si bien la investigación recoge las características principales de la agroecología y los sustentos científicos y teóricos sobre las fallas del modelo alimentario basado en la Revolución Verde, carece de críticas provenientes del trabajo de campo, pues es posible que se presente una idealización del discurso agroecológico arraigado a sus posturas política, social y ambientalmente sostenibles. Puesto que el objetivo de la investigación estaba centrado en las representaciones sociales de género que surgen a raíz de la apropiación de este discurso, no abarqué las críticas mencionadas. Sin embargo, para un

análisis comparativo entre cómo diferentes modelos alimentarios se ven atravesados por el género y demás categorías sistémicas, es necesario un análisis que contenga tales críticas.

Las representaciones sociales de género están cambiando hacia significados y valores que se traducen en prácticas y discursos más igualitarios. En el contexto rural, debido a las configuraciones de trabajo productivo y su relación con el funcionamiento de la vida en comunidad así como los prejuicios y estereotipos que se arraigan a las culturas, el cambio es más lento. Sin embargo, la construcción de otras formas posibles de (co) habitar el mundo de maneras más solidarias y sustentables, como las que plantea la agroecología, llevan a cuestionar relaciones de dominación y opresión. El etnocentrismo, el antropocentrismo y el colonialismo son sesgos que, al igual que la visión androcéntrica y patriarcal, hacen parte de las representaciones sociales de las sociedades occidentales y que por tanto se han naturalizado culturalmente. El poder nombrarlas implica un reconocimiento y un cuestionamiento, pero para transformarlas es necesario un trabajo continuo y constante por parte de quienes apuestan e inciden en esos otros posibles.

En el caso del sistema agroalimentario, lograr poner la ética del cuidado por encima de los intereses económicos implica cambiar los discursos que ven al alimento como una mercancía y a la tierra como un recurso infinito para explotar, pero también implica cambiar las concepciones del cuidado como algo subvalorado y gratuito que si bien sostiene la vida y el trabajo productivo debe ser realizado por las mujeres en razón de un argumento biológico o que corresponde a su naturaleza, desligando la responsabilidad de los hombres y la sociedad y recargando a las mujeres. La agroecología tiene que implicar un cuestionamiento por la jerarquización en torno a género, pues es un medio que favorece estos cambios, involucrando un sentido colaborativo, responsabilidad con el medio ambiente y con las personas que lo

cuidan y lo trabajan. Por esto, su postura política sobre el cuidado y la sostenibilidad también implica cambios dentro de las estructuras hegemónicas y dominantes como lo es el patriarcado.

### Referencias bibliográficas

- Abric, J.C. (2001) Las representaciones sociales: aspectos teóricos. En Jean-Claude Abric, *Prácticas sociales y representaciones*. México D.F.: Ediciones Coyoacán.
- Abric, Jean-Claude. (2001a). “Introducción”. En Jean-Claude Abric (Ed.), *Prácticas sociales y representaciones* (pp. 7–10). México: Ediciones Coyoacán.
- Acevedo, A. (2011) *Escuelas de agroecología en Colombia. La construcción del conocimiento agroecológico en manos campesinas*. Bogotá: Corporación Ecofondo Escuela Nacional Ambiental.
- Acevedo, A. & Jiménez, N. (comps). (2019) *Agroecología. Experiencias comunitarias para la agricultura familiar en Colombia*. Bogotá: Corporación Universitaria Minuto de Dios- Uniminuto; Editorial Universidad del Rosario
- Agricultura Familiar, Campesina y Comunitaria (2019) *Memorias del Seminario sobre Políticas Públicas para la agroecología en Colombia*. Recuperado de: <https://agriculturafamiliar.co/memorias-del-seminario-sobre-politicas-publicas-para-la-agroecologia-en-colombia/>
- Alianza para la Paz (2020) Proyecto: Iniciativa Nacional de Equidad para las Mujeres en Sectores Rurales, INÉS. Recuperado de: <https://alianzaparalapaz.org/proyectos/proyecto-iniciativa-nacional-de-equidad-para-las-mujeres-en-sectores-rurales-ines/>
- Altieri, M. (1993) *Agroecología: bases científicas de la agricultura sostenible*. CEPAL. Valparaíso, Chile.
- \_\_\_\_\_ (2002) “Agroecology: the science of natural resource management for poor farmers in marginal environments”, *Agriculture, Ecosystems and Environment*, 93, 1-24.
- Altieri, M. & Toledo, V. (2011) La revolución agroecológica en América Latina: rescatar la naturaleza, asegurar la soberanía alimentaria y empoderar a los campesinos. *The Journal of peasants studies*, 38(3), 587-612
- Araya, (2002) *Las representaciones sociales: ejes teóricos para su discusión*. Cuaderno de Ciencias Sociales 127. FLACSO.
- Arruda, A. (2002) *Teoría de las representaciones sociales y teorías de género en Investigación feminista, epistemología, metodología y representaciones sociales*. Blazque, N., Flores, F. & Ríos, M. Universidad Nacional Autónoma de México. pp. 317-337

- Banchs, M. A. (s.f.) *Representaciones sociales del género en el discurso político, el discurso práctico y el discurso académico*. Revista Akademos, II, 1, 59-76-
- Berger, P. & Luckmann, T. (1991) *La construcción social de la realidad*. Amorrortu editores.
- Brudel dos Santos, T. (2008) *Representaciones sociales de género: un estudio psicosocial acerca de lo masculino y lo femenino*. Tesis doctoral
- Canaval, G. (1999). Propiedades psicométricas de una escala para medir percepción del empoderamiento comunitario en mujeres. Colombia Médica; 30(2), 69-73.
- Caro Molina, P. (2017). Desigualdad y transgresión en mujeres rurales chilenas: Lecturas desde la interseccionalidad, género y feminismo. *Psicoperspectivas*, 16(2), 125-137. <https://dx.doi.org/10.5027/psicoperspectivas-vol16-issue2-fulltext-1050>
- Casique C., L. (2010). Factores de empoderamiento y protección de las mujeres contra la violencia. Revista Mexicana de Sociología; 72(1), 37-71.
- Chaparro, A. (2014) Sostenibilidad de la economía campesina en el proceso mercados campesinos, Colombia. Tesis de doctorado, Universidad de Córdoba, España.
- Chartier, R. (2002) El mundo como representación. Barcelona: Gedisa
- CLOC (2020) La agroecología un enfoque feminista clave en la lucha de las mujeres. Coordinadora Latinoamericana de organizaciones del campo. Publicado 07 de abril de 2020. Recuperado de: <https://cloc-viacampesina.net/la-agroecologia-un-enfoque-feminista-clave-en-la-lucha-de-las-mujeres>
- Constanzo, M. & Saralegui, P. (2019) La agroecología urbana: el consumo entre lo híbrido y el acto político. Cuaderno de Investigación Urbanística n° 124. Mayo/junio 2019.
- CLOC-Vía Campesina (2020) Consultado en: <https://cloc-viacampesina.net/que-es-la-cloc-via-campesina/>
- Crenshaw, K. W. (1994). Mapping the margins: Intersectionality, identity politics, and violence against women of color. En F. Albertson y R. Mykitiuk (Eds.) *The public nature of private violence*. (pp. 93-118). Nueva York: Routledge.
- DANE (2016) Estadísticas por tema agropecuario. DANE. Recuperado de: Departamento Nacional de Planeación DNP. (2015) *Plan Nacional de Desarrollo 2014-2018. Todos por un nuevo país. Paz, equidad, educación*. Bogotá: DNP
- \_\_\_\_\_ (2020) Participación de las mujeres colombianas en el mercado laboral. Comisión legal para la equidad de la mujer. Encontrado en: <https://www.dane.gov.co/files/investigaciones/genero/informes/Informe-participacion-mujer-mercado-laboral.pdf>

- \_\_\_\_\_ (2020a) Mercado Laboral según Sexo. Trimestre octubre-diciembre 2020. Boletín Técnico Gran Encuesta Integrada de Hogares. Recuperado de: [https://www.dane.gov.co/files/investigaciones/boletines/ech/ech\\_genero/bol\\_ejesexo\\_oct20\\_dic20.pdf](https://www.dane.gov.co/files/investigaciones/boletines/ech/ech_genero/bol_ejesexo_oct20_dic20.pdf)
- \_\_\_\_\_ (2020b) Cuenta Satélite Economía del Cuidado. Recuperado de: <https://www.dane.gov.co/index.php/estadisticas-por-tema/cuentas-nacionales/cuentas-satelite/cuentas-economicas-cuenta-satelite-economia-del-cuidado>
- \_\_\_\_\_ (2020c) Encuesta Nacional de Uso del Tiempo Recuperado de: <https://www.dane.gov.co/index.php/estadisticas-por-tema-2/pobreza-y-condiciones-de-vida/encuesta-nacional-del-uso-del-tiempo-enut#informacion-2016-2017>
- \_\_\_\_\_ (2021). *Comunicado de prensa. Pobreza monetaria. Año 2020*. Bogotá
- \_\_\_\_\_ (2021). *Encuesta Pulso Social. Resultados séptima ronda*. Bogotá
- Davis, A. (2004). *Mujeres, raza y clase*. Madrid: Akal. de Estudios Sociales–Escuela de Estudios de Género–Universidad Nacional de Colombia– Tercer Mundo.
- Dejusticia (2019) Madrid, M. #Llevoelcampo: Cuatro historias detrás de los mercados campesinos de Bogotá. Dejusticia. Recuperado de: <https://www.dejusticia.org/llevoelcampo-cuatro-historias-detras-de-los-mercados-campesinos-de-bogota/>
- Departamento Administrativo Nacional de Estadísticas, DANE. (2005). *Censo general a nivel nacional 2005*. Bogotá: DANE
- Díaz Susa, Dora (2002) Situación de la mujer rural colombiana. Perspectiva de género. *Cuadernos Tierra y Justicia*. N°. 9. ILSA, Ediciones Antropos, Bogotá, D.C., 2002, 54 Págs. Recuperado de: <http://www.humanas.unal.edu.co/2017/docentes/dora-isabel-diaz-susa/perfil>
- Durkheim, E. (2002 [1895]). *Las reglas del método sociológico*. Madrid: Editorial Biblioteca Nueva.
- FAO (S.F.) [http://www.fao.org/unfao/bodies/COAG/COAG15/X0076S.htm#P124\\_11356](http://www.fao.org/unfao/bodies/COAG/COAG15/X0076S.htm#P124_11356)
- \_\_\_\_\_ (2014) *Ciudades más verdes en América Latina y el Caribe*.
- \_\_\_\_\_ (2007) Profitability and sustainability of urban and peri-urban agricultura. Agricultural management, marketing and finance occasional paper-, n.19. FAO, Roma.
- \_\_\_\_\_ (2001) Urban and peri-urban agricultura. A briefing guide for the succesful implementation of urban and periurban agricultura in developing countries of

transition. Recuperado de:  
[http://www.fao.org/fileadmin/templates/FCIT/PDF/briefing\\_guide.pdf](http://www.fao.org/fileadmin/templates/FCIT/PDF/briefing_guide.pdf)

\_\_\_\_\_ (2018). ONU: Las mujeres indígenas son 'guardianas de las semillas' en América Latina en la lucha contra el hambre. Recuperado de: <http://www.fao.org/in-action/agronoticias/detail/es/c/1099634/>

\_\_\_\_\_ (2019) El Enfoque de género. Recuperado de:  
<http://www.fao.org/3/x2919s/x2919s04.htm>

\_\_\_\_\_ (2021) FAO se suma INÉS, la estrategia del Gobierno para la reactivación económica de las mujeres rurales. Publicado 15 de enero de 2021. Recuperado de:  
<http://www.fao.org/colombia/noticias/detail-events/en/c/1374954/>

FIBL, IFOAM (2014) *The World of Organic Agriculture. Statistics and Emerging Trends 2014*. Rheinbreitbach: FIBL, IFOAM.

Galeano, A. (2007) *Estado actual y retos de la agroecología en el contexto de la política agraria colombiana*. Congreso Científico Latinoamericano de Agroecología (pp.1-31). Rionegro: Social y Universidad de Antioquia

Gallardo, N. (2007). La agroecología desde las huertas escolares urbanas. Tesis de maestría. Universidad Internacional de Andalucía. Recuperado de: [https://www.osala-agroecologia.org/IMG/pdf/Nela\\_Lena\\_Gallardo\\_Araya.pdf](https://www.osala-agroecologia.org/IMG/pdf/Nela_Lena_Gallardo_Araya.pdf)

García, T. (2002) La agroecología: ciencia, enfoque y plataforma para su desarrollo rural sostenible y humano. *Revista Agroecología*. Ed Lav, junio.

Gargallo, F. (2014) *Feminismos desde Abya Yala*. México

Gil, F. (2009) Estado y procesos políticos: Sexualidad e interseccionalidad.

Guber, R. (2004) El salvaje metropolitano. Reconstrucción del conocimiento social en el trabajo de campo. Editorial Paidós. Buenos Aires, Argentina.

Guzmán, G., González de Molina, M. & Sevilla (2000) Introducción a la agroecología como desarrollo rural sostenible. Madrid: Mundi-Prensa.

Hall, S. (1997) The spectacle of the other En Stuart Hall. *Representation: Cultural Representations and Signifying Practices*. Londres: Sage Publications.

Harding, S. (1998) ¿Existe un método feminista? Feminismo y metodología. Indianapolis, Indiana University.

- HARTMAN, H (1994). "Capitalismo, Patriarcado y Segregación de los empleos por sexo" [1976], In: BORDERÍAS, C; CARRASCO, C & ALEMANY, C (Comp.) (1994). *Op. cit.*, pp. 256-257-266-267
- Haswell, M., Kavanagh, D., Tsey, K. Reilly, L., Cadet-James, Y., Laliberte, A., Wilson, A. y Doran, C. (2010). Psychometric validation of the Growth and Empowerment Measure (gem) applied with Indigenous Australians. *Australian and New Zealand Journal of Psychiatry*, 44, 791-799.
- Hortera, D., Vázquez, D., Rodríguez, N., Martínez, M. y Velázquez, M. (2013). Organización comunitaria de mujeres: del empoderamiento al éxito del desarrollo rural sustentable. *La Ventana*, 37, 262-288.
- IAASTD (2009). *Agriculture at a Crossroads. International Assessment of Agricultural Knowledge, Science and Technology for Development, Sub-Saharan Africa (SSA) Report.* ISBN 978-1-59726-538-6. [http://www.fao.org/fileadmin/templates/est/Investment/Agriculture\\_at\\_a\\_Crossroads\\_Global\\_Report\\_IAASTD.pdf](http://www.fao.org/fileadmin/templates/est/Investment/Agriculture_at_a_Crossroads_Global_Report_IAASTD.pdf).
- Jodelet, D. (1986) *La representación social: fenómenos, conceptos y teoría.* En Moscovici, S. *Psicología social II. Pensamiento y vida social.* Barcelona, Buenos Aires, México, Paidós.
- Junta Ejecutiva de la Entidad de las Naciones Unidas para la Igualdad entre los Géneros y el Empoderamiento de la Mujer (2011). *Plan estratégico de la Entidad de las Naciones Unidas para la Igualdad entre los Géneros y el Empoderamiento de las Mujeres 2011-2013.* Nueva York: onu Mujeres.
- Lagarde, M. (1996) *Género y Feminismo, desarrollo humano y democracia.* Madrid: Horas y horas.
- Lamas, M. (1994) *Acerca del concepto género (ponencia presentada al XII Congreso de la Unión Internacional de Antropología) México.*
- \_\_\_\_\_ (2007) *Género, algunas precisiones conceptuales y teóricas.* En *Feminismo, transmisiones y retransmisiones.*
- Lagarde, M. (1996) *Género y Feminismo - desarrollo humano y democracia.* Madrid: Horas y Horas
- \_\_\_\_\_ (1997) *Identidad de género y derechos humanos. Estudios básicos de derechos humanos IV, IIDH-ASDI.* Costa Rica.
- Laquer, T. (1994) *La construcción del sexo,* Cátedra, Madrid.

- Lauretis, T. 1994. A tecnologia do gênero. In *Tendências e impasses: o feminismo como crítico da cultura* (Hollanda BH). Rio de Janeiro: Rocco, pp. 206-242.
- León, M. (Comp.). (2000). *Poder y empoderamiento de las mujeres*. Santa Fe de Bogotá: tm Editores/Tercer Mundo, S. A.
- León-Sicard, T., Sánchez de Prager, M., Rojas, L., Ortiz, J., Bermúdez, J., Acevedo, A. & Angarita, A. (2015) *Hacia una historia de la agroecología en Colombia*. Revista Agroecología No. 10. Universidad Nacional de Colombia. IDEA
- Lopes, A. P. (2015) *Acercamiento entre las perspectivas feministas y agroecológicas. potencializando procesos de empoderamiento de las mujeres rurales brasileñas*. Universidad de Córdoba, Brasil.
- Martínez, S., Useche, P., Ramírez, J., Cortés, P. & Castillo, A. (2020) *La economía del cuidado y el rol tradicional de las mujeres en el cuidado durante la crisis por Covid-19*. Corewoman. Recuperado de: [https://blogcorewomanorg.files.wordpress.com/2020/06/brief-\\_el\\_rol\\_del\\_cuidado.pdf](https://blogcorewomanorg.files.wordpress.com/2020/06/brief-_el_rol_del_cuidado.pdf)
- McMichael, P., 2009. 'A Food Regime Genealogy'. *Journal of Peasant Studies*, 36 (1): 139–169
- Méndez, M. J. (2012) *El neorruralismo como práctica configurante de dinámicas sociales alternativas: un estudio de caso*. Universidad de Caldas.
- Moscovici (1973) *El psicoanálisis, su imagen y su público*. Buenos Aires: Editorial Huemul.
- Mougeot, L. (1999) *Urban agriculture: definition, presence, potential and risks, and policy challenges*. Recuperado de: <https://bit.ly/3oQhT3B>
- Naranjo, S. (2017) *Hacia la implementación de un sistema participativo de garantía en la Red de Mercados Agroecológicos de Bogotá-Región*. Trabajo de grado para optar al título de Ingeniera en Agroecología. Corporación Universitaria Minuto de Dios. Bogotá.
- Ordoñez, F. (2011) *Economía campesina, soberanía y seguridad alimentarias. La experiencia de Mercados Campesinos en Bogotá y la región central de Colombia*.
- Otero y Lapegna. 2016. *Cultivos transgénicos en América Latina: expropiación, valor negativo y Estado*. *Estudios críticos del desarrollo*, 6 (11)
- Páez, A. F. (2021) *Agroecología urbana frente al cambio climático. Aporte al ordenamiento territorial agroecológico en las ciudades*. Revista Ciudades, Estados y Política. Vol. 7(3), pp. 35-50

- Páez, A. & Rivera, A. (2016) Agroecología urbana como modelo de desarrollo dentro de la ciudad. Memorias del II Congreso de Venezuela de Agroecología. Maracay, Venezuela.
- Parrado, A. & Molina, J.P. (2014) Mercados campesinos: modelo de acceso a mercados y seguridad alimentaria en la región central de Colombia. Capítulo 5. Impactos en las familias campesinas participantes. OXFAM. Bogotá, Colombia.
- Parrado, A. (2013) Cuadernos de Mercados Campesinos. Cuaderno No.1 Caracterización del proceso Mercados Campesinos en la Región Central de Colombia (período 2011-2012). Universidad Nacional de Colombia. Facultad de Ciencias Agrarias. Recuperado de: <https://es.scribd.com/document/238011793/Cuaderno-Numero-1-de-Mercados-Campesinos>
- Peña, J. & Banrofft, R. (2001). Consideraciones sobre el planteamiento de la Agricultura Urbana como instrumento promotor de sustentabilidad para la ciudad de La Habana en Hoffmann, H. et al Contribuciones a la Agricultura Urbana, a la industria alimentaria y a la organización de la ciencia en La Habana/Cuba. Humboldt - Universitat zu Berlin pp.15 a 30.
- Perilla, L. (2014) Los roles de las mujeres rurales en el departamento de Nariño, Colombia. Tendencias y cambios. *Revista Trabajo Social* Número 16.
- Pérez, Edelmira. y Farah, María (2003) “De lo invisible a lo visible: hacia una equidad de género en el desarrollo rural”. *Revista Género, equidad y desarrollo* (8) pp. 263-303. Departamento Nacional de Planeación
- Pineda, L. (2010) *Las representaciones sociales de género en la configuración de las subjetividades políticas en jóvenes escolares*. Tesis de maestría. Universidad pedagógica Nacional.
- Puleo, A. (2011) *Ecofeminismos para otro mundo posible*. Madrid
- \_\_\_\_\_ (2008) Libertad, igualdad, sostenibilidad. Por un ecofeminismo ilustrado. Universidad de Valladolid, España.
- Ramírez, J. (2007) *Durkheim y las representaciones colectivas* en Representaciones sociales. Teoría e investigación. Universidad de Guadalajara. México.
- Red de Mercados Agroecológicos (s.f.) ¿Qué es agroecología? Recuperado de: <https://redmercadosagroecologicosbogota.co/home/que-es-agroecologia/>
- Red de Semillas Libres (2017). Red de Semillas Libres de Colombia. Recuperado de: <https://www.semillas.org.co/es/campanas/red-de-semillas-libres-de-colombia#:~:text=La%20Red%20de%20Semillas%20Libres%2C%20pretende%20fortalecer%20y%20visibilizar%20los,la%20agricultura%20corporativa%20y%20los>

- Renaf (2016) Mercados en Bogotá-Cundinamarca. Recuperado de: <https://agriculturafamiliar.co/con-la-agricultura-familiar-y-sus-mercados-llevo-el-campo-colombiano/mercados-locales-agroecologicos/mercados-en-bogota-cundinamarca/>
- Restrepo (2007) La entrevista como técnica de investigación social: notas para los jóvenes investigadores. Instituto de Estudios Sociales y Culturales, Pensar.
- Rivera, C. y León Sicard, T. (2013) Anotaciones para una historia de la agroecología en Colombia. *Revista Gestión y Ambiente*, 16(3), 73-89
- Rodríguez, F., Ospina, M. & Camargo, P. (2017) La génesis y búsqueda de un concepto único de agroecología. *Revista DELOS: Desarrollo Local Sostenible*. N°29.
- Rosset, P. & Altieri, M. (2018) *Agroecología, ciencia y política*. Sociedad Científica Latinoamericana de Agroecología. SOCLA.
- Said, E. (1989) Representando al colonizado. *Interlocuciones antropológicas*. Critical Inquiry.
- Santacoloma, L. (2015) Importancia de la economía campesina en los contextos contemporáneos: una mirada al caso colombiano. *Revista Desarrollo Sostenible* Vol. 11, Número 2 (julio-diciembre).
- Schutter, O. (2010) Informe del Relator Especial sobre el derecho a la alimentación, Sr. Olivier De Schutter. ONU. 22 de diciembre de 2009. Recuperado de: [http://www.srfood.org/images/stories/pdf/officialreports/20100305\\_a-hrc-13-33\\_agribusiness\\_es.pdf](http://www.srfood.org/images/stories/pdf/officialreports/20100305_a-hrc-13-33_agribusiness_es.pdf)
- Scott, J. (1996) El género, una categoría útil para el análisis histórico. En Nash y Amelang. *Historia y género: las mujeres en la Europa moderna y contemporánea*. Valencia: Alfons el Magnanim.
- Sembrando Confianza (1 septiembre de 2017) Red de mercados agroecológicos de Bogotá Región. Recuperado de: <https://sembrandoconfianza.com/red-de-mercados-agroecologicos-de-bogota-region/>
- Sevilla-Guzmán, E. (2006) *De la sociología rural a la agroecología*. Barcelona: Icaria.
- Shiva, V. (1995) *Abrazar la vida. Mujer, ecología y desarrollo*, Madrid, horas y HORAS.
- Shiva, V. (2004) *La mirada del ecofeminismo*. *Polis Revista Latinoamericana*, 9. Recuperado de: <http://journals.openedition.org/polis/7270>
- Siliprandi, E. & Zuluaga, G. (2014) *Género, agroecología y soberanía alimentaria. Perspectivas ecofeministas*. Icara Editorial.

- Taylor, S.J. & Bogdan, R. (1987) *Introducción a los métodos cualitativos de investigación. La búsqueda de significados*. Ediciones Paidós. Buenos Aires.
- Valero, Lisa (2018) *Mujeres y empoderamiento económico: construcción de redes de apoyo dentro de prácticas agroecológicas en Bogotá*. Universidad Externado de Colombia
- Vía Campesina (2003) *Qué es la soberanía alimentaria*. Publicado el 15 de enero de 2003. La Vía Campesina. Recuperado de: <https://viacampesina.org/es/que-es-la-soberania-alimentaria/>
- \_\_\_\_\_ (2018) *La agroecología solo es posible cambiando las relaciones de dominación y expropiación contra las mujeres*. 28 de mayo de 2018. Recuperado de: <https://viacampesina.org/es/la-agroecologia-solo-es-posible-cambiando-las-relaciones-de-dominacion-y-expropiacion-contras-las-mujeres/>
- Viveros, M. (1996) *Usos, dificultades y posibilidades de la categoría "género"*. En *El género, una construcción cultural de la diferencia sexual*. PUEG.
- \_\_\_\_\_ (2002). *De quebradores y cumplidores*. Bogotá: CES–Universidad Nacional de Colombia.
- \_\_\_\_\_ (2006). *El machismo latinoamericano. Un persistente malentendido*. En M. Viveros et al. (Comp.), *De mujeres, hombres y otras ficciones* (pp. 111-128). Bogotá: Centro de Estudios Sociales–Escuela de Estudios de Género–Universidad Nacional de Colombia–Tercer Mundo. Bogotá.
- Vizcarra, I. (2008) *Entre las desigualdades de género: un lugar para las mujeres pobres en la seguridad alimentaria y el combate al hambre*. México.
- Warren, K. (2003). *El ecofeminismo, exponentes y posturas*. FLACSO.
- Winkler Prins, A.; 2002. "House-lot gardens in Santarém, Pará, Brazil: linking rural with urban" en *Urban Ecosystems*. Volume 6 N°1. Springer Netherlands. pp 43 a 65.
- Zarama, R. (2015) *Participación de las mujeres en los mercados campesinos y populares: el caso de Paipa y Chocontá en la región central de Colombia*. Tesis de maestría. Universidad Nacional de Colombia.
- Zuluaga, G. (2011) *Multidimensionalidad de la agroecología: un estudio sobre organizaciones en mujeres campesinas en Colombia*. Universidad de Córdoba. España.
- Zuluaga, G., Mazo, C. I. & Gómez, L.E. (2018) *Mujeres protagonistas de la agroecología en Colombia*. En *Agroecología en femenino. Reflexiones a partir de nuestras experiencias*. Clasco.